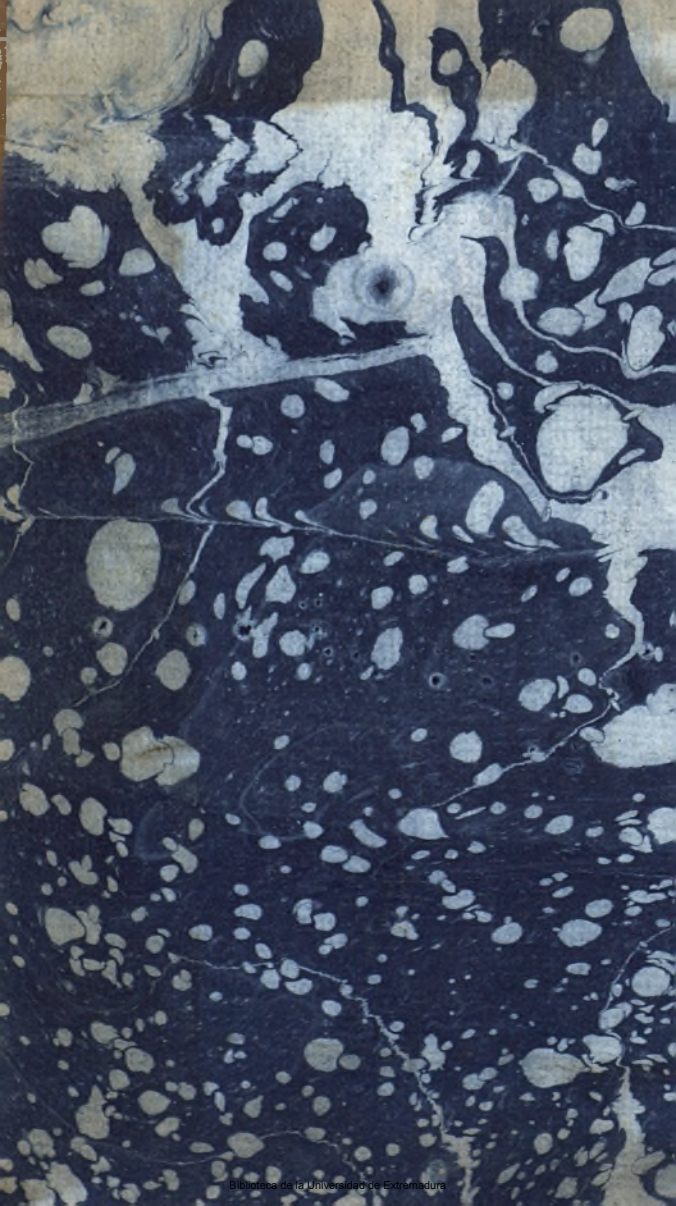


SSSSS
VENTURA
DE
GIL BLAS
SSSSS
2
//*/*/

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-756



44443

5-68-19.2





82.33

TS-756

LES

ave

615394338 (digital)

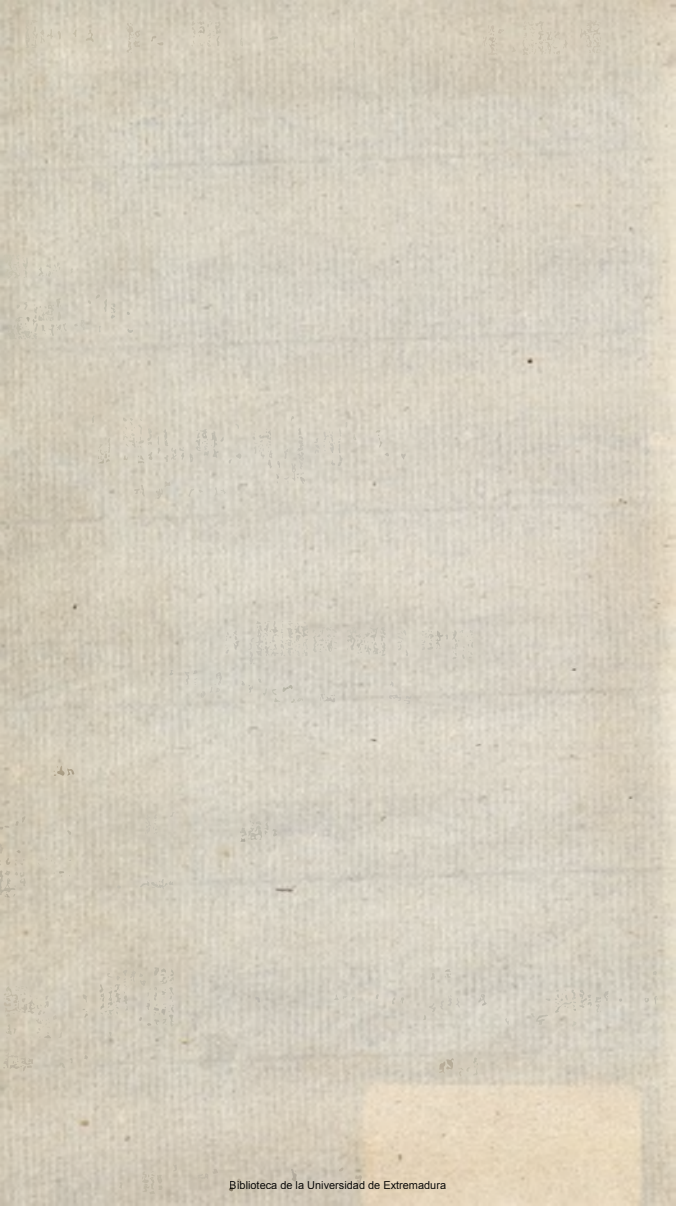
611701305
i 12 13997x

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



2 202000 311690

Biblioteca de la Universidad de Extremadura



AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.



DE GIL BEAS
DE SANTILLANA

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA,

Escritas en francés por M.^r LESAGE, y
traducidas al castellano por el Padre
JOSÉ ISLA.

NUEVA EDICION, ADORNADA CON 8 LÁMINAS.

~~~~~  
TOMO II.  
~~~~~

BURDEOS,
EN LA IMPRENTA DE D.ⁿ PEDRO BEAUME.

—————
1822.

DE GIL BLAS

DE SANTILLANA.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes , sale de casa de Arsenia , y halla mejor conveniencia.

UN tantico de honor y de religion que conservaba todavía en medio de mis estragadas costumbres , me obligó no solo á dejar á Arsenia , sino tambien á romper todo comercio con Laura , á quien sin embargo no podia menos de amar , aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Feliz aquel que sabe aprovecharse de ciertas ráfagas de razon que oportunamente vienen á turbar los ilícitos embelesos en que se halla ciegamente enredado. Amaneció pues una mañana muy dichosa para mí , en la cual hice mi hatillo :

y sin contar con A que casi nada me debia, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa en que solo se respiraba libertad, desahogo y disolucion. Premióme inmediatamente el Cielo esta buena obra. Encontré al mayordomo de mi difunto amo Don Matias, á quien saludé. Conocióme luego, y me preguntó á quien servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dejarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre timorato y escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dijo que, siendo yo un mozo tan honrado y cristiano, queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, pues en aquel mismo dia me acomodó con Don Vicente Guzman, de cuyo mayordomo era él grande amigo.

No podia entrar en mejor casa, y asi nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era Don Vicente un caballero ya anciano y muy rico, que, habia muchos años, vivia sin pleitos y sin muger, porque los Médicos le habian privado de la suya, queriendola curar de una tos que verisímilmente la dejaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamas en volverse á casar, aplicandose enteramente á la educacion de Aurora, su hija única, que entraba entónces en los veinte y seis años, y era una dama completa. Juntaba á una hermo-

sura poco comun un entendimiento escelente, y grande instruccion. Su padre era hombre de poco talento, pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba yo un defecto, que á los viejos se les debe perdonar : gustaba mucho de hablar, sobretudo de guerras y batallas. Si por desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego resonaba en su boca la trompeta heroica, y se tenian por muy afortunados los oyentes, si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las tres partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto en que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolijo, sobre ser un poco tartamudo, con que sus relaciones se hacian pesadísimas, y verdaderamente intolerables. Por lo demas, no era fácil encontrar un Señor de mejor carácter. Siempre igual, nada duro ni caprichoso; cosa verdaderamente rara en hombres tan distinguidos. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y economía, se trataba muy honradamente. Componiase su familia de varios criados y de tres mugeres que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de Don Matias me habia metido en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio y las inclinaciones de todos : arreglé despues mi conducta por este

conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de Don Vicente, cuando me pareció que su hija me miraba con alguna parcialidad, distinguiendome entre los demas criados. Siempre que se encontraban sus ojos con los míos, observaba, á mi parecer, un cierto agrado que no veia en ella cuando miraba á los otros. A no haber tratado yo con petimetres y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pudiese pensar en mí; pero me habian abierto los ojos aquellos señores míos, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta calidad. Si hemos de dar crédito á los histriones, me decia yo á mí mismo, tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las cuales saben ellos muy bien aprovecharse. ¿Que sé yo si mi ama tendrá de estos caprichos? Pero no, añadia prontamente, no puedo persuadirme tal cosa. No es esta señorita una de aquellas Mesalinas, que, olvidadas del noble orgullo que las comunica su nacimiento, se rinden á la indecencia de abatirse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que, sin traspasar los limites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas

una pasion delicada que las ocupa sin peligro.

Este era el juicio que yo hacia de mi ama, bien que dudoso y vacilante, no sabiendo precisamente á que atenerme. Miétras tanto, siempre que me veia, no dejaba de sonreirse y alegrarse : apariencias todas que podian muy bien hacerme consentir en mi fortuna, siu pasar por vano ni por tonto; y asi no hallé modo para resistirme á ellas. Consentí pues en que Aurora estaba grandemente prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos afortunados criados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme menos indigno del bien que parecia querer procurarme mi fortuna, comencé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar telas, aguas de olor y pomadas. Lo primero que hacia por la mañana, luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con toda la posible propiedad, para no presentarme con desaliño á mi ama, en caso que me llamase. Con este cuidado de mi aseo, y con otros medios que aplicaba para dar gusto y hacerme grato, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja, que habia mas de veinte años que servia en casa de Don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba to-

*

davía el título de dueña, aunque ya no ejercía aquel empleo. Por el contrario, en lugar de velar sobre las acciones de Aurora, como lo hacía en otro tiempo, ahora solo atendía á encubrir las y ocultarlas, con lo cual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche, habiendo buscado la dueña ocasion de hablarme sin que nadie pudiese oírnos, me dijo en voz baja, que, si era discreto, bajase al jardín á media noche, donde oiría cosas que no me disgustarian. Respondíla, apretándola la mano, que sin falta alguna bajaría; y prontamente nos separámos por miedo de ser sorprendidos. Ya no dudé entónces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡ Oh, y que largo se me hizo el tiempo hasta la cena, sin embargo de que siempre se cenaba temprano, y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacia en casa con extraordinaria lentitud; y para que mi rabia fuese mayor, cuando Don Vicente se retiró á su cuarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á contarme por la centésima vez sus campañas, con que tanto nos habia á todos matraqueado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente reservó para regalarme aquella noche, fué irme nombrando uno por uno todos los Oficiales que se habian hallado en ellas, refiriendome al mismo tiempo las hazañas de cada uno. No puedo ponderar cuanto me costó el reprimir mi cólera, y el estarle oyendo hasta que al fin acabó y se

metió en la cama. Retiréme inmediatamente al cuarto donde estaba la mia , y donde terminaba una escalera secreta que conducia al jardin. Díme un buen baño de pomada por todo el cuerpo ; véstine una camisola limpia bien perfumada ; nada omití de cuanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en mi ama , y fuíme al sitio para donde estaba citado.

No encontré en él á la Ortiz , y juzgué que , cansada de esperarme , se habia vuelto á su cuarto , perdiendo yo todas mis esperanzas. Eché la culpa á Don Vicente ; y cuando estaba dando al diablo sus campañas , dió el relox , conté las horas , y hallé que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el relox andaba mal , creyendo imposible que no fuese ya la una de la noche ; pero estaba tan engañado , que un cuarto de hora despues volví á contar las diez de otro relox. ; Bravo ! dije entónces entre mí : todavía me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ; que haré hasta las doce ? Paseemonos , y pensemos en el papel que hago hoy ; es para mi harto nuevo. No estoy acostumbrado á las fantasías de las damas ; solamente sé lo que se practica con las comediantas y las mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza , y las dice su atrevido pensamiento sin ceremonia ; pero con las damas se observa otro ritual. Es menester que el galan

sea cortés, tierno y comedido, pero no tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna; para lograrla, debe esperar un momento favorable.

Así discurría yo, y así me prometía proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendría la dicha de verme á los piés de aquel adorable objeto, y de decirle mil cosas amorosas, pero de manera que el respeto no se quejase de la pasión. Con este fin llamaba á la memoria varios trozos de las piezas de teatro, que me pareció podían servirme y hacerme mucho honor en nuestra primera visita. Lisonjeábame de que los aplicaría con oportunidad, y esperaba que, á ejemplo de algunos comediantes, pasaría por discreto y hombre de espíritu, siendo así que solo era hombre de memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertían mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí dar las once. Alegréme de que solo faltaban sesenta minutos, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginación, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el centro del jardín. Dió en fin la hora tan deseada, es decir, la media noche. Pocos instantes despues se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. Señor Gil Blas, me dijo, cuanto ha que está vmd. aquí? Dos horas, la respondí. En verdad, añadió ella riendose, que

es vmd. muy cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la fortuna que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con vmd., y le está esperando en su cuarto: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es razon que lo oiga de su propia boca. Sigame á donde le conduzca. Diciendo esto, me tomó de la mano, y ella misma me introdujo en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

CAPÍTULO II.

Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él.

SALUDÉ á Aurora con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con una cara risueña; hizome sentar junto á sí, y lo que mas me gustó, mandó á la dueña que se retirase á su cuarto. Despues de este prelude, volviendose hácia mí, me dijo: Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos, y te distingo entre todos los criados de mi padre; cuando esto no fuese bastante para hacerme conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejará dudarlo este paso que ahora doy.

No la dí tiempo para que dijese mas. Parecióme que como hombre discreto y cortesano

debía respetar su pudor, y no darle lugar á mayor esplicacion. Levantéme, y arrojandome á sus piés todo transportado, como un héroe de teatro que se arrodilla delante de su Princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡ Ah Señora! será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna, sea tan feliz que haya podido inspiraros sentimientos.... Baja un poco la voz, me dijo sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el cuarto vecino. Levantate, y escuchame sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad, es cierto que te estimo y te quiero bien, y en prueba de esto voy á fiarte un secreto del cual pende la quietud y tranquilidad de mi vida. Sabe que amo á un caballero mozo, galan, airoso, y de ilustre nacimiento. Llamase Don Luis Pacheco. Le he visto algunas veces en el paseo y en la comedia; pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, como tambien cuales sean sus inclinaciones, si virtuosas ó viciosas. En esto quisiera ser instruida con toda exactitud: para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero, que, informandose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel y puntual. He puesto los ojos en tí, persuadida á que nada arriesgo en encargarte esta comision. Espero que la desempeñarás con tanta discrecion y destreza, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló Aurora esperando mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad cuando no la acompaña la fortuna, supe mostrarla un zelo tan vivo y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no fué bastante á desimpresionarla del mal concepto en que la pudo haber puesto mi temeraria presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar con prontitud y decoro una inconsiderada necedad. Pedíla no mas que dos dias de tiempo para poderla dar buena razon de Don Luis. Otorgómelos; y llamando ella misma á la Ortiz, esta me volvió á conducir al jardin, diciendome al despedirse: A Dios, Gil Blas, no te volveré á encargar otra vez que seas puntual en acudir al sitio consabido, ó á cualquier otro donde fueres citado, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi cuarto, no sin algun dolor de haberme engañado tanto. Con todo eso, tuve bastante juicio para conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme que esto podia hacerme hombre; que los medianeros de amor eran muy atendidos y mejor pagados: reflexiones que me divirtieron y consoláron, acostandome con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en cuanto quisiese disponer de mí. Levantéme al

dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber donde vivia un caballero tan conocido como Don Luis. Tomé al instante en la vecindad informes de su conducta; pero los sugetos á quienes recurrí no satisfaciéron del todo á lo que yo deseaba. Esto me obligó á solicitar nuevos y mas íntimos informes el dia siguiente, y fui mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia. Paramonos para saludarnos, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dijo que le habian despedido de casa de Don Juan Pacheco, padre de Don Luis, por haberle acusado de que se habia bebido un frasco de vino generoso. No perdí una ocasion tan oportuna para saber cuanto deseaba, y lo conseguí á fuerza de preguntas y repreguntas; de manera que volví á casa muy alegre, por hallarme en parage de cumplir la palabra que habia dado á mi ama, con quien habia quedado de acuerdo que volveria á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: lejos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le metí en la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce en todos los relojes que se podian oír desde casa. Entónces bajé con mucho sosiego

al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas.

Encontré ya á la dueña en el sitio consabido, y la taimada me dijo con un poco de socarronería : En verdad, Gil Blas, que hoy ha rebajado muchas líneas el barómetro de tu puntualidad y de tu diligencia. No la respondí palabra, haciendo como que no la entendia, y ella me condujo al cuarto donde me estaba Aurora esperando. Preguntóme, luego que me vió, si me habia informódo bien de Don Luis. Sí, Señora, la respondí; y en dos palabras informaré á V. S. de todo lo que he llegado á entender. En primer lugar, sé que muy en breve partirá á Salamanca á continuar sus estudios. Es un caballero lleno de honor y de bondad; en cuanto al valor, no le puede faltar, basta decir que es caballero y Castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellos modales; pero lo que quizá dará poco gusto á V. S., es que vive un poco demasiadamente á la moda de los modernos señoritos, quiero decir, que es furiosamente calavera. ¿ Creerá V. S. que siendo todavía tan jóven como es, ha puesto ya á buen recaudo á dos comediantas? ¿ Que es lo que me dices? exclamó Aurora. ¿ Dios mio, y que costumbres! Pero dime, ¿ estás seguro de lo que cuentas? ¿ Como si estoy seguro? la respondí : no hay cosa mas cierta. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana; y ya se

sabe que los criados son muy sinceros siempre que se trata de publicar los defectos y flaquezas de sus amos. Fuera de eso, el tal Don Luis es muy amigo de Don Alejo Seguíer, de Don Antonio Centellas y de Don Fernando de Gamboa; prueba invencible de su disolucion. Basta, Gil Blas, dijo suspirando mi pobre ama: en virtud de tu informe, comienzo desde este punto á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto, me puso en la mano un bolsillo que ciertamente no estaba vacío, añadiendo: Solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto, me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habria sido Aurora mas liberal conmigo, si yo la hubiera dado otra noticia mas gustosa, cuando pagaba con tanta generosidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles que disfrazan la verdad; y me enfadé mucho contra mi necesidad, por haber sufocado en su nacimiento un amor

que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

CAPÍTULO III.

De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente , y de la estraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos, que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fuéron llamados los dos mas famosos Médicos de Madrid; uno el Doctor Andres, y otro el Doctor Oquendo. Pulsáron atentamente al doliente; y despues de una exacta observacion, conviniéron entrámbos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto conviniéron, y en ninguna otra cosa pudieron concordar. Decia el Señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, debian ser espelidos con purgantes, ántes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los hu-

mores, se debia esperar á que madurasen, ántes de echar mano á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro Doctor, es directamente opuesto al que nos enseña el Príncipe de la medicina. Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad, y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos espesos que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores estan en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. En eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: vos entendeis por *orgasmo* agitacion, siendo asi que se debe entender madurez.

Recalentárouse nuestros Doctores en esta disputa. El uno presentó el testo griego, y citó todos los autores que le esplican como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empeñandose con mayor calor, y tomando el negocio en tono mas alto. ¿ Al cual de los dos se ha de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese decidir aquella cuestion; pero hallandose precisado á optar, escogió entre los dos la opinion del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto Andres, que era el mas mozo, se retiró, pero no sin decir primero cuatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y he aquí que queda triunfante Oquendo. Habiendo este cursado sin duda la misma escuela, y estudiado los mismos principios que el Doctor Sangrado, comenzó á

sangrar abundantemente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen maduros y cocidos; pero la muerte que temió quizá que una purga tan sabiamente diferida no le quitase la presa que ya tenia en la mano, previno la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fué el fin del Señor Don Vicente, que perdió la vida porque su Médico no sabia el griego.

Aurora, despues de haber hecho á su padre unas exequias dignas de un hombre de aquel nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, dandoles recompensas proporcionadas á su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fuí uno de los que quedáron en la familia, y la siguiéron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de serla necesario. No obstante el fiel informe que yo la habia dado de Don Luis, todavia le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia abandonado á su torrente. Como ya no necesitaba de precauciones para hablarme, me dijo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á Don Luis; por mas que hago para borrarle del pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y cons-

tante. Enterneci6se diciendo estas palabras, y no pudo impedir que no se la desprendiesen algunas l6grimas. Tambien 6mí me falt6 poco para llorar, tanto me conmovió aquel su dulce llanto. Ni podia hacerla mejor la corte que mostrandome sensible 6 su ternura. Veo, amigo Blas, continu6 ella enjugandose los ojos, veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu zelo, que prometo recompensar bien como el merece. Nunca me ha sido mas necesario tu auxilio y tu asistencia. Voyte 6 descubrir el pensamiento que ahora me ocupa enteramente: sin duda que te parecer6 estravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir cuanto 6ntes 6 Salamanca. Mi idea es disfrazarme en caballero, bajo el nombre de Don Felix, y entablar conocimiento con Pacheco, procurando ganar su amistad y confianza. Hablar6le frecuentemente de Doña Aurora de Guzman, suponiendome primo suyo. Naturalmente desear6 conocerla, y aquí es donde yo le espero. Nosotros tendr6mos en Salamanca dos posadas. En una har6 el papel de Don Felix, y en otra de Doña Aurora; y dejandome ver de Don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadi6 ella misma, que es muy estraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que procedo, acaban de cegarme y de aturdirme sobre el paso 6 que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer que Aurora en punto á la extravagancia y á lo peligroso del proyecto. Sin embargo, aunque le reconocia tan contrario á la razon y al honor, como lo era á la decencia, me guardé muy bien de hacer del pedagogo; ántes sí comencé á dorar la pildora, y me esforcé á querer persuadir que, en vez de ser un proyecto disparatado, era un delicado juego de ingenio, sin peligro y sin consecuencia. Esto dió gran gusto á mi ama, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y aplaudan sus mas locos devaneos. En fin convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debíamos mirar como una especie de comedia bufonesca, inventada para divertirnos, en la cual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre los domésticos, y repartimos á cada cual el suyo. Todos le admitiéron sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la Señora Ortiz se la encomendó el de tia de Doña Aurora, señalandosela un criado y una doncella, y debia tomar el nombre de Doña Ximena de Guzman. Yo debia servir á Doña Aurora en calidad de ayuda de cámara, escogiendo entre las mugeres una que, disfrazada en hombre, la asistiese en particular. Arreglados asi los papeles, nos restituimos á Madrid, donde supimos se hallaba Don Luis, pero disponiendo su viage á Salamauca. Dimos orden para que se hi-

ciesen cuanto ántes los vestidos que habíamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y en sazón. Luego que se concluyéron, se plegáron y se metiéron en diferentes baules; y dejando al mayordomo el cuidado de la casa, partió Doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del Reino de Leon, acompañada de todos los que habíamos de hacer papel en la comedia.

Habíamos ya atravesado toda Castilla la Vieja, cuando se rompió el eje del coche, entre Avila y Villafior, á trecientos ó cuatrocientos pasos de una quinta que se dejaba ver al pié de una montaña. Hallabamonos muy embarazados porque se acercaba la noche; pero un paisano que casualmente pasó por allí, nos sacó de aquel conflicto. Informónos de que aquella quinta pertenecía á una tal Doña Elvira, viuda de Don Pedro Pinares, y nos dijo tanto bien de aquella Señora, que mi ama se determinó á despacharme para suplicarla de su parte se sirviese recoger nos en su casa por aquella noche. No desmintió Doña Elvira el informe del paisano. Recibióme con el mayor agrado, y respondió á mi súplica en los términos que se deseaba. Pasámos todos á la quinta, tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontrámos á la puerta á la viuda de Don Pedro, que salió cortesantemente á recibir á mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que se hicieron; y solo diré que Doña Elvira era una dama ya de

avanzada edad, pero tan cariñosa, atenta, y de tan señoril educacion, que ninguna la escedia en desempeñar noblemente los deberes de la hospitalidad. Condujo á Doña Aurora á un soberbio y magnífico cuarto, donde la dejó luego en libertad para que descansase, y fué á dar providencia hasta en las cosas mas menudas que nos podian tocar. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena, dió orden se sirviese en el cuarto de Aurora, donde ámbas á dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de Don Pedro una de aquellas personas que no saben hacer los honores de una mesa, manteniendose en ella con un aire enfadosamente grave, silencioso y sostenido. Era de genio desembarazado, alegre y festivo, sabiendo perfectamente el arte de mantener siempre viva la conversacion. Esplicabase noblemente con voces bellas y propias, y esponia sus pensamientos con cierto aire fino y delicado, que hacia parecer originales aun los mas comunes. A mí me tenia embelesado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Estrecháronse las dos en una tierna amistad, y quedáron de acuerdo en fomentarla con un comercio recíproco de cartas. No podia componerse nuestro coche hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde; por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. A nosotros se nos sirvió tambien nuestra cena con gran abundancia, y por con-

siguiente dormimos todos tan bien como habíamos cenado.

Al día siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de Doña Elvira. Comiéron las dos en una sala en que habia muchas pinturas. Entre otras sobresalia una cuyas figuras se representaban con la mayor propiedad y con esquisita viveza, pero que presentaba á la vista un objeto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, anegado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dejaba ver tendido tambien por tierra el retrato de una dama jóven, aunque en diferente actitud. Atravesaba su pecho una espada; y cuando se representaba exhalando el último aliento, tenía fijos los ojos en un gallardo jóven, que espresaba tener un mortal dolor de perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se mostraba menos affligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas escitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseido de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas

en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con espresiones tan vivas, que no nos hartábamos de ver y admirarlas. Preguntó mi ama que suceso ó que historia representaba aquella pintura. Señora, la respondió Doña Elvira, es una fiel aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que escitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aquello la queria decir la viuda de Don Pedro, y no se pudo contener sin manifestarla este deseo. Elvira se ofreció galantemente á satisfacerlo; y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras, y á la mia, todos cuatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oír la esplicacion de aquel cuadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos, porque la historia que voy á referir, añadió con mucho agrado, no es de aquellas que estan pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

CAPÍTULO IV.

EL CASAMIENTO POR VENGANZA.

Novela.

ROGERIO, Rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él, y encendió en el Reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del Rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion: clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de muchos vasallos suyos, persuadidos á que habia perdonado la vida á su hermano, para que en la lentitud fuese mayor y mas cruel la venganza. Todos los demas, con mas razon ó con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro tratamiento que Manfredo sufría en la prision. Con efecto, esta Princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado Príncipe, y no cesó de perseguirle mientras él mismo vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se consideró como castigo de su desnaturalizado corazon.

Dejó dos hijos Manfredo, ámbos de tierna edad. Dudó por algun tiempo Rogerio si se desharía de ellos, temiendo que en edad mas cre-

cida no les viniese el pensamiento de vengar el mal trato que se habia hecho á su padre, renovando un partido que todavía se sentia con fuerzas para suscitar peligrosas turbaciones en el Estado. Comunicó su pensamiento al Senador Leoncio Sifredo, su primer Ministro. Este, para desviarle de aquel intento, se encargó de la educacion del Principe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al Rey que confiase la del mas jóven, por nombre Don Pedro, al Condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio á que estos dos fieles Ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su fidelidad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constancia. Era esta de la edad de Enrique, é hija única de la Princesa Matilde. Dióla maestras que la enseñasen, y criados que la sirviesen, sin perdonar á medio alguno que condujese á su correspondiente educacion.

Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio que se decia Belmonte. Aquí se dedicó este Ministro á dar á Enrique una enseñanza que le hiciese digno de ocupar con el tiempo el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel Príncipe prendas tan amables, que se dió todo á él como si no tuviera otros hijos, aunque con efecto era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba Doña Blanca, y contaba un año menos que el Príncipe, se veia dotada de una perfecta hermosura: la

menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, estaba aun en la cuna. Enamorárouse Blanca y Enrique luego que fuéron capaces de amar; pero se amaban sin libertad para comunicarse. Sin embargo, no dejaba el Príncipe de lograr tal vez alguna ocasion. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo le permitiese poner en ejecucion un proyecto que estaba meditando. Sucedió oportunamente por aquel tiempo que Leoncio, de órden del Rey, se vió precisado á hacer un viage á una de las Provincias mas remotas de la Isla. Durante su ausencia, mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba inmediato al de Doña Blanca. Cerróla con una portezuela de madera tan ajustada á la abertura, y pintada con un cierto baño del mismo color de la superficie del tabique, de manera que no se distinguia de él, ni era fácil se conociese el artificio, abriendose y cerrandose á manera de un estuche: obra toda de un hábil arquitecto, á quien el Príncipe habia interesado en este servicio ejecutado con tanto primor como secreto.

Por esta puerta se introducía algunas veces Enrique en el cuarto de Doña Blanca, pero sin abusar jamas de aquella peligrosa licencia. Si en haberla concedido Blanca tuvo mas parte su pasion que su prudencia, por lo menos fué con la precaucion de haber hecho prometer á Enri-

que que nunca pretenderia de ella otros favores que los mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso que habia entendido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha órden á Sifredo de que pasase á la Corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran Canciller del Reino. Figurabase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle cuando se viese en aquella elevacion. Tenia bañados de lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique. Señora, dijo, ¿que novedad es esta? ¿cual es el motivo de esta profunda tristeza? Señor, respondió ella, no he sido dueña de reprimir mis lágrimas, ni de disimular mi dolor. El Rey, vuestro tio, dejará presto de vivir, y vos ocuparéis su lugar. Cuando se me representa la gran distancia que va á poner entre vos y mí esta nueva grandeza, confieso que me lleno de inquietud. Un Monarca mira las cosas con ojos muy diferentes que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso cuando reconocia un poder superior al suyo, apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no puede calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad. No desconfio de vuestro amor, desconfio solamente de mí dicha. Adorable Blanca, respondió el Príncipe, tus temores



por una parte me ofenden , y por otra me obligan , justificando ellos mismos la pasion que tus prendas han encendido en mi corazon. Tu desconfianza es efecto de tu amor ; pero el exceso de ella es ofensa del mio , y casi estoy por decir que lo es tambien de aquel concepto tuyo á que me parece soy acreedor. No , no pienses que mi destino , sea el que fuere , pueda jamas separarse del tuyo. Cree firmemente que tú sola serás siempre toda mi alegría , todo mi consuelo y toda mi felicidad. Destierra pues de tí ese vano temor. ¿ Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos ? ¡ Ah Señor ! replicó la hija de Leoncio , luego que vuestros vasallos os vean coronado , os pedirán por Reina una Princesa que descienda de una larga serie de Reyes , y añada nuevos Estados á los vuestros. Quien sabe , ¡ ay de mí ! si vos os dejaréis rendir , sacrificando á la que se llama razon de Estado , y á sus instancias vuestros mas vivos deseos. Mas ¿ á que fin , repuso Enrique no sin alguna conmocion , á que fin afligirte de presente con unos pensamientos melancólicos de lo que puede suceder ó no en lo futuro ? Si el Cielo dispusiere del Rey mi tio y Señor , juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi Corte. Asi lo prometo , poniendo por testigo todo lo mas sagrado que se reconoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique. Lo restante de la conversacion se

pasó en hablar de la enfermedad del Rey, en que manifestó Enrique la bondad y nobleza de su corazen. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el Monarca su tio, pudiendo mas con él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la estaban esperando. Habiendola visto un dia el Condestable de Sicilia, á tiempo que salia del cuarto de su padre, quedó ciegamente prendado de ella. Pidiósele á Sifredo al dia siguiente, y este se la concedió gustoso y agradecido; pero sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió aquel tratado, sin que Doña Blanca hubiese tenido la menor noticia de él.

Una mañana, cuando Enrique acababa de vestirse, quedó estrañamente sorprendido, viendo entrar en su cuarto á Leoncio seguido de Doña Blanca. Señor, le dijo aquel Ministro, vengo á participaros una noticia que sin duda os afligirá, pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el Rey vuestro tio. Por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es ya vuestra. Los Grandes del Reino estan aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, Señor, vengo por encargo de ellos á recibirlas de vuestra boca, y acompañado de mi hija Blanca, para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos. No cogió de nuevo al

*

Príncipe esta noticia, por estar ya informado dos meses ántes de la grave enfermedad que padecía el Rey, que poco á poco le iba consumiendo. Sin embargo, quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviendose á Leoncio, le dijo estas palabras: Sabio Sifredo, te miro y siempre te miraré como padre. Haré gloria de gobernarme por tus consejos. Tú serás Rey de Sicilia mas que yo. Diciendo esto se acercó á una mesa donde habia una escribanía, tomó un pliego de papel, y echó en él su firma en blanco.... ¿ Que haceis, Señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi reconocimiento, respondió Enrique; y dicho esto, presentó á Blanca aquel papel y firma, diciendola: Recibid, Señora, esta prenda de mi fé y del dominio que os doy sobre mi arbitrio y voluntad. Tomóla Blanca, cubierta su bella cara de un honestísimo rubor, y respondió al Príncipe: Admito con respeto y agradecimiento las gracias y benignidades de mi Rey; pero dependo de un padre, y espero que no llevaréis á mal ponga en sus manos vuestro benignísimo pliego, para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el pliego con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto se le habia escapado á su penetracion. Comprendió todo lo que el Príncipe le queria decir, y le

contestó diciendo : Espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamas abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar tal caso; sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, ordena todo lo necesario para mi coronacion, y di á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el Ministro á su nuevo amo, y partió á Palermo, llevando consigo á Doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, mas ocupado de su amor que de la elevacion al trono que le estaba aguardando.

Luego que se dejó ver en la ciudad, resonaron en el aire mil gritos de alegría, y entre las aclamaciones del pueblo entró Enrique en palacio, donde halló ya concluidas todas las disposiciones para su coronacion. Encontró en él á la Princesa Constanza en largos y rigurosos vestidos de luto, mostrandose penetrada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ámbos los desempeñaron con discrecion y con espíritu, pero con algo mas de frialdad por parte de Enrique que por la de Constanza, la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido

mal á este Príncipe. Ocupó el Rey el trono, y la Princesa se sentó á su lado en un taburete algo mas bajo que él. Los Magnates del Reino se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran Canciller del Reino era depositario del testamento del difunto Rey, dió principio á ella leyendolo en alta voz. Contenia este en sustancia, que hallandose el Rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la Princesa Constanza; y cuando no quisiese darla la mano de esposo, quedase escluido de la corona de Sicilia, y pasase esta al Infante Don Pedro, su hermano menor, bajo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta cláusula. No se puede espresar el dolor que le causó; pero creció hasta lo sumo, cuando acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con toda la asamblea, dijo asi: Señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo Monarca la última disposicion del difunto Rey, este generoso Principe consiente en honrar con su real mano á su prima la Princesa Constanza. Interrumpió el Rey al Canciller, diciendole conturbado: Acordaos, Leoncio, del papel que Blanca.... Señor, respondió Sifredo, cortandole con precipitacion, sin darle tiempo á que se esplicase mas, ese papel es este que presento á

la asamblea. En él reconocerán los Grandes del Reino el augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la Princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto Rey su tio. Acabando de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo Monarca á sus pueblos, en la forma mas auténtica, casarse con la Princesa Constanza, conformandose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos y los vivas del magnánimo Rey Enrique, en que prorumpiéron todos los presentes. Como era notoria á todos la poca inclinacion con que este Príncipe habia mirado siempre á la Princesa, temian, no sin razon, que despreciando la injusta condicion del testamento escitase movimientos en el Reino, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los Grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las universales aclamaciones que despedazaban en secreto el corazon del nuevo Rey.

Constanza, que por su propia gloria y por cierto movimiento de cariño tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Hizo cuanto pudo el Príncipe para disimular su turbacion; pero era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la Prin-

cesa, que ni aun acertó á corresponder con aquello poco que pedia la cortesana atencion. Rindióse en fin á la violencia que él se hacia, y acercandose al oido de Sifredo, que por razon de su empleo estaba al lado de su persona, le dijo en voz baja: ¿Que es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos no fué para que usases de él de esta manera. Acordaos, Señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con teson y firmeza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del Rey vuestro tio, perdióse para vos el Reino de Sicilia. Apenas dijo esto, se separó del Rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso. No podia resolverse á abandonar á Blanca, ni á dejar de partir con ella la magestad y la gloria del trono, estando dudoso largo rato del partido que habia de tomar. Determinóse al cabo, pareciendole haber encontrado arbitrio para conservar á la hija de Sifredo, sin verse precisado á la renuncia del trono. Afectó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeandose de que, miéntras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, ganaria con gracias á los Grandes del Reino, y afirmaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazada esta idea, quedó un poco mas tranquilo, y volviendose á Constanza la confirmó lo

que el gran Canciller la habia dicho en público ; pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon , ofreciendo su fé á la Princesa , entró Blanca en la sala de la Junta á donde venia de órden de su padre á cumplimentar á Constanza , y llegaron á sus oídos las palabras que Enrique la decia. Fuera de eso , no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte , la dijo , presentandola á Constanza : Rinde , hija mia , tu fidelidad y respeto á la Reina tu Señora , deseandola todas las prosperidades de un floreciente reinado y de un feliz himeneo. Golpe terrible , que traspasó el corazon de la desgraciada Blanca. Inútilmente se esforzó á disimular su dolor. Inmutósele el semblante encendido de repente , pasando en un momento de encendido á pálido , con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo , no entró en sospecha alguna la Princesa. Atribuyó el desórden de sus palabras al natural embarazo y cortedad de una doncella criada lejos de la Corte , y poco acostumbrada al despejo de los Palacios. No sucedió lo mismo con el Rey. Perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca , y salió fuera de sí mismo , leyendo en sus ojos la desesperacion que la agitaba. No dudó que , creyendo las apariencias , ya en su corazon le tenia por un traidor. No seria tan grande su inquietud si pudiera hablarla ; pero ¿ como era esto posible á vista de toda la

Sicilia que tenia puestos los ojos en él ? Por otra parte, el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este Ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes ; y queriendo prevenir las calamidades que podia causar al Estado la violencia de su amor , hizo con arte salir de la asamblea á su hija , y tomó con ella el camino de Belmonte , bien resuelto por muchas razones á casarla cuanto ántes.

Luego que llegaron á aquel parage , la hizo conocer todo el horror de su destino. Declaróla que la habia prometido al Condestable. ¡ Santo cielo ! exclamó transportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre : ¡ y que espantosos suplicios tenias reservados á la desgraciada Blanca ! Fué tan violento su arrebato , que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedáron suspensas. Helado su cuerpo , frio y pálido , se dejó caer en los brazos de Leoncio. Conmoviéronse las entrañas de este , cuando la vió en aquel estado. Sin embargo , aunque sintió vivamente lo que padecia su hija , se mantuvo inmóvil en su primera resolucion. Volvió Blanca en sí recobrados los espíritus , mas por la violencia de su mismo dolor , que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus lánguidos ojos , y viendo la priesa que se daba á socorrerla : Señor , le dijo con voz desmayada y casi imperceptible , me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza ; pero la muerte ,

que ya no puede tardar en poner fin á mis tormentos, os libraré presto de una hija desdichada, que sin permiso vuestro pudo disponer de su corazón. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: ántes bien espero que tu virtud volverá presto á ejercer sobre tí su imperio. La pretension del Condestable te da honor. Bien sabes que es el primer hombre del Estado.... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, Señor, el Rey me habia hecho esperar.... Hija, dijo Sifredo cortandola la cláusula, sé todo lo que me puedes decir en ese asunto. No ignoro el afecto con que miras á este Príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias no lo desaprobaba; ántes yo mismo procuraria con todo ardor asegurarte la mano de Enrique, si el interes y la gloria del Estado no le pusieran en precision de darsela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto Rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Creeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te agita. Con todo eso, supuesto que nuestra libertad es muy superior á nuestros destinos, y que el hombre sabio dominará á los astros, escita ese tu grande espíritu á un generoso esfuerzo. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el Reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasion al Rey podia dar motivo á rumores

poco ventajosos á tu honor; y para desvanecerlos ó prevenirlos, el único medio es casarte con el Condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar. El Rey te deja por un trono, y da su mano á Constanza. Al Condestable le tengo dada mi palabra, desempeñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de toda mi autoridad, absolutamente te lo mando.

Dichas estas palabras la dejó, dandola lugar para hacer reflexion sobre quanto acababa de decirla. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra lo que la arrastraba la inclinacion, se determinaria por sí misma á dar la mano al Condestable. No se engañó en esto; pero ; quanto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallabase en el estado mas digno de lástima. El dolor de ver que habian pasado á evidencias sus sospechas sobre la deslealtad de Enrique, y la precision en que su pérdida la ponía de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, la escitaban ímpetus de afliccion tan violentos, que cada respiracion era un nuevo suplicio para ella. Si es cierta mi desdicha, exclamaba viendose sola, ¿ como es posible resistirla sin que me cueste la vida? ; Implacable y bárbaro destino! ; á que fin apacentarme con las mas dulces esperanzas, para precipitarme al fin en un abismo de males? ; Y tú,

pérfido amante, tú te has entregado á otra, despues de haberme prometido á mí una eterna fidelidad ! ; Tan presto te olvidas de la fé que me juraste ? ; Quiera el cielo que , en castigo de tu cruel engaño, el lecho conyugal que vas á manchar por medio de un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos, en vez de los lícitos placeres que esperas ! ; Que las caricias de Constanza sean una fuente envenenada que derrame de continuo ponzoña en tu corazon infiel ! ; Y, por decirlo todo de una vez, que tu himeneo sea tan infeliz y tan desdichado como el mio ! Sí , traidor ; sí , pérfido , seré esposa del Condestable á quien no amo , para vengarme yo de mí misma , castigando asi el desacierto de mi eleccion en el objeto de mi amor. Ya que la Religion no me permite quitarme la vida , quiero que los dias que me restan sean una cadena no interrumpida de desdichas , afficciones y tormentos. Si en ese tu corazon ha quedado todavía alguna centella de amor á mi persona , será un tormento para tí el verme en los brazos de otro ; pero si enteramente te has olvidado de mí , podrá á lo menos gloriarse la Sicilia de haber producido una mnger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En estos y semejantes desahogos del dolor pasó la noche que precedió á su matrimonio con el Condestable aquella infeliz víctima del amor y

de la obligacion. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa á no malograr tan favorable ocasion. El mismo dia hizo venir al Condestable á Belmonte, y le casó secretamente con su hija en la capilla de su Palacio. ¡ Oh, y que dia para Blanca ! No la bastaba renunciar á una corona, perder un amante amado, entregarse á un objeto aborrecido; era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su opresion á vista de un marido naturalmente zeloso y preocupado de la pasion mas vehemente. Encantado el esposo con el gusto de poseerla, no se apartaba un momento de su lado, privandola asi del triste consuelo de llorar en secreto su desdicha. Llegó la noche, y llegó con ella la hora en que á la hija de Leoncio se redobló la afliccion. Pero ; cuanto creció esta, cuando habiendola desnudado sus criadas, se vió á solas con el Condestable ! Preguntóla este respetosa y tiernamente cual era el motivo de aquel abatimiento que leia en sus ojos y observaba en su semblante. Turbó esta pregunta á Blanca, quien fingió que se sentia indispuesta. Por entónces quedó el esposo engañado; pero duró poco el engaño. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veia, y la apuraba para que entrase en la cama, esas instancias que ella no acertó á esplicar bien, presentáron á su imaginacion la idea mas dolorosa y mas cruel; tanto

que no siendo ya dueña de poderse contener , dió libre curso á sus ahogados suspiros y á su reprimido llanto. ; Oh que espectáculo para un hombre que se consideraba en el colmo de sus mas vivos deseos ! No dudó ya que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero á su amor. Con todo eso , aunque este conocimiento le puso en un estado casi tan deplorable como el de Blanca , pudo tanto consigo que supo disimular sus rezelos. Repitió las instancias para que se acostase , dandola palabra de que la dejaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester , y aun se ofreció á llamar á sus criadas , si juzgaba que esto la podia servir de algun alivio. Respondió Blanca que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento y la debilidad que sentia. Fingió creerla el Condestable. Acostóse en esto Blanca , y los dos esposos pasáron aquella noche muy diferente de las que concede himeneo á dos recién casados que tiernamente se aman.

Miéntas la hija de Sifredo se entregaba toda á su dolor , andaba el Condestable examinando en sí mismo que cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadiase á que tenia algun competidor ; pero cuando le queria descubrir , se barajaban y confundian sus ideas , y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz. Habia pasado en esta agitacion las dos terceras partes de la noche , cuando llegó á oir un

ruido sordo. Quedó altamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos dentro de aquel mismo cuarto. Tuvo por ilusión, acordandose de que él mismo habia cerrado la puerta cuando se retiraron las criadas de Blanca. Abrió no obstante la cortina para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiendose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oír una voz lánguida y baja, que repetia varias veces : Blanca, Blanca. Encendiéronse entónces sus zelosas sospechas, convirtiendose en furor : sobresaltado el honor le hizo salir de la cama; y considerandose obligado á precaver una afrenta, ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hácia donde le llamaba la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya : avanza, y advierte que el otro se retira : sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio : busca á tientas por todos los rincones del cuarto al que parecia huir, y no le encuentra : parase, escucha, y ya nada oye. ¡ Que encanto es este ! Acercase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honor : tienta el cerrojo, y hallala cerrada como la habia dejado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan estraña aventura, llama á los criados mas cercanos; y como para eso abrió la puerta, parase

en medio de ella, cerrando la entrada y salida para que no se le escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos domésticos todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á examinar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que alguno haya entrado en él, no encontrandose puerta secreta ni abertura por donde pudiese introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian á no dudar de su desgracia. Esto escitó en su fantasia una confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño, parecia recurso inútil igualmente que arriesgado. Era muy interesada á la verdad para que se pudiese esperar de ella una sincera explicacion. Tomó pues el partido de abrir su corazon con Leoncio, diciendole que le parecia haber sentido algun ruido en su aposento, pero que se habia equivocado. Encontró á su suegro que salia de su cuarto, habiendole despertado el rumor que habia oido; y despedidos los criados, le contó menudamente todo lo que le habia pasado, con muestras de estraña agitacion y de profundo dolor.

Sorprendióse altamente Sifredo al escuchar toda la aventura, y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias la representasen poco natural, parecien-

dole desde luego que todo era posible en la ciega pasión del Rey : pensamiento que le cubrió de la mas viva aflicción. Pero lejos de contestar á las zelosas sospechas de su yerno , le representó con aire de seguridad que aquella voz que imaginaba haber oído , y aquella imaginaria espada que se figuraba haberse opuesto á la suya , no podian ser otra cosa que fantasías de una imaginación alterada con los zelos ; que no era posible que alguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija ; que la tristeza que habia observado en ella podia ser efecto natural de alguna oculta mugeril indisposición ; que el honor nada tenia que ver con las alteraciones del temperamento , ni con las incomodidades del sexo ; que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en soledad , y que se veia entregada á un hombre tan inopinadamente , sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle , podia ser la causa muy natural de aquellos suspiros , de aquella aflicción , y de aquel amargo llanto ; que el amor en las doncellas de sangre noble solo se producía á beneficio del tiempo , y con la continuación obsequiosa de servicios ; que en virtud de esto podia calmar sus inquietudes , y ántes bien le aconsejaba redoblase su ternura , y diese toda libertad á sus finezas , para ir disponiendo poco á poco el corazón de Blanca á mostrarse mas sensible ; y que le rogaba en fin volviese á su hija , en la inteli-

gencia que su desconfianza y turbacion le ofendian mucho.

Nada respondió el Condestable á estas razones, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la turbacion de su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular que intentar inútilmente convencer al viejo de un suceso en que lo inverosímil disputaba sus privilegios á lo verdadero. Volvió al cuarto de su muger, restituyóse á la cama, y procuró lograr algun paréntesis de sus molestas inquietudes á beneficio del sueño. Blanca por su parte no estaba mas tranquila que él. Demasiadamente habia oido todo lo que su esposo, y no podia tener por ilusion un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan informada. Es verdad que se admiraba mucho de que Enrique hubiese solicitado introducirse en su cuarto, despues de haber dado su palabra con tanta solemnidad á la Princesa Constanza; y en vez de celebrar este paso, y de que la causase alguna alegría, lo consideró como un nuevo ultraje que encendió en su corazon mayor cólera.

Miéntras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven Rey le miraba como el mas pérfido de todos los mortales, el desgraciado Monarca, mas ciegamente apasionado que nunca á su amada Blanca, deseaba abocarse á solas con ella, para justificar su constante fidelidad á pesar de todas las contrarias apariencias. Hubiera venido mu-

cho mas presto á Belmonte para este efecto, si lo hubieran permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si ántes de aquella noche se hubiera podido escapar á los ojos de la Corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse secretamente en la quinta, habiendose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba al jardin. Por esta llegó á su antiguo cuarto, y desde él se introdujo en el de Blanca, mediante la consabida y oculta puerta. Fácil es imaginar cuanta seria la admiracion de este Príncipe, cuando tropezó con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar sobre el mismo hecho al temerario que tenia atrevimiento para hacer resistencia y levantar su mano sacrílega contra su propio Rey; pero suspendió su resentimiento el respeto que debia al honor de la hija de Leoncio, y mas turbado que ántes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco ántes que despuntase el dia, y se encerró en su cuarto, tan agitado que no le fué posible lograr algun reposo. Solo pensó en restituirse á Belmonte. La segnridad de su vida, su mismo honor, y sobretodo la vehemencia de su amor, le escitaban á que procurase instruirse cuanto ántes en todas las circunstancias de tan cruel aventura.

Apénas se levantó, dió orden que se previniese el equipage de caza; y con pretesto de querer divertirse en ella, se fué al bosque de Belmonte. Cazó por disimulo algun tiempo; y cuando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó y partió solo hácia la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiendole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algun pretesto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, cuando al atravesar un sendero que iba á dar en una de las puertas del parque, vió no distantes de sí á dos mugeres que estaban sentadas sobre la fresca yerba, á la sombra de un corpulento y frondoso árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó al extremo, cuando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habiase escapado de la quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel retirado sitio.

Luego que Enrique la conoció, voló hácia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse á sus piés; y descubriendo en sus ojos

todas las señales de la mas viva afliccion , la dijo enternecido : Suspended , bella Blanca , esos injustos ímpetus de vuestro acerbo dolor. Las apariencias , confiesolo asi , me condenan justamente ; mas cuando esteis informada de mis ocultos intentos , puede ser que lo que se os representa delito sea para vos la mayor prueba de mi inocencia y del esceso de mi amor. Estas palabras , que en el concepto de Enrique le parecian capaces de templar la afliccion de Blanca , solo sirviéron para exacerbarla mas. Quiso responderle ; pero atropellandose en el pecho los suspiros , cerraban el camino á los esfuerzos de la voz. Asombrado el Príncipe de verla tan embargada , prosiguió diciendola : ¿ Pues que , Señora , es posible que no pueda yo calmar la inquietud que os agita ? ¿ Por que desgracia ha perdido vuestra confianza un hombre que despreció una corona y su propia vida por conservarla solo para vos ? Entónces la hija de Leoncio , haciendo el mayor esfuerzo para poderse explicar , le respondió , articulando mal las palabras cortadas con sollozos : Señor , ya llegan tarde vuestras promesas ; no hay ya poder en el mundo para que sea uno mismo el destino de los dos. ¿ Ah , Blanca , interrumpió Enrique broncamente , que palabras tan crueles han salido de tu boca ! ¿ Quien será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor ? ¿ Quien será tan osado que tenga aliento para oponerse á un Rey que reducirá á

ceniza toda la Sicilia, ántes de sufrir que ninguno os robe á sus amorosas esperanzas? Inútil será, Señor, todo vuestro poder, respondió con desmayada voz la hija de Sifredo, para deshacer el invencible impedimento que nos separa. Sabed que ya soy muger del Condestable. ¡Muger del Condestable! exclamó el Rey dando algunos pasos hácia atras; y no pudo decir mas, tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado al pié de un árbol que estaba allí cerca. Quédó pálido, trémulo y tan enagenado, que solo tenia libres los ojos para fijarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dejaba comprender cuanto le habia penetrado el infortunio que le anunciaba. Blanca por sí miraba tambien al Príncipe con semblante tal, que se conocia ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirabanse los dos amantes con un silencio en que á vueltas de la ternura se dejaba traslucir cierta especie de horror. Volvió finalmente algun tanto de su desmayo, y esforzandose como pudo, dijo con suspiros: ¿Que habeis hecho, Señora? vuestra crédula aprehension me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el Rey á su parecer la culpase, cuando ella vivia persuadida á que tenia de su parte toda la razon para estar quejosa de él, y le dijo no sin alguna viveza: ¿Que,

Señor, pretendéis por ventura añadir el disimulo á la traicion? ¿Quereis que desmienta á mis propios oidos, y que á pesar de su informe os tenga por inocente? No, Señor, confieso que no me siento con fuerzas para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dijo el Rey, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoy inocente, y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del Condestable. ¿Pues que, Señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano, y con ella el de vuestro corazon? ¿No asegurásteis á los Grandes del Reino que os conformaríais con la voluntad del Rey difunto, y á la Princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenages que se debian á una Reina y esposa del Príncipe Enrique? Sin duda que mis ojos estarian alucinados como mis oidos. Confesad ántes bien que no creísteis debia contrapesar el corazon de Blanca el interes de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentis, ni quizá habeis sentido jamas, confesad que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con la dichosa Constanza, que con la desgraciada hija de Leoncio. Al cabo, Señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un Príncipe como vos. Era demasiada mi teme-

ridad en aspirar á la posesion de uno y otro ; pero vos tampoco debíais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos , lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A que fin asegurarme lo contrario ? ¿A que fin tanto empeño en disipar mis temores ? Entónces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos , y hubiera sido siempre vuestro mi corazon , ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamas haber obtenido de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del Condestable ; y por no esponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor , dadme licencia , Señor , para cortarla , y para que deje á un Principe á quien ya no me es lícito escuchar.

Diciendo esto hizo una gran reverencia á Enrique , y se alejó de él con toda la aceleracion que la permitia el estado en que se hallaba. ~~A~~Guardaos , Señora , clamaba Enrique , haciendo ademán de detenerla por un brazo ; no desesperéis á un Principe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara haber preferido á vos , ántes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio , respondió Blanca caminando siempre , aunque con paso mas lento ; debiérais haber impedido diese la mano al Condestable ántes de abandonaros á tan generosos transportes ; y puesto

que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia sea reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiéreis. Si tuve la flaqueza de dejar que mi pobre corazon fuese sorprendido, tendré á lo menos valor para sufocar sus movimientos, y para que vea el Rey de Sicilia que la esposa del Condestable ya no es ni puede ser amante del Príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con despecho, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dejó al Rey traspasado de dolor. No podia menos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazon la noticia del matrimonio de Blanca. ¡ Injusta Blanca ! ¡ Blanca cruel ! exclamaba: ¿ es posible que asi hubieses perdido la memoria de nuestros recíprocos empeños ? ¿ A pesar de mis juramentos y los tuyos, estamos ya separados ? ¿ Con que no fué mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo ? ¡ Ah cruel, y que cara me cuesta la gloria que tanto me lisonjaba de haber logrado que mi amor fuese de tí correspondido !

Representósele entónces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada con todo el horror de los mas rabiosos zelos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para inmolar á su dolor al Condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon

á calmar los impetuosos movimientos de la passion desordenada. Con todo eso, cuando consideraba imposible desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, entraba en una especie de ira desesperada, que se acercaba á furor. Lisonjébase de que la borrraria aquel concepto, si hallaba arbitrio para hablarla sin testigos y con plena libertad. Animado con este pensamiento, concluyó que era menester alejar de su compañía al Condestable, y resolvió hacerle prender como á sospechoso reo de Estado en las presentes circunstancias. En esta conformidad dió la órden al Capitan de sus guardias, el cual partió á Belmonte, apoderóse de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo, dejándole preso en el castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte á vista de un incidente tan ruidoso como impensado. Sifredo montó inmediatamente á caballo, y partió en posta á responder al Rey de la inocencia de su yerno, y á representarle las funestas consecuencias de una prision en que la venganza y el despecho pretendian disfrazarse con el traje de la justicia. Previendo bien el Rey este paso que daria su Ministro, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca ántes de dar libertad al Condestable, habia dado órden que á ninguno se dejase entrar en su cuarto aquella noche. Sin embargo, Sifredo pudo persuadir á la guardia que en esta universal órden del Rey no se

*

debía entender comprendido su primer Ministro, mientras espresamente no se le nombrase; y facilitandose así la entrada en el cuarto Real: Señor, le dijo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetoso y fiel vasallo quejarse de su Señor, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿ Que delito ha comedito mi yerno? ¿ Ha considerado V. M. el eterno oprobio de que cubre á mi familia, y las consecuencias de una prision que puede enagenar de su servicio á las personas que ocupau los primeros puestos del Estado? Tengo avisos ciertos, respondió el Rey, de que el Condestable mantiene delincuentes inteligencias con el Infante Don Pedro. ¿ El Condestable inteligencias secretas y delincuentes! interrumpió admirado Leoncio. ¿ Ah Señor! no lo crea V. M.; sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bastale al Condestable ser yerno mio, para estar en este punto á cubierto de toda sospecha. El está inocente, vos lo sabeis; otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Ya que me hablas con tanta claridad, repuso el Rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al Condestable. ¿ Ah! ¿ y no podré tambien quejarme de tu crueldad? Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente toda mi dicha, toda mi quietud y todo mi re-

poso, poniendome en estado por tus officiosas máximas de que mire con envidia al mas vil de todos los mortales. No, no te lisonjees de que yo entre jamas en tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza.... ; Que , Señor ! interrumpió Leoncio fuera de sí. ; Como será posible que no os caseis con la Princesa , despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el Reino? Si es que engañé su esperanza, repuso el Monarca, echate á tí solo la culpa. ; Por que me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ; Quien te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ; Quien te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca , obligandola á casarse con un hombre á quien no amaba? ; Y quien te la dió sobre el mio, para disponer de él en favor de una Princesa á quien miro con horror? ; Te has olvidado ya de que es hija de Matilde , de aquella cruel Matilde , que atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ; Y á esta querias tú que yo diese mi mano? No, Sifredo , no esperes de mi esta locura , ni este profano sacrificio. Antes de ver encendidas las teas de tan bárbaro himeneo , verás arder á toda la Sicilia , y anegados en sangre sus campos.

; Que es lo que escucho ! exclamó Leoncio.

¡Que terribles amenazas! ¡que funestos anuncios me hacéis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, Señor, nada de esto temo. Es muy grande el amor que profesais á vuestros vasallos, para que se pueda rezelar que vuestro tierno corazón les solicite jamas tan lastimoso destino. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razón. Echaríais un eterno borron á vuestras virtudes, si os dejárais llevar de las flaquezas propias de hombres ordinarios. Si yo dí mi hija al Condestable, fué, Señor, únicamente por ganar para vuestro servicio á un hombre valeroso, que, con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposición, apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del Príncipe Don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos.... ¡Ah! que esos lazos, interrumpió exclamando Enrique, son el funesto cordel que á mí me ha sufocado, me ha perdido. ¡Cruel amigo! ¿que te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro y tan intolerable golpe? Habiate encargado que manejases mis intereses; pero ¿cuando te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazón? ¿Por que no dejaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parecete que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el Condestable fuese uno de ellos, sabria muy bien castigarle. Ya sé que los

Reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion debe ser la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de estos los mismos Soberanos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres, de ser dueños de sus afectos desde el mismo punto que la providencia los destinó para el supremo gobierno? ; Ah Leoncio ! si los Reyes han de perder aquella preciosa libertad que goza el último de los mortales, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el Ministro, no puede ignorar V. M. que el Rey su tio aligó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la Princesa Constanza. ¿Y quien dió autoridad al Rey mi tio, repuso Enrique con calor y viveza, para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan bárbara ley de su hermano el Rey Don Carlos, cuando entró á sucederle? ¿Y por ventura tenias tú obligacion de sujetarte á una condicion tan inicua? Cierto que para un gran Canciller te muestras poco instruido en nuestros usos y costumbres. En una palabra, cuando prometí mi mano á Constanza, fué involuntaria mi promesa, nunca tuve ánimo de cumplirla. Si Don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no cumplir aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una di-

ferencia que derramaria mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede resolver la disputa, y decidir cual de los dos será digno de reinar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas. Contentóse con volverle á pedir de rodillas la libertad de su yerno, la que consiguió, diciendole el Rey : Anda, y vuelvete á Belmonte, que presto te seguirá el Condestable. Retiróse el Ministro, y se restituyó á su quinta, persuadido á que su yerno vendria luego tras de él ; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto entregado este á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos, y conoció cual era la verdadera causa de su desgracia. Abandonado enteramente á la violencia de los zelos, y olvidado de la fidelidad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido á que el Rey no malograria la ocasion y no dejaria de ir aquella noche á visitar á Doña Blanca, para sorprenderlos á entrámbos suplicó al Gobernador del castillo le dejase salir de la prision por algunas pocas horas, bajo su palabra de honor de que ántes del amanecer se restituiria á la prision. El Gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas, habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del Rey

su libertad. No contento con esto, le dió un caballo para que fuese á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una portezuela, cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin que ninguno le sintiese. Llegó hasta el cuarto de su muger, y se escondió tras un biombo que estaba en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dejar á su ama, y se retiraba á un gabinete inmediato, donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo de la prision de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria á Belmonte, aunque su padre la habia dicho que el Rey le habia asegurado le seguiria presto. Igualmente se persuadió á que el Rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que podia tener terribles consecuencias para ella. Efectivamente, poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el Rey, que se arrojó á los piés de Blanca, diciendola: No me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al Condestable, considerad que ya no me quedaba otro medio para justificarme. Si es delincuente este artificio, la culpa

es de vos sola. ¿Por que os negásteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entónces ¡ay de mí! ya no tendré modo para hablaros. Oidme pues por la última vez, que quiero sincerarme del cargo de traidor. Si confirmé á Constanza la promesa de mi mano, fué porque en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podia hacer otra cosa. Erame preciso engañar á la Princesa por vuestro interes y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para libramme de aquella aparente obligacion; pero vos, disponiendo de vuestra persona con demasiada facilidad, preparásteis un eterno dolor á dos corazones que perfectamente se amaban, y hubieran sido siempre felices.

Dió fin á este breve discurso con tan visibles señales de verdadera desesperacion, que Blanca se sintió conmovida. Ya no la quedó la menor duda de su fidelidad y de su inocencia. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues experimentó mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah Señor! dijo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros mi fatal estrella, me causa nueva afliccion el saber que estais inocente. ¿Que es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado; y arrebatada de despecho, recibí la mano del Condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah

infelice ! yo fuí la delincuente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. Cuando estaba tan quejosa de vos, acusandoos en mi corazon de que me habíais engañado, era yo, imprudente y ligerisima amante, la que rompía los lazos que habia jurado hacer indisolubles. Vengaos, Señor, pues os tocó vuestra vez. Aborreced á la ingrata Blanca.... olvidad.... ¿Y os parece que lo podré hacer, Señora ? interrumpió Enrique tristemente : ¿que será posible arrancar de mi corazon una pasion que no podrá sufocar vuestra misma injusticia ? Con todo eso, Señor, dijo suspirando la hija de Sifredo, es menester esforzaros para conseguirlo. ¿Y os, Señora, replicó el Rey, seréis capaz de ese esfuerzo ? No prometo lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello : lo intentaré cuanto pueda. ¿ Ah cruel ! exclamó el Rey, fácilmente olvidaréis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. ¿Y vos, Señor, que es lo que pensais ? repuso Blanca con entereza : ¿os lisonjeais de que os tolere continuar en obsequiarme ? No forméis tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para Reina, tampoco me dió un corazon tan bajo que pueda dar oidos á ningun amor que no sea legitimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou ; y aun cuando lo que debo á solo él no fuera obstáculo invencible á vuestros galantes servicios, mi gloria y mi propio honor jamas podrian sufrir-

los. Suplico pues á V. M. que se retire, y que haga ánimo de no volverme á ver. ¡Oh que tiranía! exclamó el Rey: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¿No basta para atormentarme el veros entre los brazos del Condestable? ¿Quereis tambien privarme de vuestra vista, único consuelo que me ha quedado? Huid cuanto ántes, Señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de los que tiernamente se han amado deja de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerse. A Dios, Señor, retiraos de mi presencia. Este esfuerzo lo debéis á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os le pido por mi reposo y quietud, porque al fin, aunque mi virtud no se sobresalta con los movimientos del corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios esfuerzos el resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta viveza, que, sin advertirlo, derribó en el suelo un candelero que estaba á sus espaldas. Apagóse la bugía; cogióla Blanca á tientas; abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz; y apenas la vió el Rey, volvió á repetir la las instancias para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del Monarca entró el Condestable con la espada en la mano en el cuarto de su esposa, casi al mismo

tiempo que entraba ella : encara con Enrique , lleno del resentimiento que su rabia le inspiraba. Ya es demasiado , tirano , gritaba enfurecido , no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda tolerar la afrenta que pretendes hacer á mi honor. ; Ah traidor ! respondió el Rey desenvainada la espada para defenderse : ¿ piensas por ventura ejecutar tu intento impunemente ? Diciendo esto , dan principio á un combate demasiadamente vivo para que durase mucho. Temiendo el Condestable que Sifredo y sus criados acudiesen á los gritos que daba Doña Blanca , y le estorbasen su venganza , peleaba ya sin juicio , sin conocimiento y sin reserva. Fuera de sí de furor , él mismo se metió por la espada de su enemigo , atravesandose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra , y viendole el Rey derribado , se paró.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado , se arrojó al suelo para socorrerle , á pesar de la repugnancia con que le miraba. Preocupado el infeliz esposo contra ella , no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolorosa compasion. La muerte , que tenia tan cercana , no bastó para sufocar en él los rebatos de los zelos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su rival , idea tan ingrata y espantosa , que reanimando los espíritus y dando un momentáneo vigor á las pocas fuerzas que le restaban ,

le hizo levantar la espada, que aun tenia en la mano, y la sepultó toda ella en el seno de su muger, diciendola : Muere, esposa infiel, ya que los sagrados lazos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fé que me juraste al pié de los altares. Y tú, Enrique, prosiguió con voz apagada, no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia : con esto muero contento. Dijo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que, entre las sombras de la muerte, dejaba ver un cierto no sé que de fiero y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo; y mezclada la sangre de esta inocente víctima se confundia con la del bárbaro homicida, cuya ejecucion fué tan pronta y tan impensada, que no dió lugar al Rey para precaver el efecto.

Prorumpió este en un horrible y lastimoso grito cuando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que la quitaba la vida, quiso acudir á prestarla el mismo auxilio que ella habia deseado prestar á su marido; pero Blanca hizo ademan de detenerle, diciendole con voz desfallecida : Señor, esta es la víctima que estaba pidiendo la suerte inexorable, y asi son igualmente inútiles vuestro socorro y vuestro dolor. Quiera el cielo que este sacrificio aplaque la cólera de nuestro fatal destino, y asegure la

felicidad de vuestro reinado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lamentosos ayes, entró en el cuarto, y enteramente embargado de los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó sin movimiento. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el Rey : A Dios, Señor, le dijo, conservad tiernamente mi memoria; mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre. Respetad sus canas, compadeceos de su dolor, y haced justicia á su zelo. Sobretudo haced notoria á todo el mundo mi inocencia : esta es la cosa mas principal que os encomiendo. A Dios, amado Enrique.... yo me muero.... recibid mi postrer aliento.

Dijo, y falleció. Quedóse inmoble el Rey, y guardando por algun tiempo el mas lúgubre y sombrío silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo : Mira, Leoncio, esta es la obra de tus manos. Contemplala bien, y considera en este trágico suceso el fruto de tu oficioso zelo por mi servicio. Nada respondió el afligidísimo anciano, preocupado todo del dolor que le añudaba la voz y le cortaba el aliento. ¿Pero á que fin empeñarme en querer describir lo que es superior á toda esplicacion ? Basta decir que uno y otro se hicieron las mas tiernas y vivas reconvenciones y quejas, luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los internos afectos.

El Rey conservó toda la vida la mas dulce memoria de su fidelísima y honradísima amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El Infante se coligó con ella para hacer que subsistiese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se viéron precisados á ceder al Príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo y aun de su misma patria el insoportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasandose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia, ántes de morir, con Don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares, la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.

CAPÍTULO V.

De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.

DESPUES que la Ortiz, sus compañeras y yo oímos esta historia, salimos de la sala, donde

dejámos solas á Doña Ximena y á Doña Ximena. Pasáron las dos el resto de la vida en varias diversiones, sin cansarse una de otra; y cuando partimos al dia siguiente, fué tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos íntimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegámos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomámos luego una casa noblemente alhajada; y la dueña Ortiz, segun lo que habíamos acordado, se comenizó á llamar Doña Ximena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una doncella y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun cuarto desocupado; y habiendola respondido que sí, la enseñáron uno decentemente adornado. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó una mesada del arriendo, espresando era para un sobrino suyo, que venia de Toledo á estudiar á Salamanca, y al que esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dejáron concertado aquel alojamiento, se retiráron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia; y tiñendose las cejas con el mismo color, se disfrazó de suerte que parecia un señorito jóven, garboso y desembara-

zado; y á no ser que la cara era demasiadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso el disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos á que tampoco esta representaria mal su papel, asi porque no era de las mas hermosas, como por cierto airecillo de despejo y aun de descaro, que era muy propio del personage que la tocaba hacer. Despues de comer, hallandose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ella y yo nos dirigimos allá. Entrámos en un coche con los baules y toda la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agrado, y nos condujo á nuestro cuarto, donde comenzámos á trabar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar y en lo que la habíamos de pagar, quedando el buen trato de su cuenta. Preguntámosla despues si tenia en casa otros huéspedes. Al presente, respondió, ninguno tengo, y siempre tendria muchos si quisiese recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito señoritos y personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á acabar aquí sus estudios. Llamase Don Luis Pacheco, y acaso le conocerán vmds., ó habrán oido hablar de él. Ni uno ni otro, respondió Aurora; y ántes bien ha-

biendo de vivir con él en una misma casa , tendria particular gusto de saber que hombre es , por lo que podria importar para mi gobierno. Señor , repuso la huéspedea mirando al mentido estudiante , es un caballero de linda cara , ni mas ni menos como la vuestra ; y desde luego aseguro que los dos pareis hechos para en uno. Vive diez , que podré gloriarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y mas airo-sos de toda España. Segun eso , replicó mi ama , ese tal caballero habrá tenido en Salamanca mil aventuras y buenos lances. ; Oh ! en cuanto á eso , respondió la vieja , debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta dejarse ver para conquistar. Entre otras robó el corazon de una dama moza , y bella como ella sola. Es hija de un viejo Doctor en leyes ; y en cuanto á su amor por Don Luis , es aquello que se llama locura. Su nombre es Doña Isabel. Pero digame , la interrumpió Aurora con alguna viveza , ¿ y Don Luis la corresponde igualmente ? Que la amaba ántes que partiese á Madrid , respondió la Ramirez , no tiene duda ; pero si ahora la quiere ó no la quiere , eso es lo que yo no sé , porque el tal caballero en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger , como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apénas acababa la viuda de decir estas palabras , cuando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana , y vimos á dos

hombres que se apeaban. Eran el mismo Don Luis Pacheco y su criado. Dejónos la vieja para ir á recibirlos, y dispusose mi ama, no sin alguna emocion, á representar su personage de Don Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro cuarto á Don Luis con botas y espuelas, en trage de camino. Acabo de saber, dijo saludando á Doña Aurora, que un caballero Toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el singularísimo gusto que he tenido de lograr bajo un mismo techo tan buena compañía. Miéntas respondia mi ama á este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba sorprendido de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien plantado. Despues de varios discursos, acompañados de mil recíprocos cortesanos cumplimientos, se retiró Don Luis al cuarto que se le habia destinado.

Miéntas se hacia quitar las botas y mudaba ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á Doña Aurora en la escalera, y temiéndola por Don Luis á quien no conocia: Caballero, le dijo, aunque no conozco al Señor Don Luis Pacheco, no juzgo que debo preguntar á V. S. si lo es, y estoy persuadido á que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con admirable presencia de espíritu, seguramente

que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Partió el page; y cerrandose Aurora en su cuarto con su criada y conmigo, leimos el papel que decia asi: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca. Alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amais todavía á vuestra Isabel? Aseguradla cuanto ántes de que no os habeis mudado. Morirá de gusto si la dais el consuelo de haberla sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dijo Aurora, y muestra una alma absolutamente prendada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; ántes bien me parece que debo hacer todo lo posible para desprenderla de Don Luis, haciendo cuanto me sea dable para que él no la vuelva á ver. La empresa es algo ardua, lo confieso, mas no desconfio salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: Yo me obligo á ver embrollados á los dos en menos de veinte y cuatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco reposado un poco en su cuarto, volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora ántes de cenar. Caballero, la dijo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar sobrada inquietud. Yo por lo menos ya comienzo á temer mucho

por mis damas. Oiga vmd. , le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. Don Felix de Mendoza es un poco temible, así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en esta ciudad, y sé por esperiencia que en ella no son insensibles las mugeres. Habrá un mes que transité por Salamanca; detuveme en ella no mas que ocho dias, y en este breve tiempo, os lo digo en toda confianza, inflamé á la hija de un Doctor en leyes.

Conocí que se habia turbado Don Luis al oír estas palabras. ¿ Y se podrá saber, sin pasar por curioso, replicó él prontamente, el nombre de esa dama? ¿ Que llama vmd. sin pasar por curioso? repuso el fingido Don Felix. ¿ Que razon puede haber para hacer de esto un misterio? ¿ Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esta injusticia. Ademas de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas entidades de media braga, y aun creen que las hacen mucho honor en quitarlas el crédito. Diréos pues sin ceremonia que la hija del tal Doctor se llama Isabel. ¿ Y el tal Doctor, interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el Señor Marcos de la Llana? Justamente, respondió mi ama. Lea vmd. esté papel que acabo de recibir: por él

verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos Don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Que veo? prosiguió entónces Aurora en aire de admirada. Parece que se os muda el color. Creo, Dios me lo perdone, que os interesais en esa dama. ¡ Oh, y cuanto me pesa de haber hablado con tan poca reserva !

Antes bien os doy gracias por ello, replicó Don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡ Ah pérfida ! ¡ ah inconstante ! ¡ Oh, Don Felix, cuanto bien me habeis hecho ! Habeisme sacado de un error en que quizá hubiera vivido largo tiempo. Creia que me amaba : ¿ que digo amaba ? me parecia que me adoraba Isabel. Me merecia algun aprecio esta muchacha ; pero veo ahora que es una muger digna de todo mi desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dijo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un Doctor en leyes debiera contentarse y tenerse por muy dichosa en que fuese su amante un caballerito de tanto mérito como vos. No puedo excusar su volteriedad ; y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, resuelvo castigarla despreciandous favores. Por lo que á mí toca, dijo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será toda mi venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fugido Mendoza. Con todo, para hacerla conocer mejor el desprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que cada uno de los

dos la escribiéramos separadamente un papel que la insultase á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su billete; mas ántes de llegar á este extremo, será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto con Isabel. No, no, interrumpió Don Luis, no espero tener jamas semejante flaqueza, y convingo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente en obra lo que hemos pensado.

Sin perder tiempo fui yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy lisonjeros para la hija del Doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces tan fuertes que le contentasen para esplicar quanto deseaba la viveza de su irritada imaginacion; y asi hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocer, reina mia, y no tengas la vanidad de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que por un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán las hopalandas mas miserables de la Universidad.* Escribió

pues esta graciosa carta; y cuando Aurora acabó la suya, que no era menos escesiva, las cerró entrámbas bajo una cubierta, y entregandome el pliego: Toma, Gil Blas, me dijo, y procura que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñandome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí, Señor, le respondí: será V. S. servido como desca.

Responderle esto, hacerle una reverencia y salir de casa, todo fué uno. Luego que me vi en la calle, me dije á mí mismo: ¿Con que, Señor Gil Blas, vmd. en esta comedia hace el importante papel de criado confidente? Sí, Señor. Pues, amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El Señor Don Felix se contentó con hacerte una seña. Fióse de tu penetracion. ¿Entendiste bien lo que aquella guiñada queria decir? Sí por cierto. Quisome dar á entender que entregase solamente el billete de Don Luis. No significaba otra cosa la gitanesca guiñadura. No tuve en esto la menor duda; con que diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del Doctor Marcos, habiendome ántes informado donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pagecito que habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dije, ¿seréis vos por fortuna el criado de la hija del Señor Doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo es-

perto en estos lances, y yo le añadí: Teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al prójimo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero conocido suyo.

¿Y quien es ese caballero? me preguntó el pagedillo; y apénas le respondí que era Don Luis Pacheco, cuando todo regocijado me respondió: ¡Ah! si el papel es de ese Señorito, sigueme, que tengo orden de mi ama de introducirte en su cuarto, y quiere hablarte. Seguile en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dejó ver la Señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto jamas facciones mas finas. Tenia cierto aire tan delicado y melindroso, que parecia una niña de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de Don Luis Pacheco? Sí, Señora, la respondí, tres semanas ha que entré á servir á su señoría; y diciendo esto, la puse respetosamente en la mano el papel que se me habia encomendado. Leyóle dos ó tres veces, en ademan de quien desconfiaba de lo que sus mismos ojos la decian. Con efecto, ninguna cosa esperaba menos que semejante respuesta. Levantaba los ojos al cielo, mordíase los labios; y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazon. Volvióse despues

hácia mí con ímpetu, y toda azorada me preguntó : ¿ Don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí ? Dime, amigo, si lo sabes, ¿ que motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento ? ¿ Que demonio se ha apoderado de él ? Si queria romper conmigo, ¿ es posible que no lo supo hacer sino ultrajandome con tan groseras y torpes frases ?

Señora, la respondí con hipocresía, es cierto que mi amo no ha tenido razon ; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me asegurais el secreto, yo os descubriré todo este enredo. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente. No temas que te sacrifique, y asi esplicáte con toda libertad. Pues, Señora, continué yo, he aquí el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel, entró en la posada una dama de tapadillo, cubierta con un manto de los mas dobles. Preguntó por el Señor Pacheco, hablóle en particular, y pasado algun tiempo, al fin de la conversacion la oí estas precisas palabras : *Me jurais que nunca la volveréis á ver ; pero no me contento con esto. Es menester que en este punto la escribais un billete que yo misma quiero dictar. Esto quiero absolutamente de vos.* Rindióse Don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregandome despues el billete, me dijo : Toma este papel, informate donde vive el Doctor Marcos de la Llana, y procura con des-

*

treza que esta carta se entregue á su hija Isabel en propia mano.

De aquí inferiréis, Señora, que la tal carta es obra de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ; O cielos! exclamó ella: pues esto es mas aun de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas y ultrajantes palabras que se atrevió á escribir aquella bárbara mano. Pero revistiendose de repente de aquella fiereza que en una muger despreciada induce la vengativa sensibilidad del sexo, añadió despechada: Abandonese en buen hora libremente á la ingratitud y á su nuevo amor. Nada me importa á mí: no me estimo en tan poco que me abata á perturbarle. Decidle de mi parte que no necesitaba echar mano de groserías y de insultos para obligarme á dejar libre el campo á mi competidora. Me sobra el desprecio con que miro á un amante tan ligero, para que jamas se atreva la memoria á ponerme delante. Diciendo esto me despidió, volviendome las espaldas muy irritada contra Don Luis.

Yo salí muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero, me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvime á nuestra posada, donde encontré á los Señores Mendoza y Pacheco, que estaban cenando juntos,

y conversaban con tanta confianza como si se hubieran tratado y conocido muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿ Con que ya estás de vuelta , Gil Blas ? me dijo en tono festivo. Ea , danos cuenta del suceso de tu embajada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dije que habia entregado el pliego en mano propia á Isabel ; que despues de haber leído los dos dulcísimos y ternísimos papeles , prorumpió en grandes carcajadas como una loca , diciendo : Por vida mia , que los dos Señoritos escriben en un bellissimo estilo. No se puede negar que nadie sabe imitarlo. Eso , dijo mi ama , se llama *sacar el caballo , ó salir del atolladero con grande aire*. En verdad que la tal Señora mia es una chula magistral y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á Doña Isabel , interrumpió Don Luis : la tenia por muy otra. Yo tambien , replicó Aurora , habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer todos los papeles. A una de estas amé yo , y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir : parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Asi es , respondí yo introduciendome en la conversacion ; era capaz de engañar al mismo diablo , y faltó poco para que me engañase tambien á mí mismo.

Diéron grandes carcajadas el falso Mendoza

y el verdadero Pacheco cuando me oyéron hablar de esta manera : el uno, por lo que yo decia de una dama imaginaria ; y el otro, por las expresiones de que usaba. Proseguimos nuestra conversacion sobre el arte de fingir , que en supremo grado poseen las mugeres ; y la resulta de todos nuestros discursos fué que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver ; y Don Felix , á su ejemplo , juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas , estrecháron mas su amistad , prometiendo que ninguna cosa tendriau reservada uno para otro , ántes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobremesa se detuviéron un rato , diciendo cosas graciosísimas , y despues se separáron para irse á dormir cada cual á su cuarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo , donde dí fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del Doctor , sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Gil Blas , me dijo , tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Cuando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas , es gran fortuna lograr un criado tan advertido y tan ingenioso como tú , que tomas verdadero interes en nuestros asuntos. Animo pues , amigo mio. Nos hemos desembarazado de

una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio; pero como los lances de amor estan sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que quanto ántes acometamos nuestra ideada aventura, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dejando al Señor Don Felix con su page, me retiré al cuarto donde tenia mi cama.

CAPÍTULO VI.

Artificios de Aurora para hacerse amar de Don Luis Pacheco.

JUNTARONSE los dos nuevos amigos al dia siguiente. Abrazáronse luego que se viéron, demostracion que sufrió Aurora por hacer bien el personage de Don Felix. Saliéron juntos á pasearse por la ciudad, acompañandolos yo con Chilindron, criado de Don Luis. Parámonos á la puerta de la Universidad para leer varios carteles de libros nuevos. Habia tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo como del codo á la mano, que hacia su crítica sobre las obras que allí se publicaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion, y se conocia muy bien en su semblante enfático y en su tono magistral, que él mismo estaba muy persuadido

á que la merecia. No sabia disimular que era vano y hombre decisivo, como lo suelen ser todos los tamañitos. Esa *nueva traduccion de Horacio*, que anuncia este cartel con letras gordas, decia á los circunstantes, es obra de un cierto autor hopalandas, escritor de los de antaño, muy estimada de los escolares, de la cual se han hecho ya cuatro ediciones; pero ningun hombre verdaderamente literato ha comprado siquiera un ejemplar. No era mas ventajosa la crítica que hacia de los demas libros. Sin duda que el tal crítico perinola debia ser algun autorcillo. Yo de buena gana le estaria oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fué preciso seguir á Don Luis y á Don Felix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no interesandose poco ni mucho en los libros que criticaba, prosiguiéron su camino alejandose de él y de la Univer-sidad.

Llegámos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y con destreza hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi padre, dijo, fué un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo: mi madre es hermana carnal de Doña Ximena de Guzman, que, pocos dias ha, vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo en su compañía á su sobrina Doña Aurora, hija única de Don Vicente de Guzman, á quien quizá habrá vmd. conocido. No tengo

tal fortuna, respondió Don Luis; pero he oido hablar mucho, asi de ese caballero como de su hija, prima vuestra, y mi Señora Doña Aurora. Decidme por Dios si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita. Me han asegurado que no tiene igual en hermosura y entendimiento. En cuanto á entendimiento, respondió Don Felix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en cuanto á hermosura, no creo que sea tanto como ponderan, cuando oigo decir que ella y yo nos parecemos mucho. Siendo eso asi, replicó prontamente Don Luis, queda muy justificada su fama. Vuestras facciones son regulares y perfectas, vuestra tez muy delicada, y asi no puede menos de ser lindísima vuestra prima. Yo quisiera tener la dicha de ponerme á sus piés y rendirla mis respetos. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el falso Mendoza, y á satisfacerla hoy mismo. Despues de comer irémos los dos á casa de mi tia.

Mudó entónces de conversacion mi ama, y comenzaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, miéntras se disponian para ir á casa de Doña Ximena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia, me restituí prontamente á la posada para acompañar á Don Felix, quien finalmente condujo al Señor Don Luis á casa de su tia. Apenas entráron en ella cuando se

encontráron con Doña Ximena, que con el dedo en la boca les hizo señal de que metiesen poco ruido, diciendoles en voz baja : *Paso, pasito*. No despierten vnds. á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la cual ha poco tiempo que la dejó, y habrá un cuarto de hora que se retiró á descansar un poco. Siento mucho este contratiempo, dijo Mendoza, porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima, queriendo hacer este cortejo á mi amigo el Señor Pacheco. Lo que se difiere no se quita, respondió sonriendose la Ortiz, y mañana podrá el Señor Pacheco hacer ese honor á mi sobrina. Detuviéronse algun poco los dos caballeros con la vieja, y despues de una muy breve conversacion se retiráron.

Condujonos Don Luis á casa de un hidalgo amigo suyo, llamado Don Gabriel de Pedrosa, donde pasámos lo restante del dia; cenámos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habíamos andado como la mitad del camino, cuando tropezámos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creimos que serian algunos infelices recién asesinados, y nos parámos á socorrerles, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Miéntas nos estábamos informando del estado en que se hallaban, quanto lo podia permitir la oscuridad de la noche, he aquí que llega una ronda. El Comandante nos tuvo por asesinos, y dió orden

á sus gentes de que nos cercasen ; pero mudó de opinion , haciendo juicio mas benigno luego que nos oyó hablar , y mucho mas cuando á la luz de las liinternas descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que examinasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados , y halláron ser amo y criado , ámbos atestados de vino y perfectamente borrachos. Señores , exclamó un ministril , conozco muy bien á este Señor Licenciado , que pretendió hacer figura en nuestra Universidad. Aquí donde vmds. le ven , es un grande hombre , un ingenio superior. No hay quien resista á sus argumentos ; en un abrir y cerrar de ojos da en tierra con el mayor filósofo de Salamanca : es un flujo inagotable , un diluvio impetuoso de palabras. Lástima es que sea tan inclinado al vino , al juego y á las mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Belica , donde él y el que le guia se habrán emborrachado. Antes de graduarse lo hacia frecuentemente , y despues de graduado prosigue de la misma manera , porque al fin no siempre es verdad que honores mudan costumbres. Nosotros dejámos á los dos borrachos en manos de la ronda que cuidó de llevarlos á su casa , y nos fuímos á la nuestra , donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Felix y Don Luis se levantáron al dia siguiente hácia el mediodia , y su primera con-

versacion fué de Doña Aurora de Guzman. Gil Blas, me dijo mi ama, ve á casa de mi tia Doña Ximena á saber como han pasado la noche ella y mi prima, y á preguntarla si el Señor Pacheco y yo podemos ir hoy á tributarlas nuestros respetos. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir, á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habíamos de gobernar; y despues que tomámos nuestras medidas, volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dije: Mi Señora Doña Aurora me encargó ella misma os dijese de su parte que ya estaba restablecida, y que tendrá el mayor gusto con vuestra visita; y la Señora Doña Ximena me encomendó asegurase al Señor Pacheco que siempre seria muy bien recibido en su casa, á favor de su mérito y de vuestra amistosa recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á Don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un alegrísimo presagio. Poco ántes de comer, vino á la posada el criado de la Señora Ximena, y dijo á Don Felix: Señor, un hombre de Toledo fué á preguntar por V. S. en casa de su Señora tia, y dejó en ella este billete. Abrióle el fingido Don Felix, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oir todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de consecuencia que os importan mucho, leido este, venid pron-*

tamente al meson del *Caballo negro*, cerca de la Universidad. Tengo grandes deseos de saber cuanto ántes noticias que tanto me interesan, dijo Don Felix; y así, á Dios, Señor Pacheco, si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo á casa de mi tia, á donde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de Doña Ximena; en virtud de él estais obligado á hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandandome le siguiese.

Fácilmente se imaginará el sagaz y entendido lector, que en vez de tomar el camino del meson del *Caballo negro*, nos fuímos derechitos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos blondos, lavóse y estregóse muy bien las cejas y pestañas, vistióse de muger, y etela una bellísima dama con hermosos cabellos negros, mismamente cual ella era. Puede decirse que el disfraz la transformaba de manera que Doña Aurora y Don Felix parecian dos personas diferentes. En trage de muger se representaba mas alta que vestida de hombre, gracias á los tacones escesivamente empinados que regalaban con su elevacion á la estatura. Luego que añadió á su hermosura natural los demas socorros que el arte la prestaba, salió á esperar á Don Luis, sintiendo en su pecho una cierta agitacion, ocasionada del combate que con fuerzas iguales hacian en él el temor y

la esperanza. Unas veces se alentaba reflexionando en el atractivo de su rostro y de su espíritu; otras la abatía el miedo de que la saliese mal aquel peligroso ensayo. La Ortiz se dispuso también por su parte á hacer lo que la tocaba, para que nuestra ama no quedase desairada en el logro de su intento. Yo, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, no debiendo parecer en ella hasta el fin de la visita, semejante á aquellos actores que solo se dejan ver en el teatro cuando está para concluirse la comedia, salí así que acabé de comer.

Enfin todo estaba ya prevenido cuando llegó Don Luis. Recibióle con el mayor agrado la Señora Ximena, y él tuvo con Aurora una larga conversacion que duró dos ó tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiendome á Don Luis, le dije: Caballero, mi amo Don Felix suplica á V. S. se sirva de perdonarle si hoy no pudiese venir, porque se halla con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. Sí por cierto, exclamó Doña Ximena con una ironía bufonesca, estará el bribonzuelo divirtiendose con algunas buenas bigoterías cortesanas. No, Señora, repliqué yo prontamente, está en la realidad con aquellos hombres tratando de negocios demasiadamente serios, y verdaderamente le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aqui. Yo no admito sus disculpas, repuso mi ama. Sabiendo

que yo estaba indispuesta, podia y debia mostrar mas atencion con las personas que le son tan allegadas. En castigo de esta falta no he de verle ni recibirle en dos semanas. ; Ah ! Señora, dijo entónccs Don Luis, suspended tan cruel resolucion. Sobrale al pobre Don Felix por castigo el dolor de no poder veros hoy.

Despues de haberse divertido alegremente por algun tiempo sobre el mismo asunto, se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á su vestido de caballero. Transfirióse á la posada lo mas presto que la fué posible, y apénas entró, dijo á Don Luis : Perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia ; halléme con unos hombres tan pesados que no pude, por mas que hice, desembarazarme de ellos. Lo único que me consuela, es que vos tuviéseis lugar para satisfacer vuestra curiosidad y deseos : y bien, ¿ que os ha parecido mi prima ? habladme sin ceremonia. ; Que me ha de parecer ! respondió Pacheco : me ha encantado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo sonido de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta ; tiene el cabello negro, y vos sois blondo ; vos festivo, y ella seria. Por lo demas, no es mas parecido un huevo á otro huevo, que lo sois el

uno al otro. En cuanto á talento , no creo pueda haber alguno superior al suyo , á no ser el de un Angel. En una palabra , es una dama de un mérito completo.

Pronunció Pacheco estas últimas palabras tan fuera de sí , que Don Felix le dijo sonriéndose : Siento , amigo , haberos proporcionado este conocimiento ; soy de parecer que no volvais mas á casa de Doña Ximena , y os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podría insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion.... No necesito volverla á ver , interrumpió Don Luis , para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal , si lo hay , está hecho. Tanto peor para vos , replicó el fingido Mendoza , porque vos no sois hombre de contentaros con una sola , y mi prima no es una Doña Isabel. Os hablo claro como amigo : no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. *¿ Por el camino real ?* repitió Don Luis en tono enfático. *¿ Y puede haber en el mundo hombre tan temerario que piense ir por otro camino , cuando ama á una dama de su calidad ? pensar lo contrario es agraviarme. Conocedme mejor. ¿ Que dichoso seria , si mereciera que vuestra prima se mostrase favorable á mis legítimos deseos , y se dignase unir al mio su destino !* ; O Don Luis ! repuso Don Felix , ya que la música se entabla en ese tono , desde este punto me tendrá de su parte vuestro

amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, cuya autoridad y amor son los que mas pueden con la prima.

Pacheco rindió mil gracias al caballero; y mi ama y yo reconocimos con gusto que no podia caminar mejor el sutil y bien meditado estratagemma. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de Don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su cuarto, despues de suponer que habia ido á hablar con Doña Ximena para interesarla en su favor, y le dijo asi: Hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente impresionada contra vos, porque no sé quien la habia metido en la cabeza que érais un libertino; pero me puse de vuestra parte con tal ardor, que logré finalmente desimpresionarla de todo. No obstante, prosiguió Aurora, para mayor abundamiento quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Mostró Pacheco una grande impaciencia por hablar cuanto ántes con Doña Ximena, y procuró Don Felix que lograrse esta satisfaccion á la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condujole él mismo á la Señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la cual dió muy bien Don Luis á conocer el mucho terreno que el amor

habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Ximena muy pagada de la tierna fineza que mostraba á su sobrina , y le ofreció hacer cuanto estuviese de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los piés de tan buena tia , y la rindió mil gracias por tan inestimable favor. A este tiempo preguntó Don Felix si su prima se habia levantado. No , respondió la dueña , todavía está durmiendo , y por ahora no se la podrá ver ; pero vuelvan vmds. esta tarde , y la hablarán cuanto quieran : respuesta que , como se puede creer , añadió muchos grados á la alegría de Don Luis , á quien se le hizo eterno el remanente de aquella mañana. Restituyóse pues á su posada en compañía del fingido Mendoza , quien tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos , y en descubrir en ellos todas las señales de un amor fino y verdadero.

Toda la conversacion fué acerca de Aurora. Acabada la comida , dijo Don Felix á Pacheco : Ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Parece-me que podrá convenir mucho el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar en particular á mi prima , y descubrir , si puedo , el temple de su corazon en órden á vuestra persona. Aprobó Don Luis esta idea ; dejó salir primero á su amigo , y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo , de manera que quando llegó su amante , ya estaba

vestida de muger. Despues de haber saludado á Doña Aurora y á su tia , dijo Don Luis : Yo creí encontrar aquí á Don Felix. Está escribiendo en mi gabinete , respondió Doña Ximena , y presto saldrá. Quedó satisfecho Don Luis con esta respuesta , y comenzó á entablar conversacion con las damas. Esta se alargaba , y Don Felix no parecia. No pudo ya Don Luis disimular mas su estrañeza ; y habiendola manifestado , Aurora mudó de repente de tono , echóse á reir , y le dijo : ¿ Es posible , Señor Don Luis , que ni siquiera hayais sospechado la inocente burla que os estamos haciendo ? ¿ Pues que , unos cabellos rubios , pero postizos , y dos cejas teñidas me desfiguran tanto que os hayais dejado engañar hasta este punto ? Desengañaos , caballero , prosiguió volviendo á su natural seriedad , y acabad de conocer que Don Felix de Mendoza y Doña Aurora de Guzman son una misma persona.

No se contentó con sacarle de su error , confesóle tambien la flaqueza de su pasion , y todos los pasos que esta misma la habia sugerido para reducirle al estado en que le veia. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que estaba oyendo y tocando con sus manos. Arrojóse á los piés de mi ama , y la dijo transportado : ¡ Ah bella Aurora ! ¿ puedo creer con efecto que soy yo el feliz y afortunado mozo que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones ? Son de tanto precio que no basta á pagarlas

el mas fiel y mas inmutable reconocimiento. A estas palabras se siguiéron otras mil apasionadas y tiernas espresiones, correspondidas modesta y sinceramente por Aurora; despues de lo cual los dos amantes tomáron de acuerdo las mas justas y mas decentes medidas para acelerar el cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se daria fin á la comedia con el matrimonio de los dos. Asi se ejecutó; y quince dias despues se casó Don Luis con mi ama, celebrandose la boda con ostentacion y muchos regocijos.

CAPÍTULO VII.

Muda de amo Gil Blas, y va á servir á Don Gonzalo Pacheco.

TRES semanas despues del casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dijo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa, puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sabete que Don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho tenerte en la suya para su ayuda de cámara. Hábléle de tí tan ventajosamente, que me pidió te persuadiese á que vayas á servirle. Es un Señor ya de dias, pero de bellissimo carácter, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á mi Señora por lo mucho que me favorecia, y la dije que ya que su Señoría no necesitaba de mí, y gustaba de que fuese á servir al Señor Don Gonzalo, estaba pronto á complacerla, particularmente cuando tenia la honra y el consuelo de quedarme dentro de la familia. Fui pues una mañana de parte de la novia á casa de dicho Señor, y me presenté á él. Halléle todavía en la cama, aunque era cerca de mediodia. Entré en su cuarto, y ví que estaba tomando un caldo que le servia un page. Tenia el buen viejo bigotes á la papillota, ojos hundidos y casi apagados, semblante descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo gozado del mundo á toda satisfaccion en la mocedad, no son mas contenidos, ni estan menos dominados de sus antiguas pasiones en la vejez. Recibióme con mucho agrado, y me dijo que si le queria servir con el mismo zelo con que habia servido á su sobrina, haria él solo mi fortuna, y esperaba que no tendria motivo para arrepentirme. Ofrecíle emplear igual esmero en cumplir con mi obligacion en su casa que en la de mi ama; y desde aquel mismo punto me admitió, contandome en el número de sus criados.

Y eteme ya aquí con un nuevo amo, el cual sabe Dios que hombre era. Cuando le ví saltar de la cama, me pareció que estaba viendo la resurreccion de Lazaro. Figurese el lector un cuerpo tan seco y enjuto, que, si se le viese en

cueros , seria el esqueleto mas perfecto y mas á propósito para que un anatómico aprendiese la osteología. Las piernas eran tan sutiles que , aun despues de tres ó cuatro pares de calcetas y medias unas sobre otras , parecian dos bastones de negrilla , á las que servian de nudos las pantorrillas. Para mayor gracia era asmática aquella momia viviente , acompañando con una tos cada palabra. Luego que se puso la bata pidió chocolate ; tomóle , y habiendo mandado despues que le trajesen papel y tinta , escribió un billete que entregó al page que le habia servido el caldo , para que le llevase á su destino. Apénas partió este , cuando volviendose á mí , me dijo : Amigo Gil Blas , de aquí adelante has de ser tú el confidente de mis comisiones , particularmente las relativas á una cierta Doña Eufrasia , que es una damita jóven y bella , á quien sirvo y tiernamente amo , siendo de ella con igual ternura amado y correspondido.

¡ Santo Dios ! dije prontamente para mi capote : ¿ y como podrán los mozos no creer que son amados , cuando está persuadido á que es idolatrado este viejo podrido , carcuezo y cazcarriento ? Mañana , prosiguió el presumido Matusalen , irás conmigo á su casa , porque casi todas las noches ceno con ella. Quedarás admirado cuando veas su modestia y compostura. Lejos de imitar aquellas atolondradas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias ,

ella, que en medio de su florida edad es de entendimiento claro y de juicio maduro, no busca en los hombres galanterías ni palabras, sino el buen modo de pensar, y prefiere los que saben amar á los que solo saben fingir y enamorarse de sí mismos. No limitó á solo esto el Señor Don Gonzalo el panegírico de su dama. Empeñóse en persuadirme á que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difícil en dejarse convencer. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, solo por complacerle fingí que le creía, y aun hice mas, pues no solo alabé el discernimiento y el buen gusto de Doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció el incienso con que yo estaba regalaudo á sus narices; ántes por el contrario se persuadió á que todo cuanto le decia era oro puro: tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, porque se tragan, como si fueran confites, las lisonjas mas groseras y mas empalagosas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arraucarse con unas pinzas muy delicadas algunos pelos blancos de la barba, y se lavó con agua caliente los ojos que estaban cargados de lagañas. Lo mismo hizo con los oidos, manos

y cara. Concluidas sus abluciones, se tiñó de negro el bigote, las pestañas y las cejas, gastando en el tocador mas tiempo que una viuda vieja, empeñada en desmentir, ya que no pueda reparar, el estrago que hicieron los años en su semblante. No bien habia acabado de vestirse y de remozarse, á lo que á él le parecia, cuando entró en su cuarto el Conde de Azumar, amigo suyo y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demas. Este traia sus venerables canas descubiertas, se apoyaba sobre un baston, y parecia hacer alarde de su misma respetable ancianidad. Amigo Pacheco, dijo luego que entró, vengo á que me des de comer. Bien venido, Conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazáron y comenzáron á hablar miéntras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio rodó la conversacion sobre una corrida de toros, que pocos dias ántes se habia celebrado. Habláron de los picadores y caballeros en plaza que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo Conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dijo suspirando : Ya no se usan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula prevencion del Señor Conde de Azumar, tan gene-

ral en casi todos los viejos; pero su señoría no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos. Cuando se sirvió la fruta en la mesa, tomó una pera en la mano, y dijo mirandola y remirandola: En mi tiempo eran mucho mayores las peras, porque al fin el tiempo todo lo gasta ó todo lo disminuye; la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso, replicó mi amo, las peras en tiempo de Adan serian de grandísimo tamaño.

Detuvose el Conde de Azumar con Don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que se desembarazó de él, salió de casa, diciendome le acompañase. Fuímonos derechos á la de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con mucho primor. Estaba vestida de gala, y representaba un aire de tan florida juventud, que casi parecia niña, sin embargo de que ya llegaba á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su entendimiento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura: tanto en sus acciones como en sus discursos sobresalian en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio, se echaba de ver en todo lo que decia. ¡O cielo, esclamé yo dentro de mí mismo, es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan reservada! Yes que vivia yo persuadido á que necesariamente habia de ser desaho-

gada toda dama cortesana. Admirabame aquel aparente recato, sin hacer reflexion á que las tales princesas saben acomodarse á todos los genios, conformandose al carácter de los ricos y Señores que caen en sus manos. Gustan unos fuego, viveza y atolondramiento; pues con estos serán intrépidas y casi locas. Si agrada á otros el sosiego y la compostura, siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, modesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que tratan.

No era Don Gonzalo del gusto de los que tienen muy en gracia á las mugeres de modales libres, ántes bien no las podia sufrir; y para que le agradasen, era menester tuviesen un cierto aire de Vestal. Asi pues Eufrasia se gobernaba por esta regla, y hacia ver que habia muchas comediantas fuera de aquellas que representaban en los teatros. Dejé á mi amo con su ninfa, y me fuí á una sala donde me encontré con una criada vieja, que yo habia conocido sirviendo á una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y me dijo: ¿Aquí estás, amigo Gil Blas? ¿quien te trajo acá? Segun eso dejaste el servicio de Arsenia, como yo dejé el de Constanza. Asi es, respondí yo: mucho tiempo ha que le dejé, y despues entré á servir á una dama de distincion, porque la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste

muy bien, me respondió la vieja, y poco mas ó menos lo mismo hice yo con Constanza. Una mañana la dí mi cuenta luego que me levanté. Ella me la recibió sin decirme nada, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la francesa.

Mucho celebros, repuse yo, que tú y yo nos hallemos sirviendo á gente de juicio y distinguida. Doña Eufrasia muestra bien que es persona honrada, y parece Señora de admirable carácter. No te engañas en eso, respondió la Beatriz, que asi se llamaba la vieja. Mi ama es una muger muy bien nacida; y por lo que toca al genio, será difícil hallar otra mas sosegada, mas dulce, ni mas apacible. No es de aquellas amas impetuosas, altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran que decir, gritan sin cesar, atormentan á todos los criados, y es un infierno el servir las. Hasta ahora no la he oido gritar siquiera una sola vez. Cuando hago alguna cosa que la enfada, me lo advierte con mucha paz, sin honrarme jamas con aquellos epitetos y palabras de que son tan liberales las mugeres coléricas y soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un Señor muy pacífico y humanísimo con todos: por lo que toca á esto, vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con los comediantes. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo llevo ahora una vida muy retirada, cuando la de entónces era tan tumultuosa. En nuestra casa no entra otro hombre

*

que el Señor Don Gouzalo, y en esta mi amada soledad tendré yo el grandisimo gusto de no ver tampoco á otro que á tí. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin no desconfio ser tan dichosa como ella; pues, aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en punto á fidelidad no cedo á la mas fiel y amorosa tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de aquellas tantas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretenderia, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad, pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese aprehender que la despreciaba; ántes bien tuve la advertencia de responderla en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderla. Lisonjeabame ya con la persuasion de haber conquistado á lo menos una vieja tercera; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteabame ella, no ya por mis bellos ojos, ni por mi linda cara, sino para empeñarme en los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor, que á ningun medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y de servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á Doña Eufrosia un billete amoroso de mi amo. Recibióme con agrado. Dijome mil cosas cariñosas; y la criada quiso tambien

tirar su pincelada en mi elogio. Al oír á las dos, mi amo poseía un tesoro en mi persona. A una la encantaba mi fisonomía; otra descubría en mis palabras un fondo de penetracion y de prudencia, que verdaderamente la admiraba. Desde luego penetré todo el fin de aquellos encarecimientos; pero los oía con una aparente simplicidad que remedaba á la perfeccion todo el candor de un ánimo sencillo é inocente: con cuyo artificio euguñé á las que pensaban haberme engañado, y en este errado concepto se quitáron en fin la mascarilla.

Ea, Gil Blas, me dijo Doña Enfrasia apretandome la mano: en tu arbitrio está hacer tu fortuna. Obremos todos de concierto, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada; una calenturilla ayudada de un buen Médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechemonos bien de los pocos momentos que nos restan, y gobernemonos de manera que me deje á mí la mejor parte de sus bienes. A ti te tocará una buena porcion, así te lo prometo; y puedes contar con mi palabra, como pudieras con una escritura otorgada ante todos los Escribanos de Madrid. Señora, la respondí, disponga vmd. á su arbitrio de este su fiel servidor; solamente la suplico me diga lo que debo ejecutar, y lo demas dejelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer, es ob-

servar cuidadosa y diligentemente á tu amo , y darme razon puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él , procura con arte que recaiga la conversacion sobre las mugeres , y toma de aquí ocasion para con destreza y maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en cuanto te sea posible. Espia con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con el ojo á su herencia , y avisame sin perder instante de tiempo , que yo los echaré á pique. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo : sé el modo de hacerlos ridículos , y ya le he desviado de sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion y por otras que añadió Eufrasia , conocí que era una de aquellas damas que solo se dedican á viejos generosos y liberales. Pocos dias ántes habia obligado á Don Gonzalo á vender no sé que posesion , cuyo dinero la regaló. Todos los dias le chupaba algo , y ademas de eso esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy empeñado en hacer todo lo que me pedia ; mas por no disimular nada , confieso que , cuando volvia á casa , iba muy dudoso sobre el partido que debia tomar en aquel descubrimiento , si el de aprovecharme de él para engañar al viejo , ó para desviarle de aquella falaz muger. Este último me parecia mas honrado que el otro , y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á engañar á mi

amo. Consideraba por otra parte que en su nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo no pudo corromper mi fidelidad. Resolví pues servir con zelo á Don Gonzalo, persuadido á que, si lograba desprenderle de su ídolo, seria mejor recompensado por una accion tan honrada que por la otra; pues al cabo era ruindad, y estas nunca aprovechan.

Para lograr mejor el fin que me habia propuesto, fingí sacrificarme enteramente al servicio de Doña Eufrasia. Hicela creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto la embocaba mil patrañas, que la pobre creia como otros tantos Evangelios: artificio con el cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. Para mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado perdido de Beatriz, la cual estaba tan desvanecida con la conquista de un mozo ni zurdo, ni tuerto, ni corcobado, que no se le daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Cuando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reinas, representábamos dos pinturas diferentes, pero ámbas en el mismo gusto. Don Gonzalo seco y pálido, como ya le he retratado, parecia un moribundo en agonía cuando miraba á su Filis con ojos lánguidos, dulces y amorosos. Mi Nise, siempre

que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y las acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truhana vieja y bien amaestrada. Conociase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos cuarenta años. Habíase refinado en servicio de una de aquellas heroínas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas con los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya el ir todos los dias á casa de Eufrasia con mi amo, muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á cualquier hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á concebir como pudiese ser tan escrupulosamente fiel á Don Gonzalo una muger jóven y hermosa. Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredarle á Don Gonzalo, se habia proveido de un amante mas proporcionado á su lozanía, y mas conforme á sus años.

Cierta mañana muy temprano fui á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la diaria costumbre. Hizome entrar en su cuarto, y descubrí en él los piés de un hombre

que estaba tras de una tapicería. No di la mas mínima señal de que le veia , y asi que desempeñé mi eucargo , salí sin dar á entender haber notado cosa alguna ; pero aunque no debia sorprenderme este objeto , y mas cuando en nada me perjudicaba á mí , no dejó con todo de agitarme mucho. ; Ah malvada ! decia yo con enfado : ; ah traidora Eufrasia ! ; no te contentas con engañar á un buen viejo , haciendole creer que le amas , sino que te abandonas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion ! Pero muy necio era yo en discurrir de esta suerte. Quizá hubiera hecho mejor en no hablar palabra que , en servirme de esta ocasion para acreditarme de buen criado , agradecido al pan que comia. Pero , en vez de moderar mi zelo , entré con mayor calor en los intereses de Don Gonzalo , y le hice fiel relacion de lo que habia visto , añadiendo ademas que Doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad ; en cuya prueba le conté de pe á pa todo lo que me habia dicho : de manera que seria un grandísimo mentecato , si no venia en conocimiento del verdadero carácter de su alevosa enamorada. Hizome mil preguntas . como dudando de lo que le decia ; pero mis respuestas le quitáron toda la duda. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido ; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad , se asomó á su semblante un repentino impetu de cólera , que podia parecer presagio

de que Eufrasia no seria impunemente infiel. Basta, Gil Blas, me dijo : quedo sumamente agradecido al zelo y al amor que muestras á mi servicio ; agrádame infinito tu honrada fidelidad. Desde este mismo punto parto á romper para siempre con Eufrasia, y á decirle lo que merecen su fingimiento y su torpe engaño. Diciendo esto salió efectivamente, y se fué derecho á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Miéntras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que se restituyese á casa. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos echaria á pasear á su ninfa, sucediendo una justísima aversion á un amor tan mal correspondido, y á un desengaño tan visible un eterno rompimiento. Con este alegre pensamiento me estaba lisonjeando, y me daba ya á mí mismo el parabien del buen efecto que habia producido mi honrado y zeloso aviso. Pareciame estar oyendo ya las gracias que me daban todos los parientes de Don Gonzalo, por haber sido la causa de que este abandonase en fin una pasion tan vergonzosa á su persona, y tan contraria á los intereses de aquellos. Figurabame que todos se me confesarian obligados, y me distinguirian entre el vulgo de los criados, mas dispuestos por lo comun á lisonjear á sus amos, fomen-

tando sus desórdenes , que á ponerles á la vista el desengaño para retirarles de ellos. Por entónces era mi ídolo el honor , y me empavonaba ya mirandome como el corifeo de todos los sirvientes. Estando embelesado en tan alegres pensamientos , volvió mi amo , y me dijo : Amigo Gil Blas , acabo de tener una conversacion muy viva con Eufrasia. Llaméla ingrata , aleve ; llenéla de improperios ; ¿pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados. Sostiene fuertemente que me has hecho una relacion falsa desde la cruz hasta la fecha. Si he de creerla , eres un solemnisimo embustero , un criado vendido á mis sobrinos , por cuyo amor no perdonas á medio alguno para ponerla mal conmigo. Yo mismo la ví derramar un torrente de lágrimas , todas verdaderas , que anegaban su semblante , interrumpian su respiracion , y á mí me pasaban el alma. Juróme por lo mas sagrado del cielo y de la tierra , que ni te habia hecho la mas mínima proposicion , ni ella veia jamas á otro hombre que á mí. Lo mismo me aseguró Beatriz , que tiene traza de buena muger , incapaz de mentir : de modo que sin poderlo remediar , y contra mi propia voluntad , se me fué toda la cólera.

Segun eso , Señor , exclamé yo no sin algun dolor , dudais de mi sinceridad , desconfiais de.... No , Gil Blas , interrumpió él , te hago justicia. No creo que vayas de acuerdo con mis sobrinos.

Estoy persuadido á que solo por buen zelo te interese en todo lo que me toca, y te lo agradezco; pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver; y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de quererla. Asi lo manda mi estrella; y para aplacar el enojo de esta pobre muger, me ha sido indispensable hacerla el sacrificio que me pide: este sacrificio solo es despedirte de mi casa. Sientolo mucho, mi pobre Gil Blas; y Dios sabe cuantos esfuerzos la costó á ella, y cuanto dolor me costó á mí el dar semejante consentimiento. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa; fuera de que he pensado ya colocarte con una dama amiga mia, donde tengo por cierto que lo pasarás alegremente.

Quedé mortificadísimo en ver que mi zelo se habia vuelto contra mí. Mil veces maldije interiormente á la embustera Eufrasia, y otras tantas dí al diablo la flaqueza, ó por mejor decir, la mentecatez de Don Gonzalo en haberse dejado engañar tan fácilmente. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo que en despedirme de su casa, solo por complacer á su dama, no hacia la accion mas honrosa, ni mucho menos la mas varonil. Para compensar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló

cincuenta ducados, y él mismo me condujo á casa de la Marquesa de Chaves. Dijola en mi presencia que era yo un mozo de prendas y de talento; que verdaderamente me queria mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veia precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la Marquesa, y yo me ví de repente con nueva ama y en una nueva casa.

CAPÍTULO VIII.

Carácter de la Marquesa de Chaves, y personas que la trataban.

ERA la Marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, airosa y bien proporcionada. No tenia hijos, y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca ví á muger mas seria, ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente tenida por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuia mas que todo á esta universal reputacion, era la concurrencia á su casa de los primeros personages de la Corte, asi en nobleza como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para formar concepto de un genio superior, y

su casa era llamada por excelencia , *el tribunal de las obras ingeniosas*.

Con efecto, todos los dias se leian en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negabase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verosímilmente conducida, todo esto se miraba como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra seria, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*, ántes bien silbaba las obras que habian sido aplaudidas en aquel areopago.

La Marquesa me hizo maestra sala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los caballeros, y cada cosa en su respectivo sitio; quedandome despues en la antesala para anunciar é introducir á los que llegaban. Como todavía no los conocia yo, el primer dia el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando; y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamabase Andres de Molina el tal maestro. Era naturalmente serio, pero bufon y mofador.

El primero que se presentó fué un Ministro togado. Anunciéle, y despues que le introduje me dijo el maestro de pages : Este garnacha es de un carácter gracioso. Tiene alguna introduccion en Palacio, mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrecese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del Rey un caballero que le saludó. Detuvole este, hizole mil espresiones, tomóle la mano, apretósela, y le dijo : V. S. me ha conquistado; soy todo suyo, no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondióle el caballero con espresiones de reconocimiento; y apénas se separó del togado, cuando volviendose este á uno de los que iban á su lado, le dijo : Quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quien es; solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte, creo que en casa del primer Ministro.

Poco despues del togado se dejó ver un señorito, hijo de cierto Grande, á quien introduje inmediatamente en el cuarto de mi ama. Luego que entró me dijo el Señor Molina : Este señorito es un ente original. Va á una casa sin otro fin que el de tratar con el dueño de ella negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y levanta la visita sin haber hablado siquiera una palabra sobre el negocio á

que habia ido. A este tiempo vió el ayo de los pages entrar en la antesala á dos Señoras, llamadas una Doña Angela de Peñafiel, y otra Doña Margarita de Montalvan. Estas dos damas, me dijo él, quando hubieron entrado en la sala de la Marquesa, en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa; se las tiene tiasas con los mayores Doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de Doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, sus espresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter, le respondí yo, es un carácter muy amable; pero el otro me parece cae muy mal en el bello sexo. ¿Que dice vmd. *muy mal en el bello sexo?* replicó Molina prontamente. Es tan fastidioso aun en los hombres, que los hace ridiculos. Tambien nuestra ama la Marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre que se tratará hoy en nuestra academia, pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar á un hombre seco, muy grave, cejijunto y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dijo, uno de aquellos entes serios y engarrotados que quieren pasar por hombres grandes á favor de algunas sentencias de Seneca, que saben de memoria, y pronuncian con recalca-

miento y pomposidad , los cuales examinados de cerca , se descubre ser unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballerito de buen porte , pero de furioso aire á la Griega , quiero decir de un hombre lleno y pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quien era , y me respondió que era un Poeta dramático , el cual habia compuesto cien mil versos que no le habian valido cuatro cuartos ; pero que recientemente por solo seis renglones en prosa habia conseguido formarse una buena renta.

Iba á decirle me esplicase en que habia consistido el haber logrado tan de balde aquella fortuna , cuando oí un gran rumor en la escalera. ; Bravo ! exclamó el maestro de pages : ya entró en casa el Licenciado Campanal. A este se le oye mucho ántes que se deje ver. Es un solemnísimo tronera : comienza á charlar en voz alta y sonora desde la puerta de la calle , y no lo deja hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del Licenciado Campanal , que en fin apareció en la antesala con otro Bachiller amigo suyo , y prosiguió atronandonos á todos , sin cesar , en el tiempo que duró la académica visita. Este Licenciado , dije á Molina , parece hombre de ingenio. Sí , lo es , me respondió : tiene ocurrencias muy saladas ; se explica con gracia y agudeza ; es muy divertida su conversacion ; pero es un hablador molestísimo , y repite siempre sus dichos y

cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido á que la mayor parte de su mérito consiste en aquel aire cómico y gracioso con que sazona todo lo que dice; y asi no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y gracias, si se diese á luz.

Fuéron entrando despues otras personas, de todas las cuales me hizo Molina muy graciosas descripciones. Entre estas no se dejó en el tintero la de nuestra ama la Marquesa. Esta, me dijo, es una Señora muy regular, no embarazante su filosofía. Su genio no es enfadoso ni caprichoso, y da poco que hacer en su servicio. Dentro de su esfera es de las mugeres mas racionales que conozco. No se le advierte pasion alguna. Ni el juego, ni los galanteos la gustan; solo la agrada la conversacion. En una palabra, su vida seria intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un ventajoso concepto de mi ama. Sin embargo, pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor como Molina me habia asegurado; y el fundamento de mi sospecha fué el siguiente.

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombre como de cuarenta años, pero de malísima figura, contrahecho, corcobado, y mas andrajoso que el mismo Pedro de Moya. Dijome que deseaba hablar á la

Marquesa; y preguntandole yo quien era, me respondió ser aquel caballero con quien el dia anterior mi Señora la Marquesa habia hablado en casa de Doña Ana de Velasco. Apenas le anuncié á mi ama, cuando toda enagenada de alegría me mandó le hiciese entrar. No solo le recibió con estrañas demostraciones de gusto y de estimacion, sino que mandó retirar á todas las criadas, quedandose el corcobado á solas con ella cerca de una hora. Despidióle despues con mil cortesanias espresiones, que mostraban bien lo gustosa que habia quedado con su visita.

En efecto, lo quedó tanto que por la noche me llamó á parte, y me ordenó reservadamente que siempre que viniese el corcobado, procurase introducirle en su cuarto con el mayor secreto que fuese posible. Este encargo me dió sospechas; pero obedeciendo á la órden de mi ama, apenas se dejó ver aquel hombrecillo al dia siguiente, cuando le introduje por la escalera secreta en el cuarto de la Señora. Lo mismo hice por dos ó tres veces, no pudiendo menos de pensar una de dos, ó que la Marquesa tenia estrafalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo la servia en el honrado oficio de tercero.

Prevenido y enteramente preocupado de estas temerarias ideas, decia yo á mi capote: Si mi ama se hubiera enamorado de un hombre bien hecho, yo la escusaria; pero que se haya prendado de semejante avechucho, que se me figura un

camello recién nacido, no se lo puedo perdonar. Mas ¡o, y cuanto agraviaba yo á aquella Señora! Es el caso que aquel galápago humano se vendia por muy instruido en la magia blanca, haciendo mil juegos de manos que los no muy instruidos juzgaban no poderse hacer sin auxilio de aquella embustera facultad; pero en suma era un grandísimo bribon, que se mantenía á costa de la ignorancia y de la necia credulidad, siendo pública voz y fama que contribuían á esto muchas Señoras de distincion; y la Marquesa cayó en la misma debilidad.

CAPÍTULO IX.

Deja Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves; motivo que tuvo para hacerlo, y lo demás que se verá.

HABIA seis meses que yo servia á la Marquesa de Chaves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entónces en Madrid. El motivo fué la aventura que voy á contar.

Entre las criadas de la Marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa era de un carácter que me agradaba mucho, y comencé á obsequiarla sin saber que ya la festejaba el secretario de mi ama, hombre soberbio y zeloso. Luego que este llegó á entender mi

inclinacion, sin detenerme en un punto que no correspondia á mi estado, y retirarme á un parage retirado. Como me vino á las manos un bolsillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció un enemigo poco temible; y lleno de confianza concurrí al sitio señalado. Lisonjéabame yo de una completa victoria, y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el suceso humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que tenia dos ó tres años de esgrima, me desarmó como á un niño; y poniendome al pecho la punta de la espada, me dijo: Preparate á morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la Marquesa, sin pensar mas en Porcia. Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corriame de parecer delante de los criados de la Marquesa, despues de haber sidó tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafío. No volví pues á casa sino para recoger mi ropa y mi dinero, hacer mi maleta, y retirarme con ella. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años: en virtud de lo cual tomé la resolucion de girar toda España, deteniendome en las Ciudades y Pueblos el tiempo que me pareciese. El bolsillo, me decia yo á mí mismo, está bien proveido: gastando con juicio, tendré para correr gran

...andose el dinero , me
...a ser v... un mozo de mi salud y
de mi edad... sobrarán amos , cuando
quiera buscarlos y tenga habilidad para esco-
gerlos.

Vinome gana de ir á Toledo ; y con efecto partí para aquella ciudad , y llegué al cabo de tres dias. Apeéme en un meson , donde pasé por hombre de importancia á favor de mi vestido y del aire que me dí de petimetre. Podia fácilmente introducirme con dos bellas damiselas que vivian en la vecindad ; pero me detuvo la consideracion de que para lograrlo era menester gastar dinero , y no poco. Creciendo cada dia mas la inclinacion que tenia de viajar , despues de haberme detenido en Toledo lo bastante para ver lo mas digno de aquella ciudad , salí de ella un dia al amanecer , y tomé el camino de Cuenca , con ánimo de pasar al Reino de Aragon. Al segundo dia de viage entré á refrescar y descansar en una venta que habia en el camino. Poco despues que yo llegué , entró en la misma una tropa de ministros de la santa Hermandad. Pidiéron luego vino , y se pusieron á beber. Oí que miéntras estaban bebiendo , hacian memoria de las señas que les habian dado de un mozo á quien tenian órden de prender : *pelo negro , carilargo , nariz aguileña , buena estatura , veinte y tres años , y montado en un caballo castaño.*

Estabalos yo escuchando sin mostrar atencion

á lo que discurrían, y en la realidad me interesaba poco en saberlo. Dejélos en la venta, y proseguí mi camino. Aun no habia andado medio cuarto de legua, cuando encontré un mocito muy galan que iba en un caballo castaño. Vive diez, dije yo, que este es el que buscan los de la santa Hermandad. Todas las señas le convienen, y es al que quieren agarrar. A fé que quiero hacerle un buen servicio. Caballerito, le dije saludandole con mucho respeto y cortesía, perdone vmd., y sirvase decirme si le ha sucedido algun pesado lance de honor. No me respondió, miróme fijamente, y mostróse muy sorprendido de mi pregunta. Señor, proseguí, no crea vmd. que le haya hablado así por una impertinente curiosidad. Creyóme luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido, me respondió, no puedo ni debo disimularos que tengo motivo para creer ser yo á quien busca esa gente; y así agradeciendolos infinitamente el oportuniísimo aviso, resuelvo mudar de camino. Yo seria de parecer, repuse entónces, que los dos buscásemos por aquí un sitio retirado donde vmd. estuviese seguro, y ámbos á cubierto de una gran tempestad que veo estarnos ya amenazando. Al decir esto descubrímos una calle de árboles frondosos, espesos y muy unidos. Ganámosla, y ella misma nos condujo al pié de una montaña, donde encontrámos á un venerable ermitaño.

Estaba sentado á la entrada de una profunda gruta que el tiempo habia socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba una especie de corral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuelas, rodeado todo para mayor defensa de un género de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores odoríferas que llenaban el ambiente vecino de suavísima fragancia; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en la montaña, cuyo centro brotaba un manantial de agua cristalina, que con apacible y dulcísimo murmullo corria á dilatarse por una bella y espaciosa pradería. El solitario, que se dejó ver á la entrada de la gruta, parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyabase sobre una muleta que tenia en una mano, y ocupaba la otra un gran rosario de cuentas gordas y de quince dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana negra con sendas orejeras; y su barba mas blanca que la nieve bajaba hasta poder hablar en secreto con la cintura. Acercámonos á él, y yo le dije: Padre, ¿nos dará licencia para suplicarle que nos permita refugiarnos en alguna parte donde estemos al abrigo de la tempestad que viene sobre nosotros? Hijos, respondió el anacoreta, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podréis estar en ella todo

el tiempo que quisiéreis. Los caballos, añadió, los podeis meter en aquel corral, señalándole con la mano, donde creo que estarán bien acomodados. Metimos en él los caballos, y nosotros nos refugiámos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apénas entrámos en ella cuando se desprendió una copiosa lluvia entre continuos relámpagos y espantosos truenos. El ermitaño se hincó luego de rodillas delante de una imágen de San Pacomio, encostrada en un nicho de la gruta, y nosotros hicimos lo mismo á ejemplo suyo. Cesó la tempestad, y cesáron tambien nuestras oraciones. Levantámonos todos; pero como todavía seguia lloviendo, nos dijo el ermitaño: Yo, hijos míos, no os aconsejaré os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, salvo que os obligue á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que, á no ser este, ántes le suplicaríamos nos permitiese pasar allí la noche. La única incomodidad será la vuestra, respondió cortesantemente el anacoreta: tendréis mala cama y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

Diciendo esto, nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos, y una jarra de agua. Esta, dijo, es mí comida y mi cena or-

dinaria; pero hoy es razon hacer algun escoso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dijo, y partió luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó como al degaire sobre la mesa. Mi compañero que no tenia gran apetito, hizo poco gasto de aquellos esquisitos manjares. Observólo el ermitaño, y dijo: Conozco y veo que estais acostumbrados á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido en el mundo. Entónces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los bocados mas esquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las yerbas, la leche, las frutas, y en una palabra todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballero se quedó como enagenado en una profunda cavilacion. Notólo el viejo y le dijo: Hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os punza mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os ocupa? Desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única que me anima. Hallome en edad que puedo daros algun buen consejo, y vos me pareceis estar en una situacion bien necesitada de él. Sí, padre mio, respondió el caballero, arrancando del

pecho un doloroso suspiro, es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido á que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el ermitaño, no tencis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea de la especie que fuere. Entónces el caballero habló en los términos siguientes.

CAPÍTULO X.

Historia de Don Alfonso y de la bella Serafina.

NADA, padre mio, os disimularé, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Hariale gran agravio en desconfiar de él, despues de la generosa accion que usó conmigo. Voy pues á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi origen fué el que voy á referir. Un Oficial de Guardias Walonas, llamado el Baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pié de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al cuarto de su muger, desenvolvióle, y encontráron á un niño reciennacido, fajado en pañales muy delicados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á

★

conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este niño era yo, y esto es todo cuanto sé de lo que soy. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me espuso para ocultar sus vergonzosos amores, ó si engañada por un amante perjuro se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Sea lo que fuere, el Baron y su muger se sintieron tan movidos de mi desgracia, que como se hallaban sin sucesion resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservandome el nombre de Don Alfonso. Al paso que yo crecia en edad, crecia el amor en ellos. Hacianme mil caricias en pago de mis apacibles modales, y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme los mejores maestros en todas letras y habilidades que podian contribuir á ella. Lejos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamas. Luego que el Baron me vió capaz de poder seguir las armas, me aplicó al servicio del Rey. Consiguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar las ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me representó que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, quanto solo seria deudor á mi corazon y á mi espada de la gloria que adquiriese.

Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia ocultado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso que me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme desamparado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Países Bajos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallandose España sin enemigos, me restituí á Madrid, y fuí recibido por el Baron y su muger con nuevas demostraciones de ternura. Habianse pasado dos meses desde mi retorno, cuando una mañana entró en mi cuarto un pagecillo que me puso en las manos un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: *No soy fea ni contrahecha, y con todo eso vmd. me vé todos los dias á mi ventana con grande indiferencia: frialdad muy agena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que por vengarme quisiera inspirar amor en ese corazon de hielo.*

Apénas leí este billete cuando me persuadí sin la menor duda á que era de una viudita llamada Leonor, que vivia enfrente de mi casa, y tenia fama de ser de cascos alegres. Examiné sobre este punto al pagecillo, que por algun breve

rato quiso hacer del callado; pero á costa de dos ó tres pesetas satisfizo plenamente mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Decíala en ella que conocia y confesaba mi delito, el cual estaba ya medio vengado, segun lo que yo sentia en mí.

Con efecto no me mantuve insensible á esta graciosa manera de conquistar. No salí de casa en todo aquel dia, asomandome frecuentemente á mis ventanas para observar á la dama, que tampoco se descuidó en hacerse ver desde las suyas. Hicela señas que fuéron bien correspondidas; y el dia siguiente me envió á decir por su pagecillo, que si entre once y doce de aquella noche queria yo pasear nuestra calle, podíamos hablarnos á la reja de una sala baja. Aunque no estaba muy encendido en el amor de una viuda tan viva, sin embargo no dejé de responderla en términos que me representaban muy apasionado; y á la verdad esperé la noche con tanta impaciencia como si efectivamente lo estuviera. Luego que aquella llegó, salí á pasearme al Prado, para engañar el tiempo que restaba hasta la hora de la cita. Ann no bien habia entrado en el paseo, cuando acercandose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente, y mirandome con torvo ceño: Caballero, me dijo con voz sobradamente destemplada, ¿no sois vos el hijo del Baron de Steinbach? El mismo, respondí yo en tono que

conociese cuanto me desazonaba aquel incivil modo de abordarme. Luego vos sois el citado, prosiguió él, para dar esta noche conversacion á Leonor en la reja de su cuarto bajo. He visto su billete y vuestra respuesta, que me mostró el pagedillo. Os he seguido hasta aquí desde que salísteis de casa, para advertiros que teneis un competidor, el cual se avergüenza de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Pareceme que no es ménester deciros mas; y pues nos hallamos en sitio retirado, decidan la disputa las espadas, salvo que vos, por evitar el castigo que preparó á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto voy á quitaros la vida. Ese sacrificio que no me costaria mucho, respondí, se habia de pedir con modestia, y no intimarse con arrogancia. Quizá concederia á vuestros ruegos lo que no puedo menos de negar á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dijo él atando el caballo á un árbol, porque no es decente á un hombre como yo abatirse á suplicar á un hombre como vos. Si la mayor parte de mis iguales se hallaran en el caso en que yo me hallo, se vengarian de vos muy de otra manera menos honrosa. Ofendieronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado la espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanta furia que duró

poco el combate. O fuese porque le cegó su demasiado ardor, ó ya porque yo fuese mas diestro que no él, muy á los principios le dí una estocada, de la cual le ví primero titubear, y despues caer en tierra. Entónces solo pensé en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo tomé el camino de Toledo. No volví á casa del Baron de Steinbach, pareciendome que la relacion de mi aventura solo podia servir para afligirle; y cuando hacia reflexion al peligro en que me hallaba, conocia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Ocupado enteramente de tristísimas reflexiones caminé toda la noche y toda la mañana del dia siguiente; pero á eso del mediodia me ví precisado á detenerme para que descansara el caballo y se mitigase el calor que cada instante se hacia mas inaguantable. Detuve me pues en una aldea hasta que se puso el sol, continuando luego mi camino con ánimo de no desmontar hasta verme en Toledo. Estaba ya dos leguas mas allá de Illescas, cuando cerca de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante á la que acaba de sorprendernos. Refugié me tras de las paredes de un jardin que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo, me cubrí con mi caballo lo mejor que pude junto á la portezuela de un gabinete que estaba en un ángulo de la misma cerca, sobre la cual habia un balcon que sin duda servia

de mirador. Arrinéme á la misma portezuela para estar mas á cubierto dentro de su lintel , y á poco impulso conocí que estaba abierta , quizá por descuido de los criados. Menos por curiosidad que por estar mas resguardado de la lluvia que no dejaba de incómodarme mucho debajo del balcon , me entré en el gabinetillo ó cuarto bajo , juntamente con el caballo , tirandole por la brida.

Miéntas duraba la tempestad , me divertia yo en reconocer el sitio en que me hallaba , lo mejor que me era posible ; y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos , juzgué ser una quinta de alguna persona rica y de conveniencias. Estaba siempre esperando que cesase la tempestad para volver á ponerme en camino ; pero habiendo visto una gran luz á bastante distancia , mudé de parecer. Dejé encerrado el caballo en el gabinete , tirando tras de mí la puerta , y me fui acercando hácia aquella luz , persuadido á que estaban todavía algunas gentes en pié , para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores , me encontré con un salon cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en él , y habiendo visto su magnificencia á beneficio de un gran farol de cristal que le comunicaba una clarísima luz , ya no tuve duda era de algun gran Señor aquella casa de campo. Era el pavimento de mármol ; el techo un soberbio artesonado ,

dorado con esquisito primor; la cornisa estaba trabajada con la mayor delicadeza, y en todo brillaba el esmero de los mas hábiles pintores. Pero lo que me llevó toda la atención, fué una multitud de bustos de los mas famosos héroes Españoles, sostenidos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante tiempo para informarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de cuando en cuando el oido para ver si sentia algun rumor, nada pude percibir.

A un lado de la sala habia una puerta medio cerrada, á la cual me acerqué, y ví que despues de ella se seguia una gran fila de cuartos, y que en el último de ellos habia una luz que alumbraba débilmente. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer, si retroceder por donde habia venido, ó animarme á penetrar hasta aquel cuarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retirarme; pero pudo mas la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza de mi destino, que en cierta manera me arrastraba hácia donde no debia ir. Llevé pues mi empeño adelante, y atravesando todas las piezas llegué á la última, donde ardia una blanca bugía colocada en un precioso candelero sobre un bufete de mármol. Desde luego conocí que era un cuarto de verano, alhajado con singular gusto y ri-

queza; pero volviendo presto los ojos hácia una magnífica cama cuyas cortinas estaban entreabiertas á causa del gran calor, ví un objeto que me arrebató toda la atencion. Era una bizarra y jóven dama, que á pesar del estruendo pavoroso de los truenos dormia profundamente. Acerquéme á ella paso á paso, rezelando que la despertase mi aliento; y á favor de la luz de la bugía descubrí una tez tan delicada y unos rasgos tan finos de belleza, que verdaderamente me encantáron. A su vista todos mis espíritus se pusieron en inquieto movimiento, y me sentí transportado; pero cedió la agitacion al concepto que desde luego formé de la nobleza de su sangre, tanto que ningun pensamiento temerario se atrevió á manchar la imaginacion, pudiendo mas el respeto que el fogoso bullicio de la sangre. Miétras estaba yo embelesado en contemplarla, ella despertó inopinadamente.

Fácil es de imaginar lo sorprendida que se hallaria cuando se vió con un hombre desconocido, á media noche, en su cuarto y al pié de su misma cama. Toda estremecida y sobresaltada dió un gran grito. Hice cuanto pude para asegurarla y aquietarla; hiqué una rodilla en tierra, y lleno de veneracion y de respeto la dije: No temais, Señora, que no he venido aqui para haceros ni aun el mas ligero insulto. Iba á proseguir; pero ella atemorizada ni aun tuvo libertad para escucharme. Comenzó á

dar grandes voces llamando á sus criadas; y como ninguna la respondiese, echó mano á toda priesa de una ligera bata que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, saltó en tierra arrebatadamente, agarró la bugía, y atravesó corriendo toda la hilera de salas, llamando sin cesar á sus camareras, y á una hermana suya menor que habitaba en la misma quinta. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo ni oírme me tratasen mal; mas quiso mi fortuna que por mas gritos que dió, nadie apareció sino un criado viejo que de poco la sirviera si se viese en un apuro. No obstante bastó la presencia del buen viejo para que cobrase un poco de ánimo, y me preguntara con altivez quien era yo, por donde y á que fin habia tenido atrevimiento para introducirme en su casa. Comencé á justificarme; pero apenas la dije que habia entrado por la puerta del gabinete del jardin, que habia hallado abierta, cuando prorumpió en un lastimoso grito, diciendo: ¡Justo cielo, y que cosas me ocurren ahora al pensamiento!

Diciendo esto, va con la bugía á registrar todos los cuartos de la quinta: no encuentra á su hermana ni á ninguna de sus criadas; antes sí vé que estas se habian llevado consigo sus hatillos. Pareciendola que se habian demasiadamente verificado sus sospechas, se volvió á donde yo me habia quedado, y articulando mal

las palabras cortadas con la cólera : Infame, me dijo, no añadas la mentira á la traicion. No te ha traído á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por el accidente que finges. Tú eres parcial de Don Fernando de Leyva, y cómplice en su delito. No esperes vanamente escapar á mi venganza : tengo aun bastante gente en casa para prenderte. Señora, la respondí, no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á Don Fernando de Leyva, ni sé todavía quien sois vos. Soy un infeliz á quien cierto lance de honor obligó á ausentarse de Madrid, y juro por cuanto hay sagrado en el cielo y en la tierra, que á no haberme precisado á ello la tempestad, no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, Señora, hacer mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida á que estoy aquí prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras que pronuncié con ardor y viveza, tranquilizáron á la dama que desde aquel punto mostró no mirarme ya como enemigo. Cesó en el mismo momento la cólera, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente. Enterneciéronme sus lágrimas de manera que no me sentí yo menos afligido que ella, aun cuando ignoraba el motivo de su afliccion. No me contenté con acompañarla en el llanto; impaciente con el deseo de vengar su injuria, entré en una especie de furor. Señora,

esclamé entre enternecido y transportado, ¿quien ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y que especie de ultraje ha sido el vuestro? Hablad, Señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á Don Fernando, y que le pase de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique. Mandad, y seréis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, á quien habeis mirado como enemigo, se espondrá á todo por amor de vos.

Quedó sorprendida la dama á vista de un transporte tan inesperado, y enjugando sus lágrimas, me dijo: Perdonad, Señor, mi temeraria sospecha á la desdichada situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina. No solo eso: han desvanecido hasta el natural rubor que me causaba el que un extraño fuese testigo de un insulto hecho á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido, reconozco mi error, y acepto vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de Don Fernando. Bien está, Señora, repliqué: ¿pero en que cosa deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi dolor es el siguiente: Don Fernando de Leyva se enamoró de mi hermana Doña Julia á quien vió casualmente en Toledo, lugar de nuestra residencia ordinaria. Pidióselas á mi padre el Conde de Polan, y se la negó por la antigua enemistad que hay entre

las dos casas. Mi hermana apenas tiene quince años. Habráse dejado engañar de mis criadas, á quienes sin duda habrá sabido ganar Don Fernando; y noticioso este de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo, habrá querido aprovechar la ocasion para el rapto de la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en que parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses estan en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos pues, Señor, que os tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuere posible, á donde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella dama que la comision que me encargaba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir cuanto ántes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿ Pero que mucho no liciese ella esta reflexion, cuando ni yo mismo la hice? Preocupado enteramente de gozo por la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor zelo y diligencia. Con efecto, no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dejé al punto á Serafina, suplicandola me perdonase el susto que inocentemente la habia ocasionado, y asegurandola que presto tendria noticias de mí. Salíme pues por donde habia en-

trado en la quinta , pero con la imaginacion tan fija siempre en la dama , que fácilmente me reconocí del todo prendado de ella ; y ninguna cosa me lo dió á conocer mejor que la inquietud é impaciencia con que me apresuraba á complacerla , y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en la imaginacion. Pareciame que Serafina , aun en medio de su dolor , habia echado bien de ver lo que pasaba en mi corazon , y que no la habia quizá desagradado. Lisonjeabame de que , si lograrse averiguar lo que tanto deseaba , seria mio todo el honor ; y de aqui levantaba yo mil castillos en el aire.

Al llegar aquí , cortó Don Alfonso el hilo de su historia , y dijo al ermitaño : Perdonadme , padre , si preocupado de mi pasion me detengo en menudencias que quizá os fastidiarán. No , hijo , respondió el anacoreta , de ningun modo me causan ; ántes bien deseo saber hasta donde llegó el amor que te inspiró esa dama , para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Recalentada la fantasía con tan lisonjeras imágenes , prosiguió el caballerito , busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia ; desairadas todas las diligencias , no pude descubrir el menor rastro. Desconsoladísimo de ver frustrados mis pasos y mis desvelos , me restituí á presencia de Serafina , á quien me pintaba mi fantasía en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo ; pero la encontré mas

tranquila de lo que yo pensaba. Dijome que habia sido mas afortunada que yo , pues ya sabia donde se hallaba su hermana ; que habia recibido una carta de Don Fernando , en que la decia que despues de haberse casado secretamente con Julia , la habia depositado en un Convento de Toledo. Envié su carta á mi padre , prosiguió Serafina , no sin esperanza de que la cosa acabe bien , y que un solemne matrimonio sea el íris de paz que ponga fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que la dama me informó del paradero de su hermana , volvió la conversacion á la fatiga que me habia ocasionado , y sobretodo , añadió ella misma , á los peligros á que os espuso mi imprudencia en seguir á un robador , sin acordarme de que me habíais confiado como andábais fugitivo por cierto lance de honor : de lo cual me pidió mil perdones con palabras las mas tiernas y éspresivas. Conociendo que estaba necesitado de reposo , me condujo al salon , donde los dos nos sentámos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco , con listas negras , y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata , guarnecido con un airoso plumage negro : lo que me hizo juzgar que podia ser viuda , aunque por otra parte parecia de tan pocos años , que no sabia á que atenerme.

Si era vivo mi deseo de saber quien ella era , no era menos víva su curiosidad por saber quien

era yo. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando, añadió, á vista de ese noble aire y de la generosa piedad con que os interesásteis en todo lo que me tocaba, que la nobleza de vuestro nacimiento no sea igual á la de vuestra atención. Avergoncéme algun tanto, y algun tanto me turbé; confesandoos con ingenuidad, que por entónces me pareció menos vergonzoso disimular la verdad que declarar mi nacimiento, y así respondí que era mi padre el Baron de Steinbach, Oficial de Guardias Walonas. Tambien quiero saber, dijo ella, que lance de honor fué el que os obligó á salir de Madrid; porque desde luego os puedo ofrecer todo el crédito y los buenos oficios de mi padre y de mi hermauo Don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un Caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirla por menor todas las circunstancias de nuestro desaffio. Ella misma dió toda la culpa al Caballero que me habia insultado, y me volvió á ofrecer que interesaria á toda su casa en mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé á suplicarla contentase la mia, y la pregunté si era libre, ó si estaba ligada al santo matrimonio. Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con Don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues que desgracia, Señora, la pregunté, fué la que

tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, Señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un Caballero de garbo, galan, airoso, bien dispuesto, y dotado de cuantas prendas se pueden desear en un hombre de distincion. Amabame ciegamente, y aunque hacia quanto podia hacer un marido para ser amado de su muger, nunca pudo ganar mi corazon: prueba clara de que el amor es caprichoso, y que no siempre se paga del mérito, ni del obsequio mas fino y mas rendido. ¡Pero que! exclamó suspirando: sucede muchas veces que una persona desconocida nos encanta á primera vista. No me era posible amarle. Mas avergonzada que agradecida á las continuas y ternisimas demostraciones de su amor, y forzada tal vez á corresponderlas, á mí misma me acusaba en secreto de ingratitude, y lloraba amargamente mi desgraciada suerte. No era menos infeliz la suya que la mia, á motivo de su penetracion. En mis acciones y discursos descubria claramente mis mas ocultos movimientos. Leia quanto pasaba en lo mas profundo de mi alma. Quejase á cada paso de mi indiferencia, y le era tanto mas sensible el no poder conquistar mi corazon, quanto estaba mas seguro de que ningun otro se le disputaba, no contando yo apenas diez y seis años, y habiendo sabido por mis criadas, todas parciales suyas, que ningun hombre

se habia anticipado á llevarme la atencion. Sí, Serafina, me decia muchas veces, me alegraria mucho de que estuvieses prevenida á favor de otro, y que fuese esta la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entónces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa fria terquedad; pero ya desespero de vencer un corazon que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi desmedido amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja, le dije un dia que, en vez de turbar su quietud y afligir mi escesiva delicadeza, haria mejor en dejarlo todo en manos del tiempo. Con efecto me hallaba entónces en una edad poco proporcionada para sentir los vivos movimientos de una pasion tan fogosa; y este era el prudente partido que Don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor la razon; y fingiendo que le llamaba á la Corte no sé que negocio de importancia, marchó á los Países Bajos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, con el fin de la vida el de sus inquietudes y tormentos.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos Serafina y yo, fué sobre el singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó

en aquel mismo punto, el cual puso en manos de Serafina una carta del Conde de Polan. Pidióme licencia para leerla, y observé que, conforme la iba leyendo, se iba poniendo pálida y toda trémula. Luego que la acabó de leer, alzó los ojos al Cielo, arrancó un profundo suspiro, y comenzó á correr por su semblante un torrente de lágrimas. No era posible que yo viese su dolor con sosiego. Turbéme, y como si hubiera ya sentido el terrible golpe que iba á llevar, se apoderó de mí un mortal terror que heló todos mis espíritus. Señora, la pregunté con voz desmayada, ¿será lícito saber de vos que funestas noticias os anuncia ese billete? Tomadle, Señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oír estas palabras, tomé la carta temblando, y ví que decia lo siguiente: *Tu hermano Don Gaspar tuvo ayer un desafío en el Prado. Recibió en él una estocada, de la cual ha muerto hoy, declarando al morir, que el Caballero que le mató fué el hijo del Baron de Steinbach, Oficial de Walones. Para mayor desgracia nuestra el matador escapó sin saberse donde se haya escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las diligencias posibles para descubrirle. Hoy se despachan requisitorias á las justicias, que no dejarán de arrestarle, como ponga los piés*

en algun lugar de su jurisdiccion , y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. = EL CONDE DE POLAN.

Figuraos el alboroto y desórden que la lectura de esta carta ocasionaria en mis potencias y sentidos. Quedé inmoble por algunos instantes , sin espíritu ni fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo mas funesto y cruel que podia afligir á la vehemencia de mi amor. En un momento pasé de una generosa esperanza á una vil desesperacion. Arrojéme á los piés de Serafina , y presentandola mi espada desnuda : Señora , la dije , escusad al Conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano. Sacrificadle por vuestra bella mano esta desgraciada víctima. Muera á vuestros piés su miserable homicida. ¿ Que dudais ? Descargad el golpe. Sea funesto á su enemigo el mismo acerò que á él le quitó la vida. Señor , respondió Serafina , conmovida algun tanto de mi accion , yo queria á Don Gaspar , y aunque vos le matásteis como Caballero , y aunque él mismo fué en busca de su desgracia , al fin soy su hermana , y no puedo menos de interesarme por él. Sí , Don Alfonso , ya soy enemiga vuestra : haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden pretender

de mí , pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza. Si el honor me arma contra vos , él mismo me prohíbe vengarme con ruindad ó indecencia. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables : segun ellas no puedo corresponder con un vil asesinato al generoso servicio que me habeis hecho. Huid , escapad , y burlad , si pudiéreis , nuestras mas vivas pesquisas ; poneos á cubierto contra el rigor de las leyes , y libraos del inminente peligro que os amenaza.

¿Pues que ? Señora , repliqué yo : ; está en vuestra mano la venganza , y la remitís á la severidad de las leyes que pueden quedar desairadas ! ; Ah , Señora ! atravesad vos misma con esa espada el corazon de un miserable que ciertamente no merece que le perdoneis. No , Señora , no malogreis un proceder tan noble y tan generoso , gastandole con un hombre como yo. Sabed que aunque todo Madrid me tiene por hijo del Baron de Steinbach , soy un pobre espósito , criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo el ser. No importa eso , interrumpió Serafina no sin enfado y precipitacion , como si la hubieran dado poco gusto mis últimas palabras : aunque fuérais vos el mas vil de los mortales , haria siempre lo que me dicta mi honor. Bien está , Señora , repliqué : ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi infeliz sangre , voy á

cometer un nuevo delito, haciendoo una ofensa que tengo por cierto no me la perdonaréis: sabed, Señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que ví vuestra belleza, quedé encantado, y á pesar de la oscuridad de mi nacimiento no perdía la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir, era tan vano, que me lisonjeaba de que quizá algun dia descubriria el Cielo mi origen, y que este seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una confesion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria-declaracion, replicó la dama, en cualquier otro tiempo y circunstancias sin duda me ofenderia mucho, pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite prestar atencion á discursos de esta especie. Vuelvo á deciros, Don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí. Alejaos de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis, aumentais mis penas y mis tormentos. Ya no resisto, Señora, voy á alejarme de vos; mas no penseis que cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar algun asilo para defenderla. No, no: yo mismo quiero voluntariamente inmolarme á vuestro justo dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia el

destino que vos me prepareis : haréme encon-
trado con los mismos que me buscan , y antici-
paré de ese modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo ,
y partí derecho á Toledo , donde me detuve de
intento ocho dias , con tan poco cuidado de
ocultarme , que verdaderamente no sé como no
me prendiéron ; porque no puedo creer que el
Conde de Polan , tan empeñado en tomarme todos
los caminos , se olvidase de cerrarme el de To-
ledo. En fin ayer salí de aquel pueblo , donde se
me hacia insufrible mi propia libertad , y sin
fijarme ni aun proponerme destino alguno deter-
minado , llegué á esta ermita con tanta serenidad
como pudiera un hombre que nada tuviese que
temer. Estos son , padre mio , los cuidados que
me ocupan al presente ; y ruegos que me ayu-
deis con vuestros sanos consejos.

CAPÍTULO XI.

*Quien era el viejo Ermitaño , y como
conoció Gil Blas que se hallaba en pais
de amigos.*

LUEGO que Don Alfonso concluyó la triste re-
lacion de sus infortunios , le dijo el ermitaño :
Hijo mio , mucha imprudencia fué el haberos
detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy di-
ferentes ojos que vos todo lo que me habeis con-

tado, y vuestro amor por Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí. Es menester absolutamente olvidar á la tal dama, la cual ciertamente no se destina para vos. Ceded voluntariamente á los grandes impedimentos que os desvian de ella, y abandonaos á vuestra estrella, la cual, segun todas las señales, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontraréis con alguna bella jóven que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle muchas cosas mas para exhortarle á la paciencia, cuando vimos entrar en la ermita á otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia hecho una cesta muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero, de barba roja, espesa y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dijo el viejo anacoreta : ¿ que noticias nos traes de la Ciudad ? Bien malas, respondió el hermano barbirojo : ese papel os las referirá ; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leído con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó : ¡ Loado sea Dios ! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la conversacion al jóven caballero. Aquí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. Escribenme de Cuenca, distante una



*Habéis de saber que, tal cual me veis, nada menos
soy que ermitaño ni niejo.*

Chapuis del.

Pauguet sculp.

legua de aquí , que me han puesto muy mal en el concepto de la Justicia , cuyos Ministros deben venir mañana á prenderme en esta ermita ; pero no encontrarán la liebre en el nido. No es la primera vez que me veo en este apuro ; y gracias á Dios casi siempre he sabido salir de él con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura , porque habeis de saber que , tal cual me veis , nada menos soy que ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se despojó del saco grosero que le llegaba hasta los piés ; dejóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz , desprendió de él un sutil cordon que sostenia su gran barba postiza , y presentó á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio á su imitacion hizo lo mismo ; desnudóse del hábito y de la barba eremítica , y sacó de un arca vieja y carcomida una raida sotanilla , con que se cubrió lo mejor que pudo. ; Pero quien podrá concebir lo admirado y aturdido que me quedé , cuando en el viejo ermitaño reconocí al Señor Don Rafael , y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela ? ; Vive diez ! exclamé al punto sin poderme contener , que yo estoy en pais y tierra amiga. Asi es , Señor Gil Blas , dijo riendo Don Rafael , sin saber como ni cuando te has encontrado con dos grandes y antiguos

*

amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelicos á la mar, olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos. Solamente queremos vivir á costa agena. Agregate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida, como se tenga un poco de juicio y de prudencia. No ya porque á pesar de ella el enlace y conjuncion de las causas segundas no nos produzcan lances molestos y poco gratos; pero se van las duras con las maduras, y suelen ser mas los buenos que los malos: fuera de que acostumbrados á la variedad, es parte de diversion la misma mudanza de fortuna.

Señor caballero, prosiguió el falso ermitaño volviendose á Don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos. Pareceme que no la debeis despreciar en la situacion en que os hallais. Ademas de la precision de andar siempre fugitivo y retirado, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero. No ciertamente, dijo Don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi afliccion. Ea pues, repuso Don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los cuatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabremos hacer

inútiles todas las diligencias y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y tenemos conocidos todos sus rincones. Sabemos todos los bosques, matorrales, sierras quebradas, cuevas y escondrijos, asilos segurísimos contra la Justicia. Agradeciéles Don Alfonso su buena voluntad; y hallandose efectivamente sin dinero y sin recurso, resolvió ir en su compañía. Yo tambien me determiné á lo mismo, por no dejar aquel jóven á quien habia cobrado ya grande inclinacion.

Convenimos pues todos cuatro en andar juntos y en no separarnos. Consultóse entónces si partiríamos en aquel mismo punto, ó si nos detendríamos primero á dar un tiento á una bota llena de escelente vino que el dia anterior habia traído de Cuenca el hermano Antonio; pero Don Rafael, como mas experimentado, fué de parecer que ante todas cosas se debia pensar en nuestra seguridad, y que asi era de sentir que caminásemos toda la noche para ganar un bosque muy espeso que habia entre Villardesa y Almodovar, donde haríamos alto, y libres de toda inquietud reposaríamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos envoltorios; y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, los echaron á las ancas del caballo de Don Alfonso. Todo esto se ejecutó con la mayor prontitud y diligencia, y al instante nos

pusimos en camino, alejandonos de la ermita, y dejando por herencia á la Justicia los dos sacos de ermitaños, las dos barbas blanca y roja, dos tarimas, una mesa coja, un arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la imágen de San Pacomio encentada de ratones, por comer el pan mascado con que estaba pegada á la pared.

Caminámos toda la noche, y cuando estábamos ya muy fatigados, al despuntar el dia descubrimos el bosque á donde se dirigian nuestros pasos. La vista del puerto alegre y da vigor á los marineros cansados de una larga navegacion. Zambullímonos todos en el bosque, haciendo alto en un delicioso sitio, y dejandonos caer sobre la verde yerba de un espacioso prado circundado de corpulentas encinas, cuyas frondosas copas entretejiendose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol, y formaban una fresquísima sombra que en las horas mas abrasadas del dia se burlaba de su escesivo calor. Descargámos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacámos de las alforjas del hermano Antonio sendos mendrugos de pan, muchos trozos de diferentes carnes asadas y cocidas; y como unos dogos nos abalanzámos á ellas, compitiendo unos con otros en la presteza y en el valor del comer. Con todo eso obligábaros el hambre á que se esperase un poco, por las frecuentes vi-

sitas que hacíamos á la bota , que en movimiento poco menos que continuo estaba casi siempre en el aire , pasando de unas manos á otras.

Al fin del almuerzo , que fué tambien comida y cena del dia antecedente , dijo Don Rafael á Don Alfonso : Caballero , ya que vuid. nos ha hecho el favor de contarnos la historia de su vida , razon será que yo corresponda á tan estimable confianza , haciendole relacion sucinta de la mia. Gran gusto me daréis , respondió cortesmente Don Alfonso ; y á mí grandísimo , añadió yo , porque rabio por saber todas vuestras aventuras , que no dudo habrán sido muy dignas de vos. ; Y como que lo son ! replicó Don Rafael : fuéronlo tanto , que pienso algun dia escribirlas y estamparlas para la pública instruccion y entretenimiento. En esta obra hago ánimo de divertir mi vejez , porque ahora todavía soy mozo , y quiero añadir materiales para engrosar el volúmen ; pero veo que todos estamos cargados de sueño. Durmamos algunas horas , y mientras dormimos los tres , Ambrosio velará y hará centinela para precaver toda sorpresa ; que despues dormiré él , y nosotros estaremos á la escucha , pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba ; Don Alfonso hizo lo mismo ; yo imité á los dos , y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre Don Alfonso , en vez de dormir , no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por

lo que toca á Don Rafael , se quedó dormido inmediatamente ; pero despertó dentro de una hora , y viendonos preparados á oírle , dijo á Lamela : Amigo Ambrosio , ahora puedes tú ir á descansar. No, no , respondió Lamela , ninguna gana tengo de dormir ; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida , son tan instructivos para las personas de nuestra profesion , que tendré especial gusto en oírlos contar. Asi pues comenzó Don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO IV.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Historia de Don Rafael.

SOY hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad, pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamabase Lucinda. En cuanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quien fuese. Podia muy bien decir quien era el sugeto de distincion que cortejaba á mi madre cuando yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese el ser. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran mas entregadas á un Señor, le tienen ya prevenido un sustituto por su mismo dinero.

No hay cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de cuanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin misterio alguno me cogia por la mano, y me llevaba al teatro muy honradamente, no dandose la un pito de lo mucho que se hablaba á cuenta suya, ni de las malignas risitas que escitaba solo el verme. En fin, yo era todas sus de-

licias y la diversion de todos cuantos venian á nuestra casa, los cuales no se causaban de hacerme mil cariños y fiestas. No parecia sino que hablaba en todos ellos la sangre.

Dejáronme pasar los doce primeros años de mi vida en toda especie de frívolos pasatiempos. Apénas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos los principios de nuestra Religion. Solamente aprendí á cantar, bailar, y tocar un poco la guitarra. Esto es lo único que sabia, cuando un cierto Marques de Leganés me pidió para acompañar á un hijo suyo único, poco mas ó menos de mi edad. Convino en ello Lucinda con mucho gusto; y entónces fué cuando comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal Marquesito no estaba mas adelantado que yo, y por otra parte no parecia haber nacido para las ciencias. Apénas conocia una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que estaba aprendiendo á leer. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones, de modo que á todos apuraba la paciencia. Es verdad que ninguno tenia licencia para castigarle; ántes bien á todos les estaba mandado espresamente de instruirle sin mortificarle: órden que añadida á la mala disposicion del Señorito para el estudio, hacia del todo inútiles las lecciones que se le daban.

Pero al maestro de leer se le ofreció un bello medio para intimidar al discípulo sin contrave-

nir á la orden del Marques su padre. Este medio fué azotarme á mí, siempre que lo mereciese aquel. No me gustó mucho el tal arbitrio, y fuí luego á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta. Pero ella en medio de lo mucho que me amaba, tuvo valor para no hacer caso de mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un Marques, me hizo volver á ella inmediatamente: y eteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion no habia dejado de producir algun buen efecto en el Marquesito, prosiguió aumentando la dosis de los azotes que me recetaba siempre que los merecia el Señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me trataba con el mayor rigor y la mayor frecuencia, pudiendo yo decir con toda verdad, que si *la letra con sangre entra*, ninguna letra del alfabeto aprendia el hijo del Marques, que no me costase á mí muchas gotas de sangre. Echen vmds. la cuenta de cuan caro me saldrian sus rudimentos.

Ni eran solamente los azotes lo que tenia que sufrir en aquella casa. Como todos me conocian, toda la familia, y hasta los mismos mozos de mulas me daban en cara á cada paso con mi desengañado nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia me escapé, despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia, el cual podia ser como unos

ciento y cincuenta ducados. Tal fué toda la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y sutileza, que, aunque fué mi primer ensayo, dejé burladas todas las estupendas pesquisas que se hicieron dos dias para averiguar quien habia sido el raterillo. Salí de Madrid, y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en seguimiento mio.

Entraba entónces en mis quince años. ¡ Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, independiente de todos, y dueño de sí mismo ! Entablé presto conocimiento con dos mozuelos que me aliviáron el peso, y me ayudáron á comer mis cien ducados. Asociéme tambien con ciertos caballeros de la industria, los cuales cultiváron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo me ví uno de los mas ricos caballeros de su órden.

Al cabo de cinco años me vino gana de viajar y de ver tierras. Dejé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por Estremadura, me dirigí á Alcántara; pero ántes de entrar en el pueblo hallé una bellissima ocasion de ejercitar mis talentos, y no la dejé escapar. Como caminaba á pié y cargado con mi mochila que no pesaba poco, me sentaba á ratos á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me en-

contré con dos muchachos , ámbos hijos de gente de forma , los cuales estaban enredando al fresco sobre un verde prado. Saludéles con mucho cariño y cortesía , lo que me pareció no haberles desagradado ; y con eso entablámos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años , y ámbos eran muy inocentes. Señor caminante , me dijo el mas niño , nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia ; nos entró mucha gana de ver el reino de Portugal , y para contentarla cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pié , para que nos dure mas el dinero , y podamos ver mas provincias con él. ¿ Que le parece á vmd. ? Si yo tuviera tanta plata , les respondí , Dios sabe á donde iria á dar conmigo. Correria con él todas las cuatro partes del mundo. ; Cuerpo de Cristo ! ; doscientos doblones ! es una suma que nunca se acabará. Si lo teneis á bien , hijos míos , añadí , yo os acompañaré hasta la villa de Almeria , á donde voy á recoger la herencia de un tio mio que murió despues de haber residido allí por espacio de veinte años. Respondiéronme los muchachos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto , despues de haber descansado un poco todos tres , marchámos juntos hácia Alcántara , donde entrámos mucho ántes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson : pedimos un cuarto , y nos señalaron uno donde habia un ar-

mario que se cerraba con llave. Dimos orden que se nos dispusiese la cena, y mientras propuse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar un paseo por el pueblo. Gustóles mucho la proposicion; guardámos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos muchachos se metió la llave en la faltriquera. Salimos del meson, fuimos á visitar algunas Iglesias; y cuando estábamos en la principal, fingiendo de repente que me habia ocurrido un negocio de importancia: Queridos, dije á mis camaradas, ahora me acuerdo de que un amigo de Toledo me encargó dijese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta Iglesia: esperadme aquí, que voy y vuelvo en un momento. Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelo á la posada, voyme derecho al armario, fuerzo la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ; Pobres niños! Robéselos todos, sin dejarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente de la villa, y tomé el camino de Mérida, sin embarazarme en lo que dirian ni harian las inocentes criaturas.

Fusome esta aventura en estado de poder caminar con mas conveniencia. Aunque tenia pocos años, me reconocia capaz de gobernarne con juicio, y puedo decir que estaba bastantemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el

primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y comencé á figurarme persona de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino á un hombre que iba cantando vísperas á gznate tendido. Desde luego conocí que era algun sochantre : Animo, le dije, Señor Bachiller, y vaya vmd. adelante, que lo canta maravillosamente. Caballero, me respondió, soy cantor de una Iglesia, y quiero ejercitar la voz.

De esta manera entrámos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y muy agudo. Tendria como de veinte y cuatro á veinte y cinco años; y como él caminaba á pié y yo á caballo, de propósito dejaba andar la mula paso á paso por el gusto de oírle. Hablámos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida esa ciudad, me dijo el cantor : viví en ella muchos años, y tengo algunos amigos. ¿Y en que calle vivia vmd.? le interrumpí. En la Rua nueva, respondió él. Allí estaba en compañía de Don Vicente de Buena-garra, y Don Matias del Cordel, y de otros dos ó tres honrados caballeros. Vivíamos y comíamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendíme al oírle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de industria*, que en Toledo me habian recibido en su nobilísimo orden. Señor cantor, exclamé entónces, esos ilustrísimos se-

ñores son muy conocidos míos, porque vivimos juntos en la misma Rua nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriendose: eso es decir que entrásteis en la órden tres años despues que yo salí de Toledo. Dejé la compañía de aquellos caballeros, proseguí yo, porque me vino la gana de viajar y de ver mundo. Pienso dar la vuelta á toda España, y sin duda valdré mas cuando tenga mas esperiencia. ¡Acertado pensamiento! dijo el cantor: para perficionar el ingenio y los talentos, no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon abandoné yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios, que me ha dado á conocer un caballero de mi órden cuando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del prójimo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Dijome esto con tanta franqueza y gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto grangeó toda mi confianza, y yo la suya. Abrímonos recíprocamente el pecho: me contó toda su historia, y yo le dije todas mis aventuras. Confióme que venia de Portoblegre, de donde le habia hecho salir cierta maniobra desconcertada por un contratiempo, obligandole á ponerse en salvo precipitadamente bajo el traje de sopista, en que le veia. Luego que me informó de todos sus negocios, deter-

minámos dirigirnos á Mérida á tentar fortuna, y ver si podíamos dar un buen golpe de mano, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hiciéron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales, asi se llamaba mi nuevo compañero, no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consistia en cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila. Pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos en mi mula alternativamente, y de esta manera llegámos en fin á Mérida.

Apeámonos en un meson del arrabal; y Morales sacó luego de su mochila otro vestido, con el cual fuímos los dos á dar una vuelta á la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos ofrecia alguna buena ocasion de ocuparnos, y la íbamos buscando con la mayor atencion. Parecíamos los dos, diria Homero, á dos milanos que desde lo mas alto de las nubes tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si descubren algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos presentase alguna ocasion de ejercitar nuestra industria, cuando vimos en la calle un caballero de pelo tendido y todo cano, que con la espada en la mano se defendia contra tres que le iban arriñouando. Chocóme infinito

la desigualdad del combate; y como soy naturalmente esgrimidor, corri con mi espada á ponerme al lado del caballero. Imitó mi ejemplo Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres cobardes que tan villanamente le habian acometido.

Rindiónos el viejo un millon de gracias. Respondimosle cortesanamente que habíamos celebrado en extremo la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicámos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Mojadas, soy vecino de esta ciudad, y vivo en ella con algunas conveniencias. Uno de los tres asesinos de que ustedes me han librado, me pidió á mi hija por medio de otro sugeto; y porque no pudo obtener mi consentimiento, vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá saber, le repliqué yo, por que razon negó vmd. su hija al tal caballero? Voysela á decir á vmd., me respondió. Tenia yo un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustin, el cual estuvo dos meses en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su corresponsal. Eran los dos íntimos amigos; pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de

estrechar mas y mas la union y los intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando del amor que nos tenemos los dos, que yo ratificaria su promesa. Asi lo hice, porque apénas volvió Agustin á Mérida, y me propuso esta boda, cuando consentí en ella, por darle gusto y por no desairar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios, tres semanas ha. Poco ántes de morir, me encargó mucho que no diese mi hija á otro que al hijo de su corresponsal. Ofrecíselo asi, y este es el motivo por que se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra : por momentos estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para hacerle yerno mio, aunque jamas le he visto á él, como ni tampoco á su padre. Perdonenme vmds. si les he cansado con relacion tan prolija, lo que no hubiera hecho á no habermelo pedido vmds. mismos.

Escuchéle con la mayor atencion, y suspendiendome un poco el estraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviendome como transportado hácia el buen viejo, le dije en tono patético : ; Es posible, Señor Gerónimo de Mojadas, que al mismo entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida

á mi venerado suegro ! Estas palabras causaron en el tal viejo una grande admiracion. No fué menor la que produjéron en Morales, el cual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un grandísimo bribon. ¿Que es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturrido viejo. ¿Es posible que tú eres el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí, Señor, le respondí, y para mayor abundamiento le eché con decoro los brazos al cuello; y abrazandole estrechamente, proseguí diciendole : Sí, Señor, yo soy aquel hombre afortunado para quien está destinada la Señora Florentina, la amable, la incomparable Florentina. Pero ántes de manifestaros el gozo que me causa el honor de entrar en vuestra honradísima familia, dadme licencia para desahogar un poco el dolor que me escita la dulce memoria del Señor Agustín, vuestro dignísimo hermano : seria yo el hombre mas ingrato del mundo, si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Al decir estas palabras volví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo, y le puse por los ojos como para enjugarme las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarme por su parte. Hizose criado mio, y comenzó á empujarme el sentimiento que yo habia mostrado por la muerte

del Señor Agustin, diciendo en tono ponderativo y lastimero: ¡ Ah Señor Gerónimo ! ¡ y que pérdida ha hecho vmd. perdiendo á su querido hermano ! Era un hombre muy de bien, el fénix de los comerciantes, un mercader desinteresado, un mercader de buena fé, un mercader de aquellos que no se ven hoy dia.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo. Lejos de hacersele sospechoso nuestro enredo, él mismo nos ayudaba á llevarle adelante. Y bien, me preguntó, ¿ y por que no veniste derechamente á apearte á mi casa ? ¿ A que fin irte á meter en un meson ? Entre nosotros ya estan demas los cumplimientos. Señor, respondió Morales tomando la palabra, mi amo es algo ceremonioso. No digo esto porque no sea en cierta manera excusable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el indecente trage en que nos veis. Robáronnos en el camino, y los ladrones se llevaron nuestros mejores vestidos. Dice la verdad este mozo, añadió yo. Ese es el motivo porque no me fuí en derechura á vuestra casa. Avergonzabame de comparecer en tan miserable equipage ante una señorita á quien jamas habia visto; y, para hacerlo con la decencia que era razon, estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la excusa, repuso el viejo; ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa, y desde aquí

mismo quiero que vayas á tomar posesion de ella.

Diciendo esto, él mismo me tomó por la mano para guiarme. En el camino fuímos hablando del robo, y dije que todo ello me importaba un bledo, y que solo habia sentido me quitasen el retrato de mi adorada Señora Florentina. Respondióme el Señor Gerónimo sonriendose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegámos á su casa hizo llamar á la hija que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una señorita perfecta. Aquí teneis, me dijo, aquella persona que os prometió su tio mi difunto hermano. ¡ Ah Señor! exclamé yo entónces en aire de apasionado, no era menester decirme que era la amable Señora Florentina. Sus bellísimas facciones estan ya grabadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazón. Si el retrato que perdí, y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí, teniendo presente el original. Señor, me dijo Florentina, son muy escesivas vuestras espresiones, y no soy tan vana que me lisonjee merecerlas. No hagase caso de lo que dice mi hija, me interrumpió su padre, y ve adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dejó solo con su hija, y él asiendo de la mano á

Morales, se fué á otro cuarto con él, y le dijo: ¿ Con que al fin os robáron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tambien se hayan llevado todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan? Sí, Señor, respondió mi camarada: echóse sobre nosotros una cuadrilla de bandoleros, y no nos dejó mas que el vestido que traemos á cuestras; pero estamos esperando por momentos letras de cambio, y con ellas nos equiparémos con la decencia que es razon.

Pero miétras vienen esas cambiales, replicó el bonísimo viejo sacando un bolsillo y alargandose, ahí van esos cien doblones de que podréis disponer. ; Jesus ! Señor, replicó Morales: perdoneme su merced, que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que mi amo me reñira y quizá me despedirá. ; Santo Dios ! todavía no le conoce vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos hijos de familia que estan prontos á pedir y tomar á todas manos. Antes pediria limosna que pedir prestado ni un solo maravedí. Mejor, dijo el buen hombre, ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar en paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas; eso se deja para los caballeros, los cuales estan ya en antigua posesion de contraerlas. Asi que yo no quiero desazonar á tu amo, y si se ha de disgustar cuando le ofrecen dinero, no se hable ya mas en el

asunto. Diciendo esto, hizo ademán de volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero le dijo: Tenga vmd., Señor, que ahora mismo me ocurre un pensamiento. Es verdad que mi amo tiene una grandísima aversion á tomar dinero ageno; pero no desconfio hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los estraños, y otra es recibirle cuando espontáneamente se le ofrece uno de la familia; y sabia muy bien pedir dinero á su padre cuando le habia menester. Es un mozo que, como vmd. vé, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras razones semejantes se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Morales, y volvió á donde estábamos su hija y yo escopeteandonos á cumplimientos, con lo que interrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de la accion que yo habia hecho con él, y de lo muy obligado que me estaba, sobre lo cual se desahogó en espresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. Parecióme no malograr tan favorable ocasion, y le dije que la mayor prueba que me podia dar de haberle sido grato aquel mi pequeño servicio, era el acelerar cuanto le fuese posible mi suspirada union con su dignísima hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó

su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y que ademas de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote, añadiría otros cuatro mil, para darme este nuevo testimonio de lo obligado que estaba á la caballerosa accion con que le habia salvado la vida.

Estábamos Morales y yo tratados con agasajo y con esplendidez en casa del buen Gerónimo de Mojadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, bien resueltos á retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Pero turbaba algun tanto esta alegría el molesto rezelo de que dentro de aquellos tres dias podia presentarse el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con toda nuestra soñada felicidad. El suceso acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó el dia siguiente á casa de Florentina una cierta figura de paisano cargado con una maleta. No me hallaba yo en casa á la sazón, pero estaba en ella Morales. Señor, dijo el hombre al buen viejo, yo soy criado de aquel Caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno, quiero decir, del Señor Pedro de la Membrilla. Acabamos de llegar en este punto, y él estará aquí dentro de un momento. Yo me he adelantado para dar parte á su merced. Apenas acabó de decir esto, cuando llegó su amo, lo que sor-

prendió mucho al viejo , y turbó algo á Morales.

Era este Señor novio un mozo airoso y de la mas bella disposicion. Enderezóse luego al padre de Florentina , el cual no le dejó acabar su salutacion , ántes volviendose á mi compañero , le dijo : Y bien , ¿ que quiere decir este embrollo ? Morales , hombre sereno y descaradísimo , le respondió prontamente : Señor , esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robáron en el camino. Conozcolos á entrámbos bien , pero muy particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo de Juan Velez de la Membrilla. Creyó el viejo á Morales , y persuadido á que los dos forasteros eran dos grandísimos bribones , les dijo : Señores , vmds. llegan ya tarde , porque otro los ha prevenido. El Señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire vmd. lo que dice , le replicó el mozo de Calatrava , sepa que tiene en casa un embustero , un impostor. Mi padre , el Señor Juan Velez de la Membrilla , no tiene mas hijo que yo. A otro perro con ese hueso , respondió el viejo. Yo sé muy bien quien eres tú. ¿ No conoces á este mozo , señalando á Morales , á cuyo amo robaste en el camino ? ; Como robar ! repuso con enojo el novio : á no estar en vuestra casa , yo castigaria la insolencia de este desvergonzado que ha tenido atrevimiento para tratarme de ladron.

Agradezca á vuestra presencia , cuyo respeto contiene mi justa cólera : mire vmd. que le engañan. Yo soy el mozo á quien el Señor Agustin, su hermano , prometió la hija de vmd. ¿ Quiere que le enseñe todas las cartas que se escribiéron quando se trataba este matrimonio ? ¿ Creerá vmd. al retrato de su hija , que me envió el Señor Agustin poco ántes de su muerte ?

No, replicó el viejo , ni el retrato, ni las cartas probarán nada para mí. Estoy bien enterado del modo con que cayéron en tus manos; y el consejo mas caritativo que te puedo dar, es que quanto ántes salgas de Mérida para librarte del castigo que merecen tus semejantes. Eso ya es demasiado, interrumpió el ultrajado mozo; nunca sufriré que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que á un hombre como yo hagan pasar por un saltador de caminos. Conozco á varias personas de esta ciudad, y ellas me conocen á mí. Voy á buscarlas, y volveré con ellas á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Diciendo esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta aventura espoleó á Gerónimo de Mojadas para resolver que si fuese dable se efectuase la boda en aquel mismo dia : á cuyo fin salió á dar sus disposiciones.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, no por eso vivia sin inquietud.

*

Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, con razon, no dejaria el Señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo y profundamente enagenado. ¿Que tienes, amigo? le pregunte: pareceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió; y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: Mira ahora si tenia razon para estar pensativo. Tu temeridad nos mete en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera llenado de gloria, como saliera bien; pero segun todas las apariencias tendrá mal fin, y soy de parecer que ántes que se acabe el enredo pongamos los piés en polvorosa, contentandonos con la pluma que hemos sacado del ala de este buen pavo.

Señor Morales, repliqué yo á este discurso, vmd. es un hombre muy dócil, y cede fácilmente á las dificultades. Hace bien poco honor á Don Matias del Cordel y á los demas caballeros de la órden, con quienes tuvo la fortuna de tratar en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros, nõ debe ausentarse ni amilanarse con tanta facilidad. Yo que quiero seguir las pisadas de estos héroes, y acreditarme digno discípulo de su escuela; yo, vuelvo á decir, hago frente á ese obstáculo que tanto te espanta, y pretendo burlarme de él. Si lo consigues, re-

puso mi camarada, desde luego te declararé superior á todos los varones ilustres de Plutarco.

Apénas habia acabado de hablar Morales, cuando entró Gerónimo de Mojadas. Esta noche, me dijo, serás ya yerno mio. Tu criado te habrá contado todo lo sucedido. ¿Que me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del corresponsal de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber como saldria yo de este aprieto, y no fué poca su sorpresa, cuando me oyó decir con el semblante mas triste y el aire de la mayor sinceridad que me fué posible afectar: Señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira, y así quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¿Que es lo que oigo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues que, no sois vos el mozo á quien mi hermano?..... Sosieguese vmd., Señor, le interrumpí yo tambien: y ya que empecé á descubrirme, sirvase oirme con paciencia hasta que lo diga todo. Ocho dias ha que amo ciegamente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedíros la por esposa; pero me cerrásteis la boca cuando os oí que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dijísteis que al morir vuestro hermano os habia

conjurado que la casáseis con Pedro de la Membrilla, que así se lo ofrecísteis, y que érais esclavo de vuestra palabra. Sacóme fuera de mí este discurso, y aconsejado mi amor con la desesperacion, me ocurrió el stratagemata de que me he valido. Es cierto que mil veces secretamente me he avergonzado yo mismo de esta cautela; pero me persuadí que vos mismo me la perdonaríais, cuando llegáseis á saber que soy un Príncipe Italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es Soberano de ciertos valles que estan entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Imaginabame yo sorprenderos agradablemente cuando os revelase mi nacimiento; y desde ahora me complacia en el gozo de Florentina, cuando despues de haberla dado mi mano, supiese la fina y delicada burla que la habia hecho. No quiere Dios, proseguí mudando de tono, que yo tenga este gusto. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre, cuesteme lo que me costare. En virtud de vuestra promesa os creéis obligado á escogerle por yerno. Lo siento sin poder quejarme, pues debeis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase ni en la cruel situacion á que me veis reducido. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre, y que parecia mas justo cumplir la palabra que me habeis dado, que hacer punto en cumplir otra, la cual á la verdad os liga muy levemente.

¿Que duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo. Es una cosa muy clara; y así estoy muy lejos de titubear entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustín, él mismo desaprobaba que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que además de eso es un gran Señor, un Príncipe que quiere honrar nuestra familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Sería menester fuese yo enemigo de mí mismo, ó que hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta ejecucion de este matrimonio. Con todo eso, Señor, repliqué yo, no quisiera que vmd. partiese de carrera y con precipitacion: atienda solo á sus intereses, sin respeto á la nobleza de mi sangre.... V. A. se burla de mí, interrumpió Mojadas. ¿Me tiene por tan mentecato, que habia de dudar un momento en abrir la puerta al grande honor que se me entra por mi casa? No, Príncipe, yo os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra soberana mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darla esta noticia, y á informarla de su glorioso destino.

Miéntas el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no menos que de un gran Príncipe, Morales que habia oido toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dijo:

Señor Príncipe Italiano, hijo del Soberano de los valles que estan entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permitame V. A. me arroje á sus piés para darle prueba de mi alegría y de mi pasmosa admiracion. Afé de grandísimo bribon, que eres un prodigio. Teniame yo por el mayor hombre del mundo; pero hablando francamente, arrió bandera á vista de tu pabellon, sin embargo de que tienes menos esperiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes miedo? Seguramente no, replicó él. No temo ya al Señor Pedro: ahora que venga su merced cuando quisiere. Y etenos aquí á Morales y á mí mas firmes en nuestros estribos que unos Gerineldos. Comenzámos á discurrir sobre el partido que habíamos de tomar luego que recibiésemos la dote, con la cual contábamos con tanta seguridad como si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavía no la habíamos pillado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañabaule dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes y por su tez amulatada, como por su honrado empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Mojadas, le dijo el tal mozo, aquí os presento á estos tres hombres de bien, que me conocen y pueden decir quien soy. Sí por cierto, dijo el alguacil, y quiero declararlo. Certifico á todos

aquellos que convenga como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Cualquiera que tenga atrevimiento para decir lo contrario, es un embustero y un solemnísimo impostor. Señor alguacil, dijo entónces el buen Mojadas, yo lo creo á vmd. A mí me basta su testimonio y el de los dos Señores mercaderes que vienen en su compañía. Estoy plenamente convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero que me importa á mi? Sin embargo de todo eso, ya he mudado de resolución, y no quiero darle mi hija.

¡O! eso es otra cosa, dijo el alguacil. Yo solo vine á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre. Por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, hacer violencia al Señor Mojadas; pero desearia saber por que motivo ha mudado de resolución. Ya que pierdo la esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo; ántes bien os confesaré que siento verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos mismo sois tan racional y generoso, que me persuado no llevaréis á mal que yo hubiese preferido á vos un

pretendiente á quien soy deudor de la vida. Este es el caballero que veis aquí : este Señor , prosiguió tomándome por la mano , es el que me libró de un gran peligro ; y para mayor disculpa mia y mayor satisfaccion vuestra , debo añadir que es un Príncipe Italiano.

Al oír esto , Pedro se quedó muy confuso , y los dos mercaderes mirándose unos á otros con los ojos abiertos y espantados ; pero el alguacil , como acostumbrado á echarlo todo á la peor parte , sospechó que tras aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos cuartos. Comenzó á mirarme con la mayor atencion ; y como mis facciones que nunca habia visto , ayudaban poco á su buena voluntad , se volvió á examinar á mi camarada con igual curiosidad. Por mala fortuna de mi Alteza , conoció á Morales , y se acordó de haberle visto en la cárcel de Ciudad Real. ¡ Ah , ah ! exclamó sin poderse contener : he aquí un hombre honrado , á quien conozco tan bien como al Señor Pedro. Desde luego le embargo la persona , y os le doy por uno de los mas grandes bribones que calienta el sol de España en todos sus Reinos y Señoríos. Poco á poco , Señor alguacil , dijo Gerónimo Mojadas , que ese pobre mozo es un criado del Señor Príncipe. Sea en buen hora , respondió : eso me basta para saber lo que debo creer. Por el criado saco yo lo que será el amo. No tengo ya la menor duda de que

estos dos Señores son dos insignes pícaros de marca, que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en esta casta de pájaros; y para haceros ver que son dos gentilísimas gonzúas, en este mismo punto voy á llevarlos á la cárcel. Quiero que se aboquen con el señor Corregidor, para que tengan con él una conversacion amistosa y reservada, y sepan de la boca de su Señoría que todavía se usan por acá pencas y rebenques. Alto ahí, Señor Oficial, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Digame vmd., ¿no podrá ser el criado un bribon sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva que haya bribones en servicio de los Principes? Vmd. nos burla con sus Principes, repuso el alguacil. Este mozo sobre mi palabra es un tunante, y asi desde ahora les intimo á los dos que se den *presos por el Rey*. Si se resisten, ó no quieren ir á la cárcel por su pié, dejé á la puerta veinte ministriles que les llevarán arrastrando. Alon, Príncipe, me dijo, vamos caminando.

Confieso que me turbé al oír estas palabras; lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Mojadas, ó por mejor decir, nos arruinó enteramente en su concepto, y llegó á creer que habíamos querido engañarle. Con todo eso hizo lo que todo hombre de bien debia hacer en semejante ocasion. Señor Oficial, dijo al alguacil,

vuestras sospechas pueden ser verdaderas, y pueden ser falsas; pero, sean lo que fueren, no apuremos mas la materia. Permitid que estos caballeros se retiren á donde mejor les pareciere. Esta gracia y este favor os pido para desempeñar en parte la obligacion que les debo. La mia, interrumpió el alguacil, era llevarlos desde este punto á la cárcel, sin atender á vuestra intercesion; sin embargo, por respeto á ella quiero dispensarme ahora del cumplimiento de mi deber, pero con la iudispensable condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, vive Dios, que verán lo que les pasa.

Cuando Morales y yo oímos que estábamos libres, volvimos á respirar. Amagámos á querer hablar con resolucion, y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil nos miró al soslayo, y solo con esto nos impuso silencio: tal ascendiente tiene esta gente sobre nosotros. Vimonos pues precisados á cederle dote y Florentina á Pedro de la Membrilla, que verisíblemente pasó á ser yerno de Gerónimo Mojadas.

CAPÍTULO II.

Prosigue la historia de Don Rafael.

SALÍ de Mérida con mi camarada, y tomámos el camino de Trujillo, con el consuelo de haber

ganado cien doblones en esta aventura. Transitámos por una aldea con ánimo de ir á hacer noche mas adelante. Vimos en ella un meson de bellísima apariencia. El mesonero y la mesonera estaban á la puerta sentados en un poyo. El mesonero, hombre alto, seco y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger que mostraba oirlo con gusto. Cuando vió que no nos apeábamos en su casa : Señores, nos gritó, aconsejo á vmds. que hagan alto en esta posada. Va ya á caer la noche; hay tres leguas mortales al primer lugar, y no lo pasarán tan bien como aquí. Creanme, echen pié á tierra, que serán bien tratados, y les costará poco dinero. Dejámonos persuadir : acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámosles, y habiendonos sentado junto á ellos, comenzámos á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era oficial de la santa Hermandad, y la mesonera tenia traza de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpióse nuestra conversacion con el arribo de doce ó quince hombres montados unos en caballos y otros en mulas, seguidos de como unos treinta machos de carga. ; O cuantos huéspedes ! exclamó el mesonero : ¿ donde podré yo alojar á tanta gente ? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de caballerías. Habia por fortuna una granja cerca del meson : en ella se acomodáron los machos y las cargas ; y las

mulas y los caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos en donde habian de dormir que en lo que habian de cenar. Ordenaron que se les dispusiese una abundante cena. Ocuparonse en disponerla el mesonero, la mesonera, y una criada. Declararon la guerra á las gallinas, pollos, pichones y demas aves del corral. Hicieron una olla española, émula de aquella arca donde se refugiaron contra el diluvio todos los animales. Con esto, y diferentes ensaladas y variedad de frutas, hubo para todo el equipage, y sobró mucho para que les cupiese su parte al mesonero y mesonera con toda su familia.

Morales y yo mirábamos de cuando en cuando á aquellos caballeros, los cuales tambien nos miraban á nosotros. En fin trabámos conversacion, y les dijimos que si lo tenian á bien cenaríamos todos juntos. Respondiéronnos cortesantemente que tendrian en ello particular gusto. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas, y aunque estos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia que le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que en la ocasion contradecia á los otros sin ceremonia, y que ninguno se atrevia á contradecirle á él, ántes bien todos se conformaban con lo que decia. No sé con que casualidad cayó la conversacion sobre Sevilla; y como

Morales comenzase á elogiarla mucho, el hombre de quien voy hablando le dijo : Caballero, vmd. hace mucho favor á la ciudad donde yo nací, ó á lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales muy alegre, y no es posible que yo deje de conocer á los parientes de vmd. Sirvase decirme quien fué su señor padre. Un honrado Escribano, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡ A fé que es singular la aventura ! exclamó todo transportado mi compañero. Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermano menor Luis, á quien dejé en la cuna cuando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre, replicó mi camarada. Al decir esto se levantaron los dos de la mesa, y se diéron mil abrazos. Volviendose despues el Señor Manuel á todos los que estábamos presentes : Señores, dijo, verdaderamente que es muy estraño, y tiene algo de maravilloso este suceso. La casualidad ha dispuesto que cuando yo menos lo pensaba, me haya encontrado con mi hermano, á quien ha mas de veinte años que no habia visto. Dadme licencia para que os le presente. Entónces todos los caballeros que por respeto estaban en pié, saludáron al hermano menor, y por poco no le sufocáron á abrazos y á cortesías. Sosegado este primer turbion, nos volvimos á la mesa, y en

ella estuvimos toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro; y todo el tiempo que duró la cena, estuviéron cuchicheando al oído, hablando sin duda sobre las cosas de su familia, mientras los demas comíamos, bebíamos y nos alegrábamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida, me llamó á parte y me dijo: Toda esta gente es de la familia del Conde de Montañós, á quien el Rey acaba de nombrar por General de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde se ha de embarcar para su destino. Mi hermano es el mayordomo de su Escelencia, y me propuso si me queria ir en su compañía: yo le respondí que no podia dejar la tuya; á que me replicó que si tú querias venir con nosotros, te facilitaria un buen empleo. Caro amigo, no dejemos escapar esta ocasion, y abracemos los dos tan buen partido. Vamos á Mallorca: si lo pasamos bien, nos establecerémos allí; y si no nos tuviere cuenta, nos volverémos á España.

Admití con gusto la proposicion. Incorporámonos entrámbos con la familia del Conde, y partimos del meson ántes del amanecer del dia siguiente. Pusimonos en camino para Alicante, caminando á largas jornadas. Luego que llegámos, compré una guitarra y me hice hacer un vestido decente. Todo mi pensar era en la Isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada

Morales. Parecia que ámbos de acuerdo habíamos ya renunciado para siempre á la vida bribona. Es preciso decir la verdad. Uno y otro queríamos acreditar nos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin nos embarcamos alegremente, lisonjeandonos de llegar presto á Mallorca; pero no bien habíamos salido del Golfo de Alicante, cuando nos cogió una furiosa borrasca. ; Que buena ocasion era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintandoos el aire todo en fuego, fulminando rayos, y haciendo tronar las nubes, silbar los vientos, elevarse las ondas, etc. ! Pero arrimando á un lado todas las flores retóricas, os diré sencillamente que fué tan recia la tempestad, que nos obligó á ancorar en la Cabrera, que es una Isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entónces en cinco ó seis soldados y un oficial, los cuales nos recibieron con mucha humanidad y agasajo.

Como nos veíamos precisados á detenernos allí muchos dias para acomodar nuestro velámen, procuráinos pasar el tiempo en diferentes diversiones, segun el genio de cada uno. Estos jugaban á los naipes, aquellos á la pelota, etc. Yo me iba á pasear por la Isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apenas se descubria un palmo de

tierra. Un día, que considerando aquellos lugares áridos y secos, estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde la da la gana, sentimos todos de repente un gratisimo olor que nos dejó sorprendidos. Aun lo quedámos mucho mas, cuando volviendonos hácia el Oriente de donde venia aquella fragancia, vimos un campo todo cubierto de madreselva, mas hermosa y odorífera aun que la de Andalucía. Acercámonos gustosos hácia aquellos bellisimos arbustos que perfumaban el aire circunvecino, y hallámos que bordeaban la entrada de una profunda caverna. Era esta ancha y un poco sombría: bajámos á ella por una escalera ó caracol de piedra, adornada de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Cuando llegámos abajo, vimos serpentear sobre un fondo de arena mas roja que el oro, varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos el agua tan clara y tan cristalina que nos dió gana de beberla, y la hallámos tan fresca y delgada que resolvimos volver á hacerla otra visita el dia siguiente, trayendo con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos á que tambien lo beberiamos con gusto en aquel delicioso y como encantado sitio.

Dejámosle con dolor, y cuando nos restituímos al fuerte, no quisimos negar á nuestros ca-

maradas la noticia de tan feliz descubrimiento; pero el Comandante del fuerte nos dijo que como amigo nos advertia que por ningun caso volviésemos á la cueva de que habíamos quedado tan enamorados. ¿Y eso por que? le pregunté yo. ¿Hay por ventura algo que temer? Y mucho, me respondió. Los Corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta Isla, y hacen aguada en ese parage. Uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el Oficial, no lo quisimos creer. Parecianos que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros del equipage, y de propósito no quisimos llevar armas de fuego, para mostrar que no teníamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Bajámos al fondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra y divirtiendonos con mucha algazara y alegría, vimos en la boca de la caverna á muchos hombres con mostachos, turbantes, y vestidos á la Turca. Al principio creimos que eran algunos del navío, que juntamente con el Comandante se habian disfrazado para chasquearnos. Creídos de esto, nos echámos á reir, y dejámos

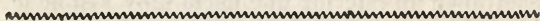
bajar hasta diez de ellos sin pensar en defender-nos; pero presto quedámos tristemente desenga-nados, viendo ser un pirata que venia á es-clavizarnos. *Rendios, perros*, nos dijo en len-gua castellana, *ó aquí moriréis todos*. Al mismo tiempo nos pusiéron al pecho las carabinas los que venian con él, y á la menor resistencia las hubieran descargado. Preferimos la esclavitud á la muerte. Entregámos nuestras espadas á los Moros. Cargáronnos de cadenas, lleváronnos á su navío que no estaba muy distante, levantá-ron anclas, pusiéronse á la vela y cinglaron hácia Argel.

Asi pagámos el poco aprecio que hicimos del aviso y consejo del Comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el Corsario fué registrar-nos hasta la camisa, y quitarnos todo el dinero que llevábamos. ¡ Gran golpe de mano para él ! Los doscientos doblones del mercader de Pla-sencia, los ciento que Gerónimo Mojadas habia dado á Morales, que por casualidad y por des-gracia llevaba yo conmigo, todos mudáron de dueño, pasando á manos del Corsario, que todo me lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal provei-dos : en suma, el golpe bastaba para hacer rico á un raterillo. El pirata estaba todo contento; y el grandísimo verdugo, no bastandole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con insulsas bufonadas, las cuales

nos eran menos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Despues de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habíamos puesto á refrescar, y las agotó todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos bríndis por mofa é irrision.

Durante este enfadoso rato mis camaradas mostraban un exterior que hacia muy visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio, quanto mas alegre era la idea con que se habian lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca, tuve valor para tomar desde luego mi partido. Menos consternado que los otros, trabé conversacion con nuestro Capitan mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dijo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar, es mejor armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tocanos un buen son, añadió, viendo que tenia junto á mí una guitarra: quiero ver hasta donde llega tu habilidad. Mandó me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar, regalandoles con un fandango que celebráron con grande aplauso, no haciendo menos honor á mi voz que á mi guitarra. Habíame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los Turcos que estaban en el navío mostráron

con gestos y ademanes de admiracion el gusto con que me oian ; por lo que conocí que en punto de música no le tenian muy delicado. El pirata se arrimó á mi , y me dijo al oido que seria un esclavo afortunado , y que podia estar seguro de que mis talentos me harian muy llevadera la esclavitud.



CAPÍTULO III.

Va adelante la misma historia.

ALGO me consoláron estas palabras. Sin embargo , no dejaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocara , y que el pirata me habia pronosticado en general y confusamente. Cuando nos acercámos al puerto de Argel , vimos una multitud de personas que habian acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltámos en tierra , hiciéron resonar el aire con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos el confuso rumor de las trompetas , flautas moriscas , y otros instrumentos de que se sirve aquella gente , y que forman un estruendo desentonado , mas que un apacible sonido. Era la causa de aquella extraordinaria algazara una falsa voz que se habia esparcido en la ciudad. Habia corrido por ella que el renegado Mahometo habia muerto combatiendo con un grueso navío Genovés ; y todos sus amigos in-

formados de su feliz retorno acudieron al puerto para dar testimonio de su regocijo.

Cuando hubimos desembarcado, fuí conducido con mis compañeros al palacio del Bey Soliman, donde un escribano cristiano nos examinó en particular, preguntandonos nuestros nombres, edad, patria, religion y talentos. Entónces Mahometo, tomandome por la mano y mostrandome al Bey, comenzó á ponderarle mi voz y habilidad en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para decir que me queria para sí, y desde aquel punto me quedé en su Serrallo. Los demas cautivos fuéron llevados á la plaza mayor, y puestos allí en pública venta, segun costumbre. Cumplióse lo que Mahometo me habia pronosticado en el navío. Verdaderamente que fuí muy afortunado. No me entregáron á las guardias de las mazmorras, ni me destináron á trabajar en las obras públicas. Mandó Soliman que me agregasen en cierto sitio particular á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes se les empleaba en fatigas muy ligeras. A mí solo se me encomendó que regase en los jardines las flores y los naranjos; empleo que, en vez de llegar á ser fatiga, podia llamarse diversion.

Era Soliman un hombre de cuarenta años, bien plantado, muy atento, y aun galan para Moro. Era su favorita una Georgiana, que por su espíritu y hermosura se habia hecho dueña

absoluta de él. Idolatraba en ella, y no pasaba día en que no la regalase con algun festejo, ya de música tanto de voces como de instrumentos, ya tambien de comedias á la Turca, es decir, unos dramas en los cuales no se tenia más respeto al pudor que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farruchnaz, era apasionadísima á estos espectáculos. Algunas veces hacia que sus damas fuesen las actrices de varias piezas Arabes en presencia del Bey. Tal vez aun ella misma representaba tambien algun papel, y lo hacia con tanta viveza y gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un día en que asistia yo á estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hicelo así, y tuve la fortuna de dar gusto. Aplaudiéronme mucho todos, y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables y benignos.

El día siguiente muy de mañana, miéntras estaba yo regando los naranjos, pasó junto á mí un Eunuco, el cual, sin detenerse ni hablar palabra, dejó caer á mis piés un billete, y siguió su camino. Cogí apresuradamente el papel con una especie de turbacion neutral entre el temor y la alegría. Tendíme á la larga en el suelo detras de los naranjos, por no ser visto de las ventanas del Serrallo. Abríle con mano trémula, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritos en buen castellano estos pocos

renglones : *Jóven Cristiano , da mil gracias al Cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna te van á hacer feliz : el amor , si correspondes á una persona que no es fea y que te estima ; la fortuna , si tienes valor para despreciar todo género de peligros.*

No dudé ni un solo momento que el billete fuese de la Sultana favorita : el brillante y el estilo me lo persuadian. Ademas de que nunca fuí cobarde, la vanidad de verme favorecido, y aun solicitado por una dama que era el ídolo de un Príncipe, y Príncipe Moro, y la esperanza de que su favor me facilitaria mucho mas dinero del que era menester para mi rescate, me hicieron resolver á entrar en esta nueva aventura á costa de cualquier peligro. Proseguí pues en mi trabajo, pensando siempre en el modo que podia tener para introducirme en el cuarto de Far-ruchnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriria para abrirme este camino; pareciendome, y no mal, que no se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelantaria á librarme de este cuidado. Con efecto asi sucedió, y no me engañó mi pensamiento. Una hora despues volvió á pasar junto á mí el mismo Eunuco de ántes, y sin pararse me dijo : ¿ Cristiano, has hecho tus reflexiones? ¿ Tendrás valor para seguirme? Respondile que sí; y él prosiguiendo siempre andando añadió : *El Cielo te guarde : mañana por la mañana me volverás á*

ver; y diciendo esto se retiró. Efectivamente; al dia siguiente, á cosa de las ocho se dejó *ver*, y me hizo señal de que me llegase á él. Obedecí, y me condujo á una sala donde habia una gran pieza de lienzo pintado, que acababa de traer otro Eunuco, para presentarla á la Sultana, y habia de servir en el teatro para una comedia Arabe, que ella tenia prevenida para diversion del Bey.

Desarrolláron sin perder tiempo los Eunuco la tal pieza, hiciéronme tender á la larga en medio de ella, y la arrolláron de nuevo, volviendome y revolviendome dentro de la misma con peligro de sufocarme. Cargáronla sobre sus hombros, uno de una punta y otro de otra, y de esta manera me introdujéron impunemente en el cuarto de la bella Georgiana. Estaba sola con una esclava vieja enteramente entregada á darla gusto. Desenvolviéron la tela, y Farruchnaz, luego que me vió, prorumpió en ciertos ademanes de alegría, que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez, confieso que cuando me ví de repente transportado en el cuarto secreto de las mugeres, sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y me dijo: No temas, Cristiano, porque Soliman acaba de partir para su casa de campo, donde se detendrá todo el dia, y nosotros nos divertiremos aquí libremente.

Consoláronme estas palabras, y en virtud de

ellas me revestí de un espíritu y seguridad que redobló el gusto de mi patrona. Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas dulce el rigor de la esclavitud. Tengo por muy digno del concepto que me debes. Aunque te veo en trage de esclavo, descubro en todos tus modales un no sé que de noble y generoso, que me obliga á creer no eres persona baja ni del comun. Esplicame, hablame con toda confianza, y dime quien eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que sea menos costoso su rescate; pero conmigo debes dispensarte de esa política: me ofenderia mucho semejante precaucion, puesto que desde luego corre de mi cuenta el ponerte en libertad. Fiate de mí, sé sincero, y confiesame que naciste en mas que vulgares pañales. Con efecto, Señora, la respondí, corresponderia villanamente á vuestra generosa bondad, si usara con vos de artificio ó disimulo. Vos quereis absolutamente que os descubra quien soy; voy á obedeceros ciegamente. Soy hijo de un Grande de España (quizá decia en esto la verdad). Por lo menos la Sultana asi lo creyó, y dandose á sí misma el parabien por haber puesto sus ojos en un hombre de importancia, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos con frecuencia. Tuvimos larga conversacion. En mi vida traté muger de mayor talento, ni de mas atractivo. Sabia muchas lenguas, y

★

sobretudo la castellana , que hablaba mas que medianamente. Cuando la pareció que era tiempo de separarnos , me hizo acomodarse en un gran ceston de juncos finos , cubierto con un rico repostero de brocado , recamado de oro por su misma mano con flores delicadissimas ; y llamando á los mismos Eunucos que me habian introducido , les entregó aquella carga , como un regalo que ella enviaba al Bey : sobrescrito tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mugeres , que ninguno tiene osadía ni facultad para mirarlo.

Hallámos Farruchnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos ; y la amable Sultana poco á poco me fué inspirando tanto amor á ella , como ella sentia por mí. Dos meses se conservaron ocultas nuestras amorosas visitas , sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos árgos ; pero un contratiempo desconcertó nuestros pequeños negocios , y mudó enteramente de semblante mi fortuna. Un dia en que fuí introducido en el cuarto de la Sultana dentro de cierto dragon artificial que se habia fabricado para no sé que espectáculo , cuando estaba yo hablando con ella muy descuidado , persuadido á que Soliman se hallaba en el campo , entró este en el cuarto de la favorita tan repentinamente que la vieja esclava no tuvo tiempo de avisarnos. Yo tuve mucho menos lugar para ocultarme ; y asi



*Conseguí desvanecer sus preocupaciones, y me
estaba dando pábala de que se hurá Mahometano.*

Choquet inv. del.

Paquet sculp.

fué mi persona el primer objeto que se ofreció á los ojos del Bey.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la cólera á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, centelleando llamas de indignacion y furor. Consideréme entónces como un hombre que estaba ya tocando al último instante de su vida, y me imaginaba en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farruchnaz, conocí que tambien estaba sobresaltada; pero, en vez de confesar su delito y pedir perdon de él, dijo á Soliman: Señor, suplicoos no me condeneis ántes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan y me representan infiel y traidora á vos, y por consiguiente digna de los mas horrosos castigos. Yo misma hice venir á mi cuarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera perdidamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas exterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido infiel. Quise hablar con este esclavo Cristiano, para ver si podia lograr persuadirle á que se desprendiese de su secta y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba; mas al fin conseguí desvanecer sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que se hará Mahometano.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba ; pero turbada la razon en aquel lance , y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida y la de una dama á quien amaba , me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra ; y persuadido el Bey por mi silencio á que era verdad cnanto habia dicho la Sultana , se dejó desarmar. Dama , dijo , quiero creer que no me has ofendido , y que el zelo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te empenó en dar un paso tan delicado. Escusaré tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un Morabito. Vistiéronme á la Turca , y yo les dejé hacer cuanto quisieron sin la menor resistencia , ó por mejor decir , ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias.

Concluida la ceremonia , salí del Serrallo con el nombre de Sidi Alí , á tomar posesion de un empleo de poca monta á que el Bey me destinó. No volví á ver á la Sultana ; pero uno de sus Eunucos vino á buscarme cierto dia , y de su parte me entregó una cantidad de piedras preciosas , estimadas en dos mil *Sultaninos* , juntamente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho Mahometano por salvarla la vida. Con efecto , ademas de los regalos que habia re-

cibido de la bella Farruchnaz, conseguí por su mediacion otro empleo mas considerable que el primero : de manera que en menos de siete años me hallé el renegado mas rico que habia en todo Argel.

Ya habrán conocido vmds. que si yo concurría á las oraciones que hacian los Musulmanes en sus Mezquitas, y practicaba las otras ceremonias de su Religion, era todo una pura figurería y mera esterioridad. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la Iglesia, para cuyo fin pensaba retirarme algun dia á España ó Italia con las grandes riquezas que habia amontonado. Miétras tanto vivia alegremente; estaba alojado en una bella casa; tenia jardines soberbios, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de caras bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquellas partes, sin embargo pocos Moros dejan de beberle con los ojos bajos y en secreto natural. Yo por lo menos lo bebia sin escrúpulo, ni mas ni menos como lo hacian los otros renegados.

Acuerdome que me acompañaban ordinariamente en mis borracheras un par de camaradas con quienes pasaba muchas veces toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era Judío y otro Arabe. Tenialos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin sujecion y con toda libertad. Convidélos una noche á cenar conmigo. Habiaseme muerto aquel dia un perro que

yo queria mucho. Lavámos su cadáver, y le enterrámos con todas las ceremonias que usan los Musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la Religion de Mahoma, sino puramente por divertirnos y satisfacer la gana que entre dos vinos me dió de celebrar las exequias de mi amado animalillo.

Sin embargo faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente me hallé en casa con un hombre que me dijo: Señor Sidi Alí, vengo á vmd. por cierta cosa de importancia. El Señor Cadi tiene necesidad de hablarle. Sirvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico, le pregunté, que pueda ser lo que me quiere. El mismo os lo dirá, respondió el Moro. Todo lo que puedo deciros, es que un mercader que ayer cenó con vmd. le ha dado parte de no sé que impía ó irreligiosa accion que se ejecutó en vuestra casa, con ocasion de enterrar á cierto perro. Yo os intimo judicialmente que comparezcais hoy mismo ante el Juez, con apercibimiento de que, no haciendolo asi, se procederá criminalmente contra vuestra resistencia. Dijo, y sin esperar á que le respondiese, me volvió las espaldas, dejandome aturdido con su intimacion. No tenia el Arabe el mas mínimo motivo para estar quejoso de mí, ni yo podia comprender por que me habia jugado una pieza tan ruin y traidora. Sin em-

bargo la cosa era muy digna de consideracion. Yo tenia bien conocido al Cadí, hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *Sultaninos de oro*, y fuí derecho á presentarme. Hizome entrar en su despacho, y luego me dijo en tono colérico y furioso: Sois un impío, un sacrilego, un hombre abominable. Habéis dado sepultura á un perro, como si fuera un Musulman. ¡Que sacrilegio! ¡que profanacion! ¡Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¡Os hicisteis Mahometano únicamente para poner en ridiculo las prácticas mas sagradas del Alcoran? Señor Cadí, le respondí con sumision pero sin abatimiento, el Arabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fué cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseia mil bellas cualidades. Amaba tanto á las personas de mérito y distincion, que hasta en su muerte quiso dejarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del cual me nombró por único albacea, las declaró herederas de sus bienes, legando á unas veinte escudos, á otras treinta, etc. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase

los doscientos Sultaninos de oro que hallaréis en este bolsillo; y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cadi toda su gravedad cuando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: Id en paz, Sidi Ali, hicísteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

CAPÍTULO IV.

Suenase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagea, y va adelante con su relacion.

SALÍ de aquel pantano con este medio; y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el Arabe ni con el Judío, y escogí para mi camarada de botellas á un Gentilhombre de Liorna, que era esclavo mio. Llamabase Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos Cristianos peor que los mismos Turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratabalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser esta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volviéron un dia los jabeques del Bey cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fuéron puestos en venta. Fuí á la plaza donde esta se celebraba, y compré una niña Española de diez á doce años. Lloraba la pobrecita amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla tan afligida por su esclavitud en tan tierna edad, me llegué á ella, y la dije en lengua castellana que no se apesadumbrase tanto, asegurandola que habia caido en manos de un amo, que, aunque llevaba turbante, era de corazon muy humano. Entregada la niña enteramente á su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolablemente, prorumpiendo de cuando en cuando en esta exclamacion : *¡ Ay madre mia, y por que me habrán separado de tí ! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decia estas palabras, estaba mirando fijamente á una muger de cuarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la cual muy modesta, silenciosa y con los ojos bajos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéla si era su madre aquella muger á quien miraba. Sí, Señor, me respondió con tierno dolor : por amor de Dios, haga su merced que jamas me aparten de ella. Bien está, hija mia, la dije ; si para tu con-

suelo no deseas mas que el estar jùntas las dos, presto estarás satisfecha, y quedarás consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de atencion, quando reconocí en ella, con toda la conmocion que podeis imaginar, todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Justo Cielo! exclamé dentro de mí mismo: ¿que es lo que veo? Esta es mi madre, no lo puedo dudar. Pero ella, ó ya porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la permitia ver otra cosa mas que enenigos en todos los objetos que se la presentaban, ó ya fuese porque el traje mahometano me hacia parecer otro hombre, ó porque en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado, el hecho es que realmente no me conoció. En fin yo la compré, y llevémela á mi casa.

No quise dilatarla el gusto de que me conociese. ¿Señora, es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues que, unos bigotes y un turbante me desfiguran tanto que no conozcais tras de ellos á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oír estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojandose á mis brazos con los suyos abiertos, nos abrazámos estrechísima y ternísimamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenia un hermano, como lo estaba yo de que tuviese una hermana.

Confesad, dije entónces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habréis visto un encontrarse y un reconocerse las personas, que sean comparables con este lance original. Hijo, me respondió, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada de un amarguísimo dolor. ¡Dios mio! ¡en que estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me seria mil veces menos sensible que ese trage en que te veo.... A sé, madre, la respondí sonriendome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto que no es muy propia de una comediante. A la verdad, Señora, que sois muy otra de lo que érais; si este mi disfraz os ha dado tanto enojo contra mi turbante, consideradme como un cómico que representa el papel de un Turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan Musulman como lo era en España; porque en la realidad no reconozco otra verdadera Religion que la Católica. No niego, ni mucho menos disculpo mi esterior apostasía; sé muy bien que en niunguna ocasion me era lícito dar señales de abandonar mi Religion, aunque me costase mil vidas. Confieso mi pecado, sin excusar mi flaqueza; pero si vos supiérais las circunstancias que me hicieron caer en ella, quizá vuestro justo dolor se convertiria en no menos justa compasion. El amor fué el autor de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto no hice mas que acreditar me hijo vuestro con mas ó

menos esceso ; fuera de que aun hay otra razon que debe templar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temíais hallar en Argel una rigurosa esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetoso, y bastante rico para que vivais con regalo y con quietud en esta ciudad, hasta que se nos proporcione una ocasion oportuna en que todos podamos seguramente restituirmos á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice : *No hay mal que por bien no venga.*

Hijo mio, me dijo Lucinda, una vez que estes resuelto á volverte á tu tierra y abjurar el mahometismo, quedo consolada. Entónces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en España. Sí, Señora, la respondí : espero que le tendréis, pues lo mas presto que sea posible partiremos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habréis dejado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos, y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio muy legítimo. Pero, Señora, repliqué, ¿ que razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esa preeminencia que me negasteis á mí ? ¿ Y como os habeis resuelto á casaros ? Acuerdome haberos oido mil veces que nunca perdonaríais á una muger jóven y linda el disparate de suje-

tarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres*, respondió ella. Si los hombres mas firmes en sus resoluciones estan sujetos á mudar, ¿que razon habrá para pretender que las mugeres no sean invariables en las suyas? Quiero contarte la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hizome despues la siguiente relacion, que creo oiréis con gusto, porque es curiosísima.

CAPÍTULO V.

Historia de Lucinda, madre de Don Rafael.

HABRA casi trece años, si te acuerdas, que dejaste la casa del Marquesito de Leganés. En aquel tiempo el Duque de Medina la Alta me dijo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señálele el dia, esperéle, vino, y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener, y se lo concedí con la esperanza de que me lo pagaria bien. Hizolo asi. El dia siguiente recibí de parte suya varios regalos que fuéron seguidos de otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no podia durar largo tiempo en mis prisiones un Señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, quanto no ignoraba que se habia escapado de otras en que le habian aprisionado varias famosas beldades,

cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disminuirse el gusto que le daba mi condescendencia, cada dia parecia que le tenia mayor, y que encontraba en ellas un sainete que las añadia nueva gracia. En suma, tuve el arte ó la fortuna de asegurarmele, y de impedir que su corazon naturalmente voluble é inconstante se dejase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses habia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su amor seria duradero, cuando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una visita donde se hallaba la Duquesa, esposa del Duque. Habíamos ido á ella convidadas para una academia de música, tanto de voces como de iustrumentos, que se celebraba en aquella casa. Casualmente nos sentámos algo detras de la Duquesa, la cual llevó muy á mal que yo me hubiese dejado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme un recado por medio de un criado, diciendome que me retirase prontamente. Respondila con sobrada grosería; é irritada la Duquesa se quejó á su esposo, el cual vino á mí, y me dijo: Lucinda, sal prontamente de aquí. Cuando los grandes Señores se inclinan á mozuelas como tú, no deben estas olvidarse de lo que son. Si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre respetamos á estas mucho mas que á vosotras; y todas las veces que tuviéreis la in-

solencia de pretender igualaros á estas, seréis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna el Duque me dijo todo esto en voz tan baja que ninguno pudo comprenderlo. Retiréme avergonzada y confusa, pero llorando de rabia y de cólera por el desaire que habia recibido. Para mayor desgracia mia los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron, no sé como, todo lo que me habia pasado. No parece sino que algun diablillo acechador y zizañero se complace en descubrir á unos lo que sucede á otros. ¿Hace por ejemplo un comediante en una francachela alguna extravagancia? ¿Acaba una comediante de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado? Toda la compañía se halla inmediatamente informada hasta de la mas ridícula menudencia. Asi supieron mis camaradas cuanto me habia pasado en la academia, y sabe Dios cuanto se divirtieron á mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad, que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso, yo me hice superior á todas sus malignas chocarrerías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del Duque, á quien no volví á ver en mi casa, y aun supe que pocos dias despues se habia acomodado con una cantarina.

Miéntras una comediante tiene la fortuna de estar aplaudida, nunca la faltan amantes; y el amor de un gran Señor, aunque no dure mas

que tres días, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de adoradores luego que se esparció por Madrid la voz de que el Duque me habia dejado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, volviéron todos á quemar sus inciensos en el altar conocido. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fuí tan de moda como entónces. Entre los que solicitaban mi favor, ninguno me pareció mas ansioso ni mas fino que un grueso Aleman, Gentilhombre del Duque de Osuna. No era la figura mas airosa ni mas amable del mundo; pero se mereció mi atención con mil doblones que habia juntado en servicio de su amo, gastandolos generosa ó sea pródigamente, para lograr la dicha de obtener algun lugar en la lista de mis amantes favorecidos. Este buen Señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto, fué bien recibido en mi casa; pero apenas se le agotó la bolsa, halló la puerta cerrada. Disgustóle este proceder; buscóme en la comedia, encontróme tras de los bastidores; dióme sus quejas, reíme de él en su misma cara, entró en cólera, y dióme una bofetada á la Tudasca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia; y dirigiendome al Duque que estaba en su aposento con su esposa la Duquesa, en alta voz le dí agrias quejas de las tudescas modales con que me habia tratado el Señor Brutandorff. Mandó el Duque que

prosiguiere la comedia, diciendo que despues de ella oiria á las partes. Acabada la representacion, me presenté toda turbada y conmovida al Duque, esponiendo mi queja con viveza y ardor. El Aleman despachó su defensa en dos palabras. Dijo que, en vez de arrepentirse de lo hecho, era hombre para repetirlo. El Duque, oidas las partes y volviendose al Aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te mando no vuelvas á ponerte en mi presencia, no porque diste una bofetada á una comedianta, sino porque faltaste al respeto debido á tus amos, turbando un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el corazon. Apoderóse de mí una rabiosa ira y un inesplicable furor, considerando que no se habia despedido al Aleman por la ofensa que me habia hecho. Creia yo que un insulto como aquel, cometido contra una comedianta, debia ser castigado como un delito de lesa magestad, y estaba muy persuadida á que el Tudesco padeceria la mas dolorosa y mas afrentosa muerte. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro tanto, que desde aquel punto resolví abandonarle y establecerme lejos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* para ella, llevando conmigo hasta

el valor de veinte mil ducados en dinero y alhajas; caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mi vida, estando resuelta á hacerla mas retirada. Arrendé en aquella ciudad una pequeña casa, y no recibí mas familia que una criada y un page, á los cuales me mantuve tan desconocida como á todos los demas. Fingí ser viuda de un criado de la casa del Rey, y que habia escogido para mi retiro la ciudad de Valencia, por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba con muy poca gente; y mi conducta era tan arreglada, que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido comedianta. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una hacienda propia, cerca de Paterna. Era un caballero de buena disposicion, y como de treinta y cinco á cuarenta años, pero estaba muy adeudado, lo que no es menos frecuente en los nobles del Reino de Valencia que en los de todos los paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo, quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que se informasen bien y me soudeasen; por cuya relacion tuvo el gusto de saber que era una viuda de no desgraciada cara, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastante rica. Hizo

juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dejó ver en mi casa una buena vieja que me dijo de su parte, que prendado de mi virtud tanto como de mi hermosura, me ofrecia su fé juntamente con su mano, y que ratificaria esta oferta delante del altar, si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las cualidades de aquel hidalgo: por el mucho bien que me dijéron de él, bien que sin disimularme el lastimoso estado de sus rentas, determiné gustosa darle mi mano, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Xercia (este era el nombre de mi esposo) me condujo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aire de antigüedad, de lo que hacia mucha vanidad el dueño. Pretendia que la habian fabricado sus progenitores; y de la vejez de la fábrica deducia que la familia de Xercia era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel mudo instrumento de nobleza, que abierto por todas partes estaba amenazando ruina. Gastóse en repararle mas de la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer buena figura en el pais; y eteme aquí convertida de repente en dama de aldea, y en Señora de hacienda. ¡Grande y portentosa metamorfosis! Habia hecho yo demasadamente bien el papel de comediante, para no saber representar y sostener el que correspon-

dia al nuevo esplendor que me daba mi nuevo estado. Revestiame en todo de cierto aire teatral de nobleza, de magestad y desembarazo, que en toda la aldea se habia formado alto concepto de mi nacimiento. ; O quanto se hubieran divertido á costa mia si hubiesen sabido la verdad del hecho ! ; Con cuantos graciosos y satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y quanto se hubiera rebajado de los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes !

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de Don Manuel, al cabo de los cuales se le llevó Dios. Dejóme bastantes cosas que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz, que á la sazón contaba solos cuatro años de edad. Nuestra hacienda que era cuanto componia nuestros bienes, se hallaba empeñada entre muchos acreedores. El principal era uno llamado Bernardo Astuto, nombre que le couvenia admirablemente. Ejercitaba en Valencia el oficio de Procurador, que desempeñaba como hombre cocido y consumado en todas las trampas de los procesos ; y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para estar mas instruido en hacer legales injusticias. ; Terrible acreedor ! Una hacienda entre las uñas de semejante Procurador es lo mismo que un pollo en las garras de un milano. Por tanto el Señor Astuto, apenas cerró

los ojos mi marido, puso el sitio á mi pobre casa. Infaliblemente la hubiera hecho volar en el aire por las minas de la superchería judicial, si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de enemigo se hiciese de repente esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con ocasion de nuestro pleito. Confieso que hice de mi parte todo cuanto pude para inspirarle amor. El deseo de salvar mi posesion me obligó á probar con él todas aquellas halagüeñas evoluciones de mi rostro y de mis ojos, que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con todo mi magisterio en el arte temí mucho que pudiese enganchar al Procurador. Estaba tan totalmente embebido en su oficio, que parecia incapaz de hacer lugar á ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel gato montés, aquel erizo, aquel rascapapel me miraba con mayor complacencia de la que yo me imaginaba. Señora, me dijo un dia, yo no entiendo de enamorar. Dedicado siempre á lo que correspondia á mi profesion, nunca cuidé de aprender las reglas, el uso, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de esto no ignoro lo que se llama lo esencial; y para ahorrar de palabras, solo diré que si vmd. quiere casarse conmigo, quemaré al instante el proceso, alejaré á los demas acreedores, dispondré que se la confirme á vmd. en la posesion de su hacienda, declarandola por dueña del usu-

fruto, y á su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me permitiéron dudar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion. El Procurador cumplió su palabra, revolvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi casa. Quizá fué esta la primera vez que supo servir bien al huérfano y á la viuda.

Amanecí pues un dia procuradora, sin dejar por eso de ser Señora de aldea, aunque este matrimonio me arruinó en el concepto de la nobleza Valenciana. Abandonáronme las Señoras de la primera distincion, como á una muger que se habia envilecido, y no quisiéron visitarme mas. Víme precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con las Señoras de medio pelo. No dejó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratar únicamente con personas de carácter. Verdad es que tardé poco en consolarme, porque entablé conocimiento con la muger de un Escribano y con dos Procuradoras, todas tres, cada una por su lado, de un carácter singular. Entraba en él cierto ridículo que me divertia infinitamente. Cada cual se imaginaba muy superior á la otra. Estas mercedes entre dos luces, me decia yo á mí misma, se consideran muy arriba del comun. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; mas veo que esta es la flaqueza univer-

sal. En este particular palpo ahora que tan locas son las hidalgas de aldea como las damas de teatro. Cada cual se tiene en mas que su vecina. Para abatir y al mismo tiempo castigar su orgullo, quisiera yo que se las obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, tales cuales eran cuando vivian. Apuesto cualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas públicos, ni en las salas mas visibles.

A los cuatro años de matrimonio murió el Señor Astuto, sin haberme quedado hijos de él. Añadiendose lo que él me dejó á lo que yo poseía, me hallé una viuda rica, y por tal me tenían. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un personage Siciliano, cuyo apellido era Colifichini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido, dejando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo á España, segun decia, solamente por la curiosidad de viajar; y estaba en Valencia esperando ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque algo chico de cuerpo, de bella disposicion, y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme en particular, y te confieso la verdad, desde la primera conversacion quedé locamente enamorada de él. No lo quedó él menos de mí; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si estando tan reciente la muerte del Procurador me hu-

quiera permitido contraer tan presto nuevo matrimonio; porque desde que comencé á tomar gusto al himeneo, procuré respetar algo los estilos y ceremonias del mundo.

Convenimos pues en dilatar un poco nuestro casamiento por el bien parecer. Miétras tanto Colifichini proseguia en su obsequio, y lejos de entibiarse en su amor, se mostraba mas fino y mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba muy bien en punto de dinero; conocílo, y procuré que nunca le faltase. Ademas de que mi edad era doble de la suya, me acordaba de lo mucho que yo habia hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y me parecia lo que ahora les contribuia yo una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible, á que se corriese el tiempo que prescribe el ceremonial del mundo para pasar á otras nupcias. Apénas llegó, cuando nos presentámos en la Iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi hacienda, donde puedo decir que vivimos dos años menos como esposos que como dos ternísimos amantes. ¡Pero ay! que era muy fino nuestro amor, y muy grande nuestra dicha para que fuese muy duradera. Al cabo de este breve tiempo un accidente de apoplegía me privó de mi adorado Colifichini.

Aquí no pude menos de interrumpir á mi ma-

dre , diciendola con alguna conmocion : ; Pues que ! Señora , ¿ tambien murió vuestro tercer marido ? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. ¿ Y como lo he de remediar yo ? me respondió ella. ¿ Por ventura puedo alargar ni un solo momento los dias que Dios tiene contados ? A los dos maridos los lloré mucho. El que menos lágrimas me costó , fué el Procurador. Como este me buscó puramente por interes , tardé poco en consolarme de su pérdida. Pero volviendo á mi Colifichini , te diré que algunos meses despues de muerto , deseando yo ver una casa de campo cerca de Palermo , que me habia dejado para mi viudedad , y tomar posesion de ella personalmente , me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz ; pero en el viage fuímos apresados por los corsarios del Bey de Argel. Condujéronnos á esta ciudad , y por gran fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto , hubiéramos caido en manos de un amo bárbaro que nos hubiera maltratado , y bajo cuya dura esclavitud quizá habríamos gemido toda la vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

*

CAPÍTULO VI.

Prosigue la historia del hijo y de la madre.

TAL fué, Señores, prosiguió Don Rafael, la relacion que mi madre me hizo. Coloquéla despues en el mejor cuarto de mi casa, donde viesese con toda libertad, y como mejor la pareciese : cosa que fué muy de su gusto. Habiasse arraigado en ella un hábito de amar tan inveterado en virtud de tan repetidos actos, que absolutamente no podia estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en aquel de mis esclavos ; pero finalmente fijó toda su atencion en Ali Pegelin, un renegado Griego que frecuentaba mi casa. Inspiróla este un amor aun mucho mas vehemente que el que habia concebido por su adorado Colifichini, y era tan diestra en enganchar á los hombres, que halló el secreto de encantar al tal Griego. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me di por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habiamme dado licencia el Bey para armar en corso y ejercitar la piratería. Ocupabame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias ántes que se acabase, dije á Lucinda : Madre, presto saldré -

mos de Argel, y dejaremos para siempre un lugar que tanto detestais y aborreceis.

Mudóselo el color al oír estas palabras, y se quedó suspensa, guardando un profundo silencio. Sorprendióme estrañamente, y la dije admirado: ¡Que es eso, Señora! ¡que novedad veo en vuestro semblante! parece que os afligís en vez de alegraros. Parecíame á mi que os daba la noticia mas gustosa participandoos que estaba disponiendo nuestro viage para España, y conozco que ya no deseais restituiros á vuestra amada patria. Asi es, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve en ella tantos disgustos y pesadumbres, que la he renunciado para siempre. ¡Que es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor. ¡Ah Señora! no digais que los disgustos recibidos en vuestro pais son los que os le hacen aborrecer: decid que los nuevos amores entablados en este os han hecho odioso aquel. ¡Santos Cielos, y que mudanza! Cuando llegásteis á esta ciudad, todo cuanto se os ponía delante os causaba horror. Ali Pegelin es el que os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda. Verdaderamente que amo mucho á este renegado, y quiero que sea mi cuarto marido. ¡Que proyecto es el vuestro! interrumpí todo horrorizado. ¡Vos, casaros con un Mahometano! Sin duda habeis olvidado de que sois Cristiana, ó solamente lo habeis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah madre mia!

¡y que de cosas no estoy viendo ya! Habéis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo hice únicamente por flaqueza y por necesidad.

Otras muchas cosas la dije para desviarla de aquel diabólico intento, pero prediqué en desierto y á un peñasco. Habia tomado ya su partido. No contenta con dejarse arrastrar de su mala inclinacion, dejandome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me opuse fuertemente. ¡Ah infelicitísima Lucinda! la dije, si nada es capaz de conteneros, abandonaos sola al furor que os posee, y no queráis arrastrar á una inocente al precipicio á donde os precipitais. No insistió mas en pedir á su hija, quizá por alguna centella de luz que por entónces rayó en ella. Asi lo creia yo, pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dijo dos dias despues: Señor, mire vmd. por sí. Un cautivo de Pegelin vino á confiarme un secreto que no le debo ocultar á vmd., para que no pierda tiempo en aprovecharse de él. Su Señora madre ha mudado de Religion, y en venganza de que su merced no la ha querido dar á su hija, está determinada á dar parte al Bey de vuestra próxima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda haria todo lo que el esclavo me avisaba. Habiala yo estudiado mucho, y estaba persuadido á que á fuerza de representar papeles trágicos en el

teatro, se habia familiarizado tanto con el delito y con la crueldad, que me veria quemar vivo, y no se conmoviera mas que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré cuanto pude las prevenciones del embarco, y por no hacerme sospechoso tomé, según costumbre de los corsarios Argelinos, algunos Turcos conmigo, y salí del puerto con todos mis esclavos y mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes á que no me olvidaria de llevar todo el dinero, plata y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos diez mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar, lo primero que hicimos fué asegurarnos de los Turcos. Cargámoslos á todos de prisiones, lo que nos era muy fácil por ser mucho mayor el número de los esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo ganámos las costas de Italia. Arribámos á Liorna con la mayor felicidad; y toda la ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurriéron á él, estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando; y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. ¿Pero que júbilo, que demostracio-

nes, que estrechos abrazos de alegría se diéron padre y hijo cuando se reconocieron y llegaron á encontrarse? Luego que Azarini le informó de quien era yo, y del motivo que me habia llevado á Liorna, me obligó el buen viejo á que no pensase en otro alojamiento que en el de su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me ví precisado á practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia. Solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fé que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi navío, y di libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los Turcos, se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos Cristianos. Los dos Azarinis padre é hijo usáron conmigo de todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dejaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un Gentilhombre, y heredera de la hacienda de Xercia, cuya administracion habia dejado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna, cuando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo, partí para Florencia, deseoso de ver aquella Corte. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos, á quienes me recomen-

daba como un caballero Español pariente suyo. Yo añadí el *Don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos míos que sin tenerle y por hacerse honor se le dan á sí mismos en los países estrangeros. Hacíame pues llamar con descaro *el Señor Don Rafael*; y como habia traído de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta postiza nobleza, me dejé ver en la Corte con decoro. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini, publicaban en todas partes que yo era hombre de distincion; y como no lo desmentian las modales caballerescas que habia estudiado bien, generalmente era tenido por persona de importancia.

CAPÍTULO VII.

Como soy Cristiano, que ahora se sigue lo mejor de la historia de Don Rafael.

SUPE entremeterme muy presto con los primeros Señores de la Corte, los cuales me presentaron al Gran Duque, y tuve la fortuna de caerle en gracia. Dedicuéme á hacerle la corte y á estudiar sus inclinaciones. Oía para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho las prontitudes, los cuentos graciosos traídos con oportunidad, y los dichos agudos. Gobernéme por estas reglas, y

todas las mañanas escribia en mis tabletas los cuentos que habian de lucirlo en aquel dia , y el modo de introducir ó de traer la conversacion adonde siempre viniesen á pelo. Sabia de memoria una gran cantidad de ellos , y tantos que parecia tener un saco lleno. No obstante que procuraba gastarlos con economía , veia que poco á poco se iba apurando el caudal , de suerte que me veria precisado á echar mano de la triste figura llamada *repeticion* , si mi genio fecundo en invenciones no me socorriera con abundancia : de manera que yo mismo componia cuentos galantes y cómicos , que divertian mucho al Gran Duque. Y , lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion , todas las mañanas apuntaba en mi libro de memoria las agudezas y chistes que habia de decir aquel dia , vendiendolos como ocurridos de repente.

Metíme tambien á poeta , y consagré mi musa á las alabanzas del Príncipe. Confieso que mis versos no valian un comino : por eso no fuéron criticados ; pero aun siendo mejores , dudo mucho que el Gran Duque los hubiera celebrado mas : el hecho es que le agradaban infinitamente. Quizá seria por razon de los asuntos que yo escogia. Sea por lo que fuere , aquel Príncipe estaba tan pagado de mí , que llegué á dar zelos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quien era yo , pero no lo consiguieron. Solamente llegaron á descubrir que habia sido renegado. No dejaron

de ponerlo en noticia del Príncipe, con esperanza de desbancar-me; mas se quedáron burlados. Al contrario, este chisme solo sirvió para que el Gran Duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Hicésela con la mayor verdad, y le divirtió infinito.

Luego que la acabé, me dijo: Don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de esto una prueba tal que no te deje género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos; y para ponerte desde luego en posesion de confidente mio, te digo que amo apasionadamente á la muger de uno de mis Ministros. Es la Señora mas linda de la Corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su familia, y del todo entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora el ruido que hace en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de esta conquista. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha visto suspirar por ella. Ha conocido muy bien lo que pasaba en mi corazon; mas no por eso me lisonjeo de haberla inspirado amor. Ningun motivo me ha dado para consentir ni aun para formar tan gustoso pensamiento. Sin embargo, no desconfio de que llegue á serla grata mi constancia, ni creo la desagrada la misteriosa y reservada conducta con que me he arreglado hasta

aquí. La pasión que abrigo en mi pecho por esta dama, solo ella la conoce. En vez de abandonarme á mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de Soberano, mi mayor cuidado ha sido deslumbrar á todo el mundo, ocultandole mi amor. Pareciame que era deudor de esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y zelo con que me sirve, los importantes servicios que me ha hecho, su fidelidad y su hombría de bien me obligan á proceder con la mas secreta circunspeccion en materia tan delicada. No quiero clavar un puñal en el pecho de un marido infeliz, declarandome amante de su muger. Quisiera que ignorase siempre, si fuese posible, el fuego que me abrasa y devora, porque estoy creido de que moriria de dolor, si llegara á saber lo que ahora te confio. Deseo pues ocultarle todos los pasos que doy, y he resuelto valerme de tí para que espongas á Lucrecia lo mucho que me cuesta y hace padecer la violencia á que me he condenado yo mismo. Por tu mano la haré saber mis amorosos sentimientos. No dudo que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Introdúctete con Mascarini; procura grangear su amistad y confianza; frecuenta su casa, y haz lo posible para conseguir la libertad de hablar siempre que quieras á su muger. Esto es lo que pretendo y espero de tí, bien asegurado de que desempeñarás el asunto con la

destreza y discrecion que pide un empleo tan espinoso y de tales consecuencias.

Prometí al Gran Duque hacer todo lo posible para corresponder á su inestimable confianza, y para contribuir á la satisfaccion de sus deseos. Cumplí presto mi palabra. Nada omití para adquirir la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bienquisto del Príncipe, me ahorró mas de la mitad del camino. Franqueóme su casa, dióseme entrada libre en el cuarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi respetoso y circunspecto proceder no tuvo la mas mínima sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco zeloso, aunque Italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrandose en su gabinete me dejaba muchos ratos solo y á cuatro ojos con Lucrecia. Al principio cumplí con mi comision fielmente y á la buena. Hablé á la dama sobre el amor del Gran Duque, declarandola que yo venia á su casa precisamente para hablar con ella sobre este asunto. Parecióme que no estaba muy apasionada de él, pero al mismo tiempo conocí que la vanidad la hacia oír con gusto sus suspiros. Complaciase en oírlos sin querer corresponderlos. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba iusensiblemente cediendo á la magnífica y

lisonjera idea de tener dulcemente aprisionado á un Soberano. En conclusion, el Príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino, veria rendida á su amor esta Lucrecia. Sin embargo, un incidente nunca previsto ni pensado desvaneció sus esperanzas, como ahora lo oirán vmds.

Soy naturalmente arriesgado con las mugeres, costumbre buena ó mala que me pegaron los Turcos. Lucrecia era hermosa. Olvidéme de que con ella solamente debia hacer el papel de embajador. Hábléla por mí en lugar de hablarla por el Gran Duque. Ofrecíla mis obsequios sin la menor ceremonia. En vez de ofenderse de mi atrevimiento y de responderme con enfado, me dijo sonriendose : Confesad, Don Rafael, que el Gran Duque ha tenido grande acierto en elegiros por su agente, pues tan zeloso y fiel sois en servirle. En verdad que le servis con una lealtad que no hay voces para encarecerla. Señora, la respondi en el mismo tono, las cosas no se han de examinar tan escrupulosamente. Dejemos á un lado las reflexiones, que conozco no me son muy favorables; yo solamente me he abandonado á lo que me dicta el corazon. Sobretudo no creo ser yo el primer confidente de un Príncipe, que en punto de galanteo haya hecho traicion á su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes Señores, que sus mercurios sean sus rivales. Eso bien puede ser, replicó Lucrecia, pero yo soy al-

tiva, y ningun otro que un Príncipe será capaz de merecer mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir, pero con la precisa condicion de que jamas volvais á hablarme de semejante asunto: no haciendolo asi, podrá suceder que os arrepintais muy de veras.

Bien que este fué un caritativo *aviso al lector*, de que deberia yo haberme aprovechado, proseguí sin embargo en hablar de mi pasion con mi amada Lucrecia, y ademas la importunaba con mayor ardor sobre que correspondiese á mi cariño; y llegó mi temeridad á pretender tomarme algunas libertades. Ofendida la dama de mis discursos y de mis atrevimientos me echó muy enhoramala, amenazandome de que en breve sabria el Gran Duque mi insolencia, y le suplicaria me castigase como merecia mi arrojó. Dime yo tambien por ofendido de sus amenazas. Convirtiósese en odio mi amor, y resolví tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Busqué á su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriria, le informé de la secreta inteligencia que reinaba entre su muger y el Príncipe; pintandola á ella muy enamorada del Gran Duque para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el Ministro para precaver todo accidente, fué en-

cerrar estrechamente en un cuarto á su esposa , encargando su custodia á personas de toda confianza. Miétras ella estaba cercada de vigilantes árgos que dia y noche la observaban , y no dejaban camino alguno por donde pudiesen llegar al Gran Duque sus noticias , yo me presenté á este Príncipe con semblante triste , y le dije que no debia pensar mas en Lucrecia , porque Mascarini habia sin duda descubierto todo nuestro enredo , puesto que habia comenzado á zelar y guardar á su muger ; que yo no sabia por donde pudiese haber entrado en sospechas de mí , atendido que siempre habia usado el mayor disimulo y destreza ; que quizá la misma Lucrecia habria informado á su esposo de mis pasos , y de concierto con él se habria dejado encerrar para librarse de solicitudes que sobresaltaban y ofendian su virtud. Mostróse el Príncipe muy afligido al oir este informe , y á mí entónces me compadeció mucho su dolor , y mas de una vez me arrepentí de lo que habia dicho ; pero ya no tenia remedio. Por otra parte confieso que sentia no sé que secreta maldita alegría , cuando consideraba la situacion á que habia reducido á una muger que solo por soberbia habia hecho tanto desprecio de mis suspiros.

Gozaba sin embargo impunemente el placer de la venganza , tan dulce á todos los corazones malvados , cuando un dia estando el Gran Duque

con cinco ó seis Señores , nos preguntó á todos : ¿Que castigo os parece mereciera un hombre que abusando de la confianza de su Príncipe intentase soplarle su dama y apropiarse su amor? Merecia , respondió un cortesano , ser descuartizado vivo : otro opinó que debia ser molido á palos hasta que perdiese poco á poco la vida. El menos cruel de aquellos Italianos , y el que se mostró mas favorable al delincuente , dijo que él se contentaria con que fuese precipitado de lo mas alto de una eminente torre. ¿Y Don Rafael , replicó el Gran Duque volviendose hácia mí , de que parecer es? Yo á lo menos , añadió , estoy persuadido á que los Españoles no son menos severos que los Italianos en semejantes coyunturas.

Conocí bien , como se puede pensar , que Mascari ni no habia guardado su juramento , ó que su muger habia encontrado modo de iustruir al Gran Duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al Gran Duque : Señor , los Españoles son mas geuerosos. En igual lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente , y por este noble rasgo de bondad producirian en el corazon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien , me dijo el Duque , yo me

siento con bastante ánimo para ese acto de magnanimidad. Perdono al traidor, conociendo que solo debo culparme á mi mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian dicho de él. Don Rafael, esta es la venganza que tomo de vos : salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros delante de mí. Retíreme en el mismo punto, menos pesaroso de mi desgracia, que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Cuando llegó Don Rafael á este punto de su historia, no me pude contener sin interrumpirle diciendole: Para un hombre tan advertido como sois, me parece fué grande error no haber salido de Florencia asi que descubristeis á Mascarini el amor del Príncipe á Lucrecia. Debíais tener por cierto que tardaria poco el Gran Duque en saber vuestra traicion. Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo cuanto ántes, á pesar del juramento que me hizo el Ministro de no esponerme al resentimiento del Príncipe.

CAPÍTULO VIII.

Da fin á su historia Don Rafael.

EL dia siguiente al de mi despedida del Gran Duque, me embarqué en un navío Catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero Español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme cuanto ántes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento; y satisface mis ansiosos deseos lo mas presto que me fué posible. Luego que llegué á la Corte, me apeé por casualidad en uno de los mesones que llaman de *Caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavía era un bocado sabroso; testigo el Señor Gil Blas, que poco mas ó menos por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas discreta que hermosa. Ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes; mas no era de aquellas chulas que negocian con lo que las produce el reconocimiento de sus amantes. ¿Acababa de despojar á un mercader rico ó algun mayordomo de un gran Señor? inmediatamente

repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apénas nos vimos los dos cuando recíprocamente nos amámos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer tambien comunidad de bienes. A la verdad no eran muy considerables los nuestros, y asi los comimos todos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos en divertirnos uno con otro, sin aprovechar las disposiciones que teníamos los dos para vivir á costa agena. La miseria en fin despertó aquellos ingenios que el placer tenia dormidos, y aun casi letárgicamente amodorrados. Querido Rafael, me dijo un dia Camila, demos algunas treguas, y hagamos diversion á nuestro infructífero amor. Nuestra fidelidad es nuestra ruina. Tú puedes embobar á una viuda rica, y yo puedo enganchar á algun viejo poderoso. Si proseguimos en ser fieles uno al otro, comenzaremos á ser miserables. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me has ganado por la mano. Ciertamente iba á hacerte la misma proposicion. Vengo en ello, reina mia. Sí por cierto, para la conservacion de nuestro amor es menester intentar hacer otras conquistas. Nuestras infidelidades serán otros tantos triunfos para entrámbos.

Ajustado este tratado, salimos á campaña. Al principio, por mas diligencias que hicimos, no

podíamos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban majos y pisa-verdes, es decir, personas que no tienen un ochavo; y á mí solo se me ofrecían aquellas mugeres que imponen contribuciones en vez de pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades, apelámos á enredos y á bellaquerías. Hicimos tantos y tantas, que el Corregidor llegó á saberlas, y este Juez endiabladamente severo dió orden de que nos prendiesen. El alguacil, que era tan buen hombre como taimado el Corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante una propineja que se le dió. Tomámos el camino de Valladolid, y arranchámonos en aquella ciudad. Arrendé una casa donde me alojé con Camila, que pasaba por hermana mia, para evitar las resultas del escándalo. Al principio nos contuvimos ocultando nuestra habilidad y talentos, y teniendo á rienda nuestra industria hasta tantear y conocer bien el terreno.

Un dia se llegó á mí un hombre en la calle, y saludandome muy cortesmente, me dijo: ¿Señor Don Rafael, no me conoce vmd.? Respon dile que no. Pues yo, me replicó, conozco á vmd. perfectamente. Vile en la Corte de Toscana, donde servia yo en las Guardias del Gran Duque. Pocos meses ha dejé el servicio de aquel Principe, y me vine á España con un Italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres

semanas ha. Vivimos en compañía de un Castellano viejo y un Gallego, dos mozos muy honrados. Nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos como unos Príncipes, comiendo, bebiendo y divirtiendonos á nuestra satisfaccion. Si vmd. quiere agregarse á nosotros, será muy bien recibido de mis compañeros, porque segun noticias siempre le he tenido á vmd. por un hombre muy de bien, nada escrupuloso, y en fin caballero profeso en nuestra orden.

La franqueza con que me habló aquel bribon me estimuló á responderle con la misma. Ya que te has abierto conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion; y si la modestia me permitiera referirte mis hazañas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto. Pero dejando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte, aceptando la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré á diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dije á aquel ambidestro que consentia en aumentar con mi persona el número de sus camaradas, cuando luego me condujo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me dí á conocer á todos. Allí fué donde ví la primera vez al ilustre Ambrosio Lamela. Examinároume aquellos Señores sobre el arte

fino y sutil de hacer propio lo ageno contra la voluntad de su dueño. Quisieron saber sobre que principios me gobernaba para ejercitarle con destreza y sin peligro : descubríles tales y tantos ignorados por ellos , que se quedaron admirados ; pero mucho mas se pasmáron , cuando me oyéron hablar con desprecio sobre la sutileza de las manos , tratandola de mecanismo vil y bajo , asegurandolos que en lo que yo me aventajaba , era en los golpes magistrales de robar que pedian testa , ingenio , sagacidad y conducta. Para persuadirles esta verdad , y que comprendiesen mejor lo que les queria decir , les conté la aventura de Gerónimo Mojadas ; y bastó la sencilla relacion de aquel suceso , para que me reconociesen por un genio superior , y todos unánimemente me nombrasen por gefe suyo. Tardé poco en justificar el acierto de su eleccion en una multitud de agudas bribonérias que hicimos , de todas las cuales era yo el director y como la llave maestra. Cuando se necesitaba alguna actriz para forjar mejor algun enredo , echábamos mano de Camila , que era eminente en representar todos los papeles que se la encargaban.

Vinole por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á Galicia. Partió pues á su patria , asegurandomos de su retorno. Despues que satisfizo su antojo , volvió por Burgos , sin duda para dar algun golpe de maestro ;

y un mesonero conocido suyo le acomodó con el Señor Gil Blas de Santillana, de cuyos negocios le informó muy bien. Vmd., Señor Gil Blas, prosiguió dirigiendome á mi la palabra, se acordará sin duda de la graciosa manera con que le deshalijámos en la posada de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospecharia vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que os sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid, vino á buscarnos, enterónos de todo, y la gavilla se encargó de lo demas. Pero no sabrá vmd. las consecuencias de aquella aventura, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargámos con su balija, montámos en vuestras mulas, y tomámos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los cuales se admirarian tanto como vos, cuando viéron que no parecíamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudámos de parecer, y en lugar de seguir el camino de Madrid torcimos hácia Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fué vestirnos decentemente. Vendimonos por dos hermanos naturales del Reino de Galicia, que viajaban por curiosidad. En poco tiempo entablámos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á las modales cortesanas y caballerescas, que fácilmente deslumbraba á cuantos me veian

y trataban. A esto se añadía que como en un país desconocido la calidad de los forasteros ordinariamente se mide por el gasto que hacen y por el esplendor con que se portan, echábamos polvos á los ojos de todos con los galantes y magníficos festines que dábamos á las damas. Entre las que trataba, encontré con una que verdaderamente me enamoró. Quise saber quien era, y hallé que se llamaba Doña Violaute, muger de un caballero que, cansado de sus caricias, obsequiaba á una cortesana que se habia hecho dueña de su corazón. No necesité saber mas para determinarme á poner á Doña Violaute en posesion de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la conquista que habia hecho. Comencé á obsequiarla siguiendola á todas partes, y haciendo mil locuras para persuadirla que no se aspiraba á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó la niña un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que no la desagradaba mi sana intencion. Recibi en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo la habia escrito por medio de una de aquellas viejas, que en España y en Italia son tan á propósito para el desempeño de esta especie de comisiones. Decíame en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su dama, y que hasta muy tarde no se restituia á la suya. Desde luego comprendí lo que me queria decir

con esto. Aquella misma noche fuí á hablar con Doña Violante por la reja, y tuve con ella una larga y muy fina conversacion. Quedámos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos habíamos de hablar en el propio sitio, sin perjuicio de los demas pasos amorosos que se podian practicar entre dia.

Hasta entónces Don Baltasar, que asi se llamaba el marido de mi princesa, podia darse por bien servido; pero yo queria amar físicamente, y una noche fuí al sitio consabido con ánimo de decir á la dama que ya no podia vivir si no lograba hablarla á solas en un lugar mas conveniente al esceso de mi amor, fineza que nunca habia podido conseguir. Pero apénas llegué á ponerme cerca de la reja, cuando ví venir por la calle á un hombre, el cual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de Doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano; y viendo parado á un hombre bajo las rejas de ella, comenzó él mismo á pasearse por la calle. Estuve dudoso por algun tiempo de lo que debia hacer; pero al fin me determiné abordar á Don Baltasar, sin que yo le conociese ni él me conociese á mí: Caballero, le dije, suplico á vmd. que por esta noche me deje libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á vmd. Señor, me respondió, la misma súplica iba yo á hacer á vmd. Yo cortejo á una Señorita que vive veinte pasos de aquí, á quien un hermano

suyo hace guardar vigilantísimamente, por lo que quisiera ver del todo desocupada la calle. Espere vmd. , repliqué, que ahora me ocurre un modo de que ámbos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrandole la propia suya. Vmd. puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos, si alguno de nosotros fuere acometido. Convento en ello, repuso él: voy á ocupar mi sitio, vmd. quedese en el suyo, y socorramonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fué para observarme mejor, como lo permitia la poca oscuridad de la noche.

Acerquéme entónces sin rezelo al balcon de Violante. No tardó ella en venir, y comenzámos á cuchichear. No me olvidé de hacerla mil instancias para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistió un poco á mis ruegos para hacer mas estimable la gracia; pero despues echandome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo: Ahí va, me dijo, lo que deseas, y verás bien despachadas tus súplicas. Al decir esto se retiró, por cuanto se iba ya acercando la hora en que acostumbraba recogerse á casa su marido. Pero este que habia conocido muy bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con fingido alborozo me preguntó: ¿Y bien, ca-

*

ballero, está vmd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á vmd. ¿ como lo fué en la suya? ¿ Mostrósele el amor risueño y favorable? O, no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi bella volvió de su casa de campo un dia ántes de lo que habíamos pensado; y este contratiempo ha agnado nuestro contento, y frustrado mis no mal fundadas esperanzas.

Hicimonos Don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y para estrechar mas el lazo, nos citámos para la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separámos, se fué Don Baltasar derecho á su casa, donde no dió á su muger la mas mínima señal de las buenas noticias que tenia de ella, y el dia siguiente acudió á la plaza segun lo acordado. Un momento despues llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hizome el artificioso Don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle, contandole yo el modo con que me habia introducido al conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido. No contento con esto le mostré el papel que habia re-

cibido, y aun le leí tambien su contesto, que era el siguiente: *Mañana iré á ver á Doña Ines; ya sabeis donde vive. En casa de esta fiel amiga mia nos hablaremos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo merecis.*

Ese es un papel, dijo Don Baltasar, que lo promete á vmd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Anticipole á vmd. la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dejó de parecer un poco turbado miéntras hablaba de esta manera; pero fácilmente me deslumbró, ocultando á mis ojos su turbacion y embarazo. Estaba tan embebido en mis alegres esperanzas, que ni siquiera me acordaba de observar á mi confidente, aunque este se vió precisado á dejarme, sin duda por temor de que no conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura. Ignoro lo que pasó entre los dos: solo sé que Don Baltasar vino á casa de Doña Ines á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa ántes que entrase en la sala. Luego que desaparecí, se aquietáron las dos mugeres que se habian turbado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian escondido ó hecho escapadizo. Lo que dijo á Doña Ines y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entre tanto, no acabando todavía de conocer que Don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fui derecho á la plaza donde habia dicho á Lamela que me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte menos escasa que la mia. Miétras le esperaba, ví que se venia hácia mí mi alevoso confidente con una cara muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó á mi, me preguntó como me habia ido con mi ninfa en casa de Doña Ines. No sé que demonio, le respondí, enemigo de mis gustos, me viene á echar un jarro de agua en todos ellos. Miétras estaba á solas con ella instando y suplicando, llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabas. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente. Salí por una puerta escusada, dando mil veces al diablo al grandísimo impertinente que viene siempre á descomponer mis medidas. A la verdad lo siento, repuso Don Baltasar, alegrísimo en lo interior de verme tan desazonado. Este es un marido importuuo, que no merece se le dé cuartel. ; O ! en cuanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche pasará por las baquetas su honor. Su muger, al separarnos, me dijo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas; que prosiguiese

en visitar sus ventanas á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dejase de ir escoltado con dos ó tres camaradas, para que en cualquier lance me hallase bien prevenido. ; O que prudente es esa dama ! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ; O querido amigo, repliqué yo fuera de mí de puro gozo, y echándole los brazos al cuello, y de cuantas finezas no os soy deudor ! Aun haré mas por vos, repuso él : yo conozco á un mozo que es un Alejandro; este será tambien de la partida, y con tal escolta podréis divertirlos á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi reconocimiento á los favores de aquel nuevo amigo, tan encantado me tenia su zelo. Acepté en fin el socorro que me ofrecia, y dandonos el santo para cerca del balcon de Violante á la entrada de la noche, nos separámos. Don Baltasar fué á buscar á su cuñado, que era el Alejandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el cual, aunque no menos admirado que yo del ardor con que Don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caido, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sinceridad de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Cuando me pareció que

era hora de presentarme á las ventanas de Violante, Ambrosio y yo nos acercámos á ellas bien prevenidos de buenas armas. Hallámos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban de pié firme. Llegóse á mí Don Baltasar, y me dijo : Este es el caballero de cuyo valor hablámos esta mañana. Entre vmd. en casa de su dama, y disfrute su dicha sin cuidado ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos, llamé á la puerta de mi nieta. Vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Miétras la estaba saludando, los dos traidores que me habian seguido hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se quedó en la calle. Descubriéronse, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Era menester discurrir poco y obrar mucho. Cargáronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí con tal denuedo, que en pocos instantes les hice descubrir mucha tierra. Diles tanto que hacer, que se arrepintiéron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido, y el cuñado viendole fuera de combate, tomó la puerta que Violante y la dueña habian dejado abierta al escaparse,

miétras nosotros reñíamos. Fuéle siguiendo hasta la calle, donde encontré á Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que vió iban huyendo, estaba pasmado sin saber á que atribuir aquella fuga, ni el rumor que habia oido. Restituímonos á la posada, y recogiendo de priesa lo mejor que teníamos, montámos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad ántes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el negocio era de peligrosas consecuencias, y que se harian en Toledo tales pesquisas, que seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarubia, apeandonos en un meson en donde poco despues entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenámos todos juntos, y él nos contó el trágico suceso que la noche precedente habia acaecido al marido de Violante, mostrandose tan lejos de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos decia, el suceso le supe esta mañana cuando iba á montar á caballo, con que solo entendí que no se sabia á donde habia ido á parar Doña Violante, y que se hacian grandes diligencias para encontrarla; y siendo el Corregidor pariente de Don Baltasar, estaba resuelto á no perdonar á medio ni gasto alguno para descubrir los autores del homicidio.

Nada me espantáron las pesquisas del Corregidor de Toledo. Sin embargo, tomé desde

luego la determinacion de salir cuanto ántes de Castilla la Nueva, considerando que si encontraban á Violante, confesaría esta cuanto había pasado, y daría tales señas de mi persona, que la Justicia despacharía luego varias gentes en seguimiento mio. En virtud de estas razones determinámos desviarnos de todo camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela había corrido las tres partes de España, y tenía bien conocidas todas las sendas estraviadas por donde podíamos entrar con seguridad en Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca, nos metimos en las montañas que estan ántes de llegar á la ciudad, y por senderos desconocidos al comun, pero muy practicados por mi conductor, llegámos á una gruta que tenía toda la apariencia de ermita. Con efecto era la misma donde ayer noche llegaron ustedes á pedirme les recogiese.

Miéntas yo me estaba recreando con la vista de aquellos contornos que me representaban un pais deliciosísimo, me dijo mi compañero : Seis años ha que pasando yo por aquí, me hospedó caritativamente en esta ermita un viejo y venerable ermitaño. Repartió conmigo los escasos víveres que, tenía. Era un santo varon, y me dijo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para desprenderme del mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es asi. Diciendo esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y

entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciendome : Apeaos, Don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy raro. Eché pié á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un árbol, seguí á Lamela hasta la gruta donde entré, y vi tendido en un pobre jergon á un viejo anacoreta pálido, consumido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y larga, que le llegaba hasta la cintura, cubriendole todo el pecho: tenia las manos puestas en cruz, y en ellas un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercámos á él, entreabrió los ojos que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y mirandonos con languidez un momento : *Hermanos míos, nos dijo con voz desmayada y confusa, seais quienes fuéreis, aprovechaos del espectáculo que se presenta á vuestros ojos. Cuarenta años viví en el mundo, y sesenta en el desierto. ; Ah, y que largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleites, y que corto el que consagré á la penitencia ! ; O Gran Dios ! temo mucho que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para satisfacer los pecados del licenciado Don Juan de Solis.*

Apénas dijo estas palabras, cuando espiró. Quedámos los dos atónitos á vista de su muerte. Semejantes objetos siempre hacen impresiou hasta en los mas desalmados. Duró poco nuestra

conmocion, porque olvidámos presto lo que acabámos de oir, y comenzámos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita. No tardámos mucho tiempo en hacerle, puesto que todos los muebles consistian en lo que habeis visto en ella. No solo la tenia el hermano Juan poco alhajada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallámos se reducian á algunas pocas nueces medio podridas, y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que difícilmente podrian deshacer las despobladas encías del santo varon. Una cosa nos dió mas golpe, y no dejámos de estrañarla mucho. Hallámos un papel cerrado como una carta, que el difunto habia dejado sobre la mesa, en el cual encargaba á quien le leyese, que llevase su rosario y sus sandalias al Obispo de Cuenca. No acabámos de entender con que intencion habia podido aquella buena alma desear que se hiciese á su Obispo semejante regalo. Oñanos un poco á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. ¿Pero quien sabe si solo fué un si es no es de tontería? El hecho es que no nos atrevemos á decidir este punto.

Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquel un estraño pensamiento. Quedemonos, me dijo, en esta ermita: disfracemonos de ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo, con el nombre del hermano

Antonio, iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estaremos á cubierto de las pesquisas del Corregidor de Toledo, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de fantasía, y por hacer algun papel en una que se me figuraba como pieza de teatro. Abrimos pues una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterrámos en ella al hermano Juan, despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortámos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, hechos los funerales, tomámos posesion de la ermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viendonos precisados á mantenernos solamente con la triste provision que nos habia dejado el difunto; pero el dia siguiente, ántes de amanecer, salió Lamela á campaña con las dos mulas que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte, que parecia

natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Formó y tejió tambien la barba del hermano Juan : ajustómela á la cara , y metióme en la cabeza un gran gorro de lana oscura , que contribuia mucho á cubrir el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro perfectísimo disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipage , de manera que no podíamos mirarnos sin que nos retozase la riza , viendonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias , alhajas que no hice escrúpulo de apropiarme , en vez de regalarselas al Obispo de Cuenca.

Pasáronse tres dias de nuestro ermitañismo sin haber visto en todos ellos alma viviente ; pero al cuarto entráron en la gruta dos paisanos. Traian al difunto , creyendo que estuviese vivo y sano , pan , queso , y piñones. Luego que los ví , me eché sobre mi tarima , y me fué fácil alucinarlos ; fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la ermita , procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan , cuyas últimas palabras habia oido : de manera que los pobres hombres no tuviéron la menor sospecha de aquella superchería. Solo mostráron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro ermitaño , ademas del hermano Juan. Pero advirtiendolo el socarron de Lamela , les dijo con cierto aire hipocriton : No os ad-

mireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragon, y la dejé por venir á hacer compañía al venerable hermano Juan, para asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los inocentes labradores prorumpiéron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el Cielo su heroica caridad, y dandose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos grandes santos en su pais.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas de tela blanca, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la cuesta en la ciudad de Cuenca, que solo dista una corta legua de la ermita. Como la naturaleza le ha dotado de un exterior devoto y compungido, con una voz semiatiplada y pegajosa, y que ademas de eso posee en supremo grado el arte de hacer valer estas prendas naturales, no es ponderable la facilidad con que movia el corazon de las personas caritativas á darle limosna. En poco tiempo le llenáron las alforjas los efectos de su piadosa liberalidad. Amigo Ambrosio, le dije cuando volvió á la ermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer los corazones cristianos. Vive Dios, que parece has ejercitado por muchos años el oficio de demandante. Algo mas he hecho, me respondió, que proveer decentemente mis alforjas. Sabe que he topado con cierta ninfa llamada Bárbara,

que fué algo mia en otro tiempo. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican al mundo en público, y hacen una vida muy diferente en particular. Al principio no me conoció, tanto que me ví obligado á decirla : ¿ Como así, Señora Bárbara ? ¿ es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos , y vuestro humilde servidor Ambrosio ? Por vida mia , Señor Lamela , respondió Bárbara , que jamas podia soñar el veros vestido con ese traje. ¿ Por que diablos de aventura has venido á parar en ermitaño ? Eso es cosa larga , la respondí , y ahora no puedo detenerme á contartela. Mañana á la noche volveré , y satisfaré tu curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿ Que hermano Juan ? replicó ella : ¿ aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad ? No pienses en eso , respondí. Es verdad que en otro tiempo tuvo muchos años ; pero de pocos dias á esta parte se ha remozado tanto , que no soy yo mas mozo que él. Pues bien , respondió Bárbara , siendo eso así , que venga contigo. Sin duda que en eso se oculta algun misterio.

No dejámos el dia siguiente de ir á casa de aquellas embusteras , luego que la noche nos lo permitió. Nos tenian prevenida una grau cena. Inmediatamente que entrámos en su casa , nos quitámos las barbas postizas , arrimámos el hábito eremítico , y nos presentámos tales cuales

éramos. Ellas por su parte, por no parecer menos francas que nosotros, se descubrieron tambien ni mas ni menos como eran, haciendonos ver de cuanto son capaces las falsas devotas, cuando arriman á un lado las gazonerías de la aparente devocion. Pasámos casi toda la noche en la mesa, y no nos retirámos á nuestra gruta hasta poco ántes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastámos con estas ninfas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo, dando parte á la Justicia, la cual debia hoy venir á la ermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer miéntras Ambrosio iba continuando su cuesta por la ciudad, una de las beatas le puso en la mano un billete, diciendole : Una amiga mia me entregó esta carta, que iba ahora á buscar á un hombre para enviarsela á vmd. Muestresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informandose de su contenido. Este es aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que me obligó á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitacion.

CAPÍTULO IX.

Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

CUANDO acabó Don Rafael de contar su historia, que á todos pareció demasiado larga, Don Alfonso le dijo, por cortesía, que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento, tomó la palabra el Señor Lamela, y volviendose á su compañero le dijo: Don Rafael, el sol está ya para ponerse; pareciame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el Reino de Valencia, donde pondrémos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé que presagios de que daremos golpes magistrales. Don Rafael que tenia gran fé en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputandolos infalibles, accedió luego á su opinion. Don Alfonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, espe-

rámos sin hablar palabra la resulta de aquella conferencia.

Resolvióse pues que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Comimos un bocado, y despues cargámos el caballo con un pellejo de vino, y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habíamos andado cien pasos, cuando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en que pensar. ¿Que significa aquella luz? preguntó Don Rafael. ¿No sean quizá los corchetes de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, que sintiendonos en este bosque nos vengán á buscar en él? No lo creo, dijo Ambrosio, ántes bien serán algunos viajantes que cogiendoles la noche se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero ir á reconocerlos yo, miéntras tanto quedense los tres en este puesto, que vuelvo en un momento. Diciendo esto, se fué acercando á paso de lobo hácia donde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las hojas, los ramos y matorrales que le impedían el paso, y al mismo tiempo iba mirando y observando hácia todas partes con toda la atención que á su parecer merecía la cosa. Vió sentados sobre la yerba, al rededor de una can-

dela colocada sobre un moutoncico de tierra, á cuatro hombres que acababan de comer una empanada, y de agotar un barril de vino que iban besando de mano en mano. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á un árbol, y un poco mas lejos un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los cuatro hombres que estaban sentados eran ladrones; y por la conversacion que los oyó, acabó de conocer que no habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro salteadores sobre quien habia de poseer la dama que les habia caido en las manos, y trataban de sortearla. Enterado plenamente Lamela volvió donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

Señores, dijo entónces Don Alfonso, la muger y el hombre que tienen atados á un árbol los ladrones, quizá serán una dama y un caballero de mucha distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de victima á la barbarie y á la lasciva brutalidad de unos infames asesinos? Creedme, Señores, echemonos sobre esta vil canalla, y mueran todos á nuestras manos. Consintió Don Rafael diciendo: Yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, cuyas consecuencias no podian menos de ser muy venta-

josas para todos , y añadió : Atrevome á decir que en esta ocasion el peligro no me atemoriza , y que ningun caballero andante emprendió jamas con mayor gusto ni valor hazaña alguna peligrosa en servicio de su dama. Pero si las cosas se han de vender por su justo precio , y si no se ha de hacer traicion á la verdad , el hecho es que el riesgo no era grande , porque habiendonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos , nos era fácil ejecutar nuestra resolucion á mano salva. Atámos pues á un árbol nuestro caballo , y nos fuimos acercando sordamente y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino hablaban todos á un tiempo con voces desentonadas ; rumor confuso que favorecia mucho al golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas ántes que nos descubriesen ; y disparandolas en un mismo punto todos cuatro , apuntando cada uno al suyo cuasi á boca de jarro , todos cuatro ladrones cayéron tendidos en el suelo.

Agitado el viento con los tiros apagó la luz , y nos quedámos en una tenebrosa oscuridad. Sin embargo de eso acudímos inmediatamente adonde estaban atados el hombre y la muger : desatámoslos prontamente , pero estaban tan preocupados del terror , que no tuviéron espíritu ni voz para darnos las gracias por el bien que les hacíamos. Verdad es que aun ignoraban

si nos debian mirar como á bienhechores, ó como á nuevos enemigos que los habian librado de los otros quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procurámos aquietarlos cuanto ántes, asegurandoles que los ibamos á conducir á una venta, que, segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrian recobrase del susto, descansar lo que les pareciese, y seguir despues libremente su camino. Despues de esta seguridad, que los consoló y confortó grandemente, los metimos en su coche, y los sacámos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fuéron á visitar las faltriqueras de los vencidos. Volvimos despues á desatar y traer con nosotros el caballo de Don Alfonso, y nos apoderámos tambien de los de los ladrones que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro, seguimos al hermano Antonio que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el Señor Lamela nos habia dicho que distaba del bosque no mas que una media legua.

Llamámos á la puerta con gran fuerza dando terribles golpes, porque toda la gente de casa dormia á pierna suelta. Levantáronse y vistieronse de priesa el ventero y la ventera, que no mostráron el mas mínimo enfado de que los hu-

biesen despertado á lo mejor del sueño, cuando viéron un equipage que prometia hacer mucho mas gasto del que efectivamente hizo. En un momento se encendiéron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda diéron el brazo á la dama y al caballero para ayudarlos á hajar del coche, sirviendoles como de gentileshombres hasta el cuarto donde los condujo el ventero. Allí se hicieron mil cumplimientos recíprocos, y quedámos verdaderamente admirados, cuando llegámos á entender que los personajes que habíamos librado eran no menos que el mismo Conde de Polan y su hija Serafina. ¿ Pero quien podrá describir el asombro de esta dama y de Don Alfonso, cuando se reconocieron los dos? El Conde no atendió á este pasage porque estaba distraido. Pusose á contar muy por menor el modo con que habian sido atacados por los ladrones, y caido al fin en sus manos, despues de haber muerto al cochero, á un page y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que estaba infinitamente obligado á todos nosotros, y que si queríamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria tales pruebas de su reconocimiento, que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó agradecido.

Ni á la hija de aquel Señor se le olvidó darnos tambien mil gracias por la libertad que nos debia; y habiendo juzgado Don Rafael y yo que naturalmente gustaria Don Alfonso de que le

facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella jóven viuda, lo dispusimos prontamente, divirtiéndola y entreteniendo al Conde de Polan. Bella Serafina, la dijo Don Alfonso en voz muy baja, ya no me quejaré de mi desgraciada suerte que me obliga á vivir como un bandido desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir en parte al importante servicio que se os ha hecho. ¡ Ah! respondió ella suspirando: ¿ sois vos el que me habeis salvado el honor y la vida? ¿ sois vos á quien mi padre y yo debemos tanta obligacion? ¡ Ah Don Alfonso! ¿ por que fuísteis vos quien dió muerte á mi hermano? No dijo mas, pero dijo lo bastante, y en un tono mas que suficiente para que él conociese que si Don Alfonso amaba perdidamente á Serafina, no amaba menos ciegameute Serafina á Don Alfonso.

FIN DEL LIBRO V.

LIBRO SESTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros desde que se separaron del Conde de Polan : del importante proyecto que formó Ambrosio , y de que manera se ejecutó.

DESPUES de haber empleado el Conde de Polan la mitad de la noche en darnos las gracias y en protestarnos que podíamos estar seguros de su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de que modo caminaria con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dejámos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta, siguiendo el camino que á Lamela se le antojó escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amane- ció cerca de Campillo. Ganámos prontamente las montañas que hay entre aquel Lugar y Requena. Descansámos aquel dia, y le pasámos en contar nuestro caudal que considerablemente se habia aumentado con el dinero que habíamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontráron mas de trecientos doblones. A la

entrada de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entrámos en el Reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontrámos. Emboscámonos en él, y llegámos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina, que lentamente se deslizaba hasta embocarse en las aguas del Guadalaviar. La apacible y deliciosa sombra con que nos brindaban los árboles, y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos, bastarian para determinarnos á hacer alto en aquel ameno campo, aun cuando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos pues, y nos dispusimos á pasar allí aquel dia alegremente; pero cuando quisimos almorzar, nos hallámos con las alforjas mal provistas. Comenzaba á faltarnos el pan, y la bota estaba poco menos que agonizando. Señores, dijo entónces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco no me agrada el sitio mas delicioso. Es menester renovar nuestras provisiones, y yo parto á Xelva á este fin. Xelva es un bello Lugar distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dijo, cargó en el caballo el botarron y las alforjas, montó, y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria muy pronta la vuelta.

Sin embargo no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del mediodia,

y aun se acercaba ya la noche á encapotar los árboles con su oscuro y negro manto, cuando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto por las muchas cosas de que venia proveido. No solo traia el botarron lleno de escelente vino, y las alforjas atestadas de viandas asadas y cocidas, sino que reparámos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo, que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dijo sonriendose : Yo se la doy á Don Rafael y á todos los mas diestros adivinos del mundo, á que no adivinan por que ni para que compré todo este fardo de ropa. Diciendo esto le desató él mismo con sus manos, y lo deshizo para que viéramos por menor lo que encerraba aquella especie de fardo. Mostrónos un manteo negro y una sotana del mismo color, que completaban un hábito largo; dos chupas y dos calzones de paño negro; un tintero de cuerno, compuesto de dos piezas ligadas con un cordon, una de las cuales era en forma de caña hueca por adentro, y servia para meter las plumas; una mano de papel fino; un gran sello y un candado, juntamente con una barreta de lacre ó cera verdé. ¡Vive Dios! exclamó zumbandose Don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas: ¡vive Dios, que el Señor Ambrosio ha empleado bien el dinero! ¿Que diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso

*

admirable, respondió Lamela. Todos esos géneros solo me han costado diez doblones, y estoy persuadido á que nos han de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de cosas inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que me está bailando en la cabeza. Oid y juzgad.

Despues de haber hecho provision de pan, me entré en una pastelería, y ordené que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, con igual número de gazapos. Miétras todo esto se estaba cocinando, entró en la pastelería un hombre muy colérico, quejandose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del Lugar, y dijo al pastelero: Por Santiago Apóstol, que Samuel Simon es el mercader mas vil que hay en toda la villa de Xelva. Acaba de afrentarme en su tienda públicamente. No me quiso fiar el grandísimo ladron seis varas de paño pardo, sabiendo muy bien que soy un oficial honrado, y que á ninguno he quedado jamas á deber un ochavo. ¿No os admiréis de tal bestia? Él fia sin reparo á los caballeros, cuando sabe por esperiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un maravedí, y no quiere fiar á un vecino honrado, que está seguro de que le ha de pagar hásta el último cornado. ¡Que manía! ¡maldito Judío! ¡con que gusto te veria yo quemado! Puede ser que se

me cumpla algun dia , y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Estaba oyendo yo con la mayor atencion á aquel pobre oficial, el cual dijo otras muchas cosas del susodicho Samuel ; y de repente sentí no sé que interno pronuncio de que yo mismo habia de vengarle, haciendo una pesada burla al Señor Samuel Simon. Amigo , pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente , ¿ no me diréis de que genio es ese mercader ? Del peor que se puede imaginar , me respondió broncamente. Es un desenfrenado usurero , remedando toda la apariencia de hombre concienzudo y virtuoso. Es un Judío que por interes se hizo Católico ; pero su alma es tan judía como la del mismo Caifás.

No perdí una sílaba de todo lo que dijo el irritado menestral ; y luego que salí de la pastelería , procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Parome á ver su tienda , examinola toda , y de repente se me viene á la imaginacion un enredo que digerí con presteza , pareciendome digno de un humilde criado y compañero del Señor Gil Blas de Santillana. Voyme derecho á una roperia , y compré los hábitos que veis , uno para el que ha de hacer papel de Comisario del Santo Oficio , otro para el que ha de representar el de Secretario , y el tercero para el que ha de hacer de Alguacil. Esta fué la causa de mi tardanza.

; Ah querido Ambrosio, interrumpió Don Rafael arrebatado de gozo, y que admirable idea ! ; que plan tan asombroso ! Envidio tan delicadísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida, porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Amigo Lamela, prosiguió, penetro todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en la felicidad de la ejecucion. Solo necesitas de buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada ; pero estos actores los tienes á mano. Tú, con tu cara de plañidera, devota y compungida, harás el de Comisario del Santo Oficio, yo el de Secretario, y el Señor Gil Blas, si se dignare, hará el de Alguacil. Ya estan los papeles distribuidos ; mañana representaremos la comedia, y yo respondo del suceso, á menos que lo eche á perder todo alguno de aquellos accidentes imprevistos, que importunamente suelen venir á dar en tierra con los planes mas sabia y maduramente concertados.

Yo, por lo que á mí toca, solo concebí en confuso el proyecto que Don Rafael alabó tanto ; pero durante la comida me lo esplicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho al botarron copiosas sangrías, nos tendimos á dormir sobre la yerba. Tardámos poco en dormirnos ; pero apenas amauecia, cuando el Señor Ambrosio comenzó á gritar : *Alerta*,

alerta; los que tienen entre manos grandes empresas que ejecutar, no han de ser dormilones ni perezosos. Maldito sea el Señor Comisario, le dijo Don Rafael entre despierto y dormido, y lo que su Señoría ha madrugado. En verdad que el Judiazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas que esta noche soñé que yo le estaba arrancando los pelos de la barba. ¿Y este sueño, Señor Secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras chufletas que se dijéron, nos pusimos todos de buen humor. Almorzámos alegremente, y nos dispusimos para representar nuestros personajes. Ambrosio se echó á cuestras las bayetas y el hábito largo, de manera que tenia toda la traza de un verdadero Comisario. Don Rafael y yo nos vestimos como pedia el papel que cada uno habia de representar, esto es, uno de Secretario, y otro de Alguacil. Gastámos bastante tiempo en disfrazarnos y en instruirnos tanto que eran ya mas de las dos de la tarde cuando salimos del bosque para encaminarnos á Xelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba: ántes bien era del conjuro el no dejarnos ver en el Lugar, hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminábamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas de la Villa, dando tiempo á que acabase enteramente la luz del dia.

Cuando nos pareció tiempo, dejámos nuestros caballos en aquel sitio á cargo de Don Alfonso, el cual estimó mucho que no le obligásemos á hacer otro papel en una burla tan pesada y de tan delicadas consecuencias. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuímos derechos á la puerta de Samuel Simon. El mismo salió á abrirla, y quedó estrañamente sorprendido cuando se vió en su casa con aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas, luego que Lamela que llevaba la palabra, le dijo en tono y aire imperioso: Señor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno Comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro gabinete y escritorio. Quiero ver en él si son verdaderas las delaciones y acusaciones que hay contra vos.

El mercader, á quien habia desconcertado este discurso, dió dos pasos hácia tras, como si alguno le hubiese empujado ó dado un golpe en la barriga. Lejos de sospechar en nosotros alguna burla ó supercheria, creyó de buena fé que algun enemigo suyo le habia delatado al Santo Oficio. Tambien es muy posible que no reconociendose él mismo por el mejor Católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna pesquisa ó secreta informacion. Sea lo que fuere, nunca ví hombre mas perdido ni mas turbado. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que ve-

ñera y teme á la Inquisicion. El mismo nos abrió su gabinete; y al entrar, le dijo Ambrosio: Señor Samuel, á lo menos recibid con sumision las órdenes del Santo Oficio: retiraos á otro cuarto, y dejadnos hacer libremente lo que nos toca. No fué menos obediente á esta segunda órden que lo habia sido á la primera. Retiróse á su tienda, y nosotros tres entrámos en su gabinete, donde sin pérdida de tiempo nos dimos priesa á buscar el dinero. Costónos poco trabajo y menos tiempo el encontrarle. Estaba en un cofre medio abierto, donde habia mas del que podíamos llevar. Consistia en gran número de talegos, cada uno con su marca; y todo él era en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro, pero no todas las cosas han de salir á medida de nuestro paladar; tuvimos paciencia, é hicimos virtud de la necesidad. Llenámos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podíamos encajar sin que hácia fuera se conociese: de suerte que todos íbamos cargados con un peso exorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer ni aun sospechar, gracias á la destreza de Ambrosio y de Don Rafael, que nos hicieron ver y palpar como no hay en el mundo cosa mejor que ser cada uno eminente en el arte que profesa.

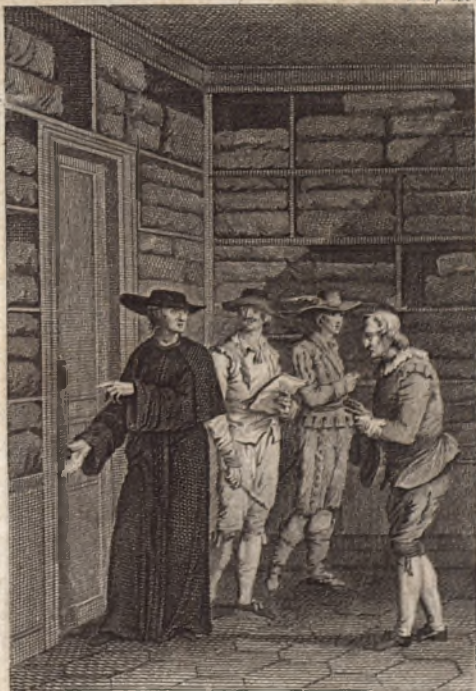
Salímos del gabinete despues de haber hecho nuestro negocio; y por una razon que es fácil

de adivinar, el Señor Comisario sacó el candado que llevaba prevenido, y por su misma mano le echó á la puerta poniendole su sello, y diciendo á Simon : Maese Samuel, de parte de la Santa Inquisicion os impongo precepto de que no toqueis á este candado ni á este sello, que es el del Santo Oficio, al cual vos y todos deben respetar. Yo volveré mañana á esta misma hora á levantarlo, y á daros mis órdenes. Hecho esto, mandó abrir la puerta de la calle, por la cual fuimos todos desfilando alegremente; y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos, comenzámos á caminar con tanta velocidad, que apénas tocábamos con el pié en tierra, sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salímos presto fuera de la Villa, y montando en nuestros caballos tomámos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al Dios Mercurio, patron de todos los robos.

CAPÍTULO II.

De la resolucion que tomaron Don Alfonso y Gil Blas, despues de la aventura del capítulo precedente.

CAMINAMOS toda la noche segun nuestra loable costumbre, y nos hallámos al amanecer á vista de una miserable Aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados, nos



*Maese Samuel, de parte de la Santa Inquisición
os impongo precepto de que no toqueis à este sello*

Chaquez un del'

Pinquet sculp

desviámos con gusto del camino real, para acercarnos á unos sauces que se descubrian como á unos mil y doscientos pasos de la Aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Cuando llegámos á los sauces vimos que hacian una apacible sombra, y que los bañaba el pié un claro y bullicioso arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolvimos pasar en él lo restante del dia. Quitámos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, y nos tendimos sobre la verde yerba. Reposámos un poco, y despues acabámos de desembarazar las alforjas y el botarron. Luego que hubimos almorzado opiparamente, nos pusimos á contar el dinero que habíamos robado al pobre Samuel Simon, y hallámos que montaba como á unos tres mil ducados; cantidad que, añadida al caudal que ya teníamos, componia un capital no despreciable.

Como se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y Don Rafael que ya se habian despojado de sus hábitos inquisitoriales, se ofrecieron á ir á buscarlas, diciendonos que querian tomarse este trabajo, porque la aventura de Xelva les habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve para ver si se les presentaba ocasion de emprender otra nueva hazaña igual ó mayor que la precedente. Vosotros, dijo el hijo de Lucinda, no teneis mas.

que esperarlos á la sombra de estos sauces, á donde presto volveremos á buscarlos. Señor Don Rafael, respondi yo sonriendome, no sea que la vuelta de vmds. sea como la vuelta del humo. Temo que si una vez se van, tarde nos juntaremos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no merecíamos que nos hicieses tan poca merced. Es verdad que en parte te disculpo, y no me puedo quejar de la desconfianza que tienes de nosotros, acordandote tambien de lo que hicimos en Valladolid, cuando abandonámos á los compañeros que teníamos en aquella ciudad. Pero sabete que te engañas enormemente. Aquellos camaradas eran de un perverso carácter, y ya no podíamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer esta justicia á los de nuestra profesion, que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé menos motivo á la division; mas cuando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la union como en el resto de todos los demas gremios humanos. Por tanto, Señor Gil Blas, suplico á vmd. y al Señor Don Alfonso que nos hagan mas merced, y que tranquilicen su corazon en punto al deseo que Don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dijo entónces el hijo de Lucinda, librarle de toda inquietud en este punto. Basta para eso dejar dueños del caudal á estos Señores. La mejor fianza de nuestra segura

vuelta será que quede todo en sus manos. Ya vé vmd., Señor Gil Blas, que esto se llama no andarnos por las ramas, sino ir derechos al punto de la dificultad. Quedaréis así resguardados, sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fé, ¿tendréis todavía dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partiéron inmediatamente con las alforjas y el botarron, dejandome á mí con Don Alfonso, el cual me dijo luego que se fuéron: Señor Gil Blas, yo quiero abriros enteramente mi corazon. Confieso que me avergüenzo, y que á mí mismo me estoy continuamente acusando de la villana condescendencia que tuve en juntarme con esos bribones, y en venir hasta aquí con ellos. No os puedo decir cuantos millares de veces me he arrepentido de tan infame ruindad. Ayer noche, mientras me quedé solo guardando los caballos, hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de quien nació con honra y se crió con principios de una cristiana educacion, vivir con unos hombres tan malvados como Rafael y Lamela; que si por desgracia, como demasiadamente puede suceder, se descubriese algun día una de estas maldades, y cayésemos todos en manos de la Justicia, me veria públicamente castigado, quizá con una

muerte afrentosa y como un vil ladrón. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginación estos funestos pensamientos, y así os confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de tan mala compañía, por no ser cómplice en los nuevos delitos que en adelante podrán hacer. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobaréis este pensamiento. Seguramente no, le respondí. Aunque vmd. me vió ayer hacer el papel de Alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes burlas son de mi gusto, y mucho menos las de aquella última especie; ántes bien me decia yo á mí mismo mientras estaba representando el tal papel: A fé, Señor Gil Blas, que si la Justicia viniera ahora á cogerle á vmd. por la golilla, no lo habia de contar por gracia, y que, sin duda le pagaria bien el salario que el Señor Alguacil tenia tan merecido. Así que, Señor Don Alfonso, no estoy menos fastidiado que vmd. de tan honrada compañía, y de buena gana se la haré á vmd., si es que me lo permite, á cualquiera parte que vaya. Cuando vuelvan estos Señores, les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano ó desde esta misma noche nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposición el amante de la bella Serafina, y me dijo: Pasarémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podrémos entrar al servicio de la República de Venecia.

¿No es mucho mejor seguir la noble y gloriosa carrera de las armas, que continuar la ruin y arrastrada vida que traemos? En aquella podemos traer buen porte con el dinero que nos ha tocado. No ya porque deje de remorderme la conciencia de servirme de dinero tan mal adquirido, pero sobre que la necesidad me obliga á ello, juro de resarcir á Samuel Simon el daño que pude hacerle, á la menor fortuna con que me favorezca la guerra. Aseguré á Don Alfonso que en las mismas disposiciones me hallaba yo, y quedámos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separaríamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, levantando el campo y llevandonos el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros, dejandonos dueños de él, no permitió que ni aun siquiera nos pasase semejante crueldad por el pensamiento, aunque la burla que me hiciéron en Valladolid disculpaba este robo por derecho de represalia.

Hácia el fin de la tarde volviéron de Segorve Ambrosio y Don Rafael. La primera cosa que nos dijéron fué que habian hecho un viage muy feliz, y que dejaban echados los fundamentos de una aventura que, segun todas las apariencias, seria sin comparacion de mucha mas ganancia que la del dia anterior. Comenzó á contarlos el plan el hijo de Lucinda; pero Don Alfonso le atajó, diciendole que él estaba resuelto á separarse de

la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolución. Por mas que hicieron para persuadirnos que prosiguiésemos acompañandoles en sus expediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos, despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomámos el camino de Valencia.

CAPÍTULO III.

Como Don Alfonso se halla en el colmo de sus dichas; y la aventura por la cual se vé Gil Blas de repente en feliz situacion.

CAMINAMOS felizmente hasta Buñol, donde por una desgracia fué preciso detenernos. Sintióse malo Don Alfonso. Asaltóle una ardiente calentura con crecimientos, que me hizo temer por su vida. Por gran fortuna no habia Médico en el Lugar, y salimos á buen precio de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que habia hecho por él; y como era recíproca la inclinacion del uno por el otro, nos jurámos una eterna amistad.

Proseguímos nuestro viage firmes siempre en la resolución de embarcarnos para Italia, á la

primera ocasion que se ofreciera asi que llegásemos á Valencia; pero el Cielo dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa casa de campo que habia en el camino, mucha gente aldeana de ámbos sexos que bailaba formando corro. Acercámonos á ver la fiesta, y Don Alfonso, que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó, se quedó sorprendido estrañamente al descubrir entre los concurrentes al Baron de Steinbach. Este que tambien reconoció por su parte á Don Alfonso, corrió luego hácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo, exclamó: ¡ Ah querido Don Alfonso! ¡ vos aquí! ¡ es posible que lo crea? ¡ Por toda España se os andaba buscando, y ahora una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos!

Apeóse prontamente del caballo mi compañero, y partió precipitado á dar mil abrazos al Baron, cuya alegría me pareció escesiva. Ven, hijo mio, le dijo el buen viejo: presto sabrás quien eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le introdujo en la sala, donde yo tambien entré con ellos, habiendome apeado, y atado á un árbol los caballos, mientras ellos se abrazaban. El primero que encontrámos fué el dueño de la misma quinta. Era un hombre como de cincuenta años, y de bellísima traza: Señor, le dijo el Baron de Steinbach, aquí teneis á vuestro hijo. A estas palabras, Don Cesar de Leyva,

que así se llamaba aquel Señor, echó los brazos al cuello de Don Alfonso, y le dijo llorando de gozo : Reconoce, hijo mio, al padre que te dió el ser. Si te he dejado ignorar por tan largo tiempo tu verdadero estado, cree que ha sido á costa de una cruel violencia. Mil veces he suspirado de dolor, mas no podia hacer otra cosa. Caséme con tu madre solo por amor, era de nacimiento muy inferior al mio : vivia yo bajo la autoridad de un padre duro é impetuoso, fuéme preciso tener secreto un matrimonio contraido sin su consentimiento. Valíme de mi amigo el Baron de Steinbach, único dueño de mi confianza, quien de acuerdo conmigo te crió. En fin ya no vive mi padre, y puedo declarar al mundo que tú eres mi único heredero. Aun no lo he dicho todo : pienso casarte con una dama cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió Don Alfonso, suplicoos que no me hagais pagar tan cara la dicha que me acabais de anunciar. ¿Será posible que la primera noticia del honor que tengo de ser hijo vuestro ha de venir acompañada con otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ; Ah Señor ! no querais vos ser mas cruel conmigo que lo fué vuestro padre con vos. Si este no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á tomar muger. Hijo mio, respondió Don Cesar, ni yo pretendo tampoco tiranizar tu inclinacion ni tus deseos. Solo quiero tengas la complacen-

cia de ver á la esposa que te tenia destinada, ántes de resolverte á tomar otro partido. Es hermosa, pero no por eso te haré violencia. No está lejos : hallase actualmente en esta misma casa. Sigüeme; y si no te agradare, te doy palabra de no obligarte á que te cases con ella. Diciendo esto, tomó de la mano á Don Alfonso, y le condujo á un magnífico cuarto, permitiéndonos al Baron de Steinbach y á mí que los fuésemos siguiendo.

Estaban en él el Conde de Polan con sus dos hijas Serafina, Julia, y Don Fernando de Leyva su yerno, el cual era sobrino de Don Cesar. Acompañabanlos otras muchas damas y caballeros. Don Fernando, como ya se ha dicho, habia sacado á Julia de su casa; habianse casado, y con motivo de esta boda habian concurrido á festejarla los aldeanos de los contornos. Luego que se dejó ver Don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la compañía, se levantó el Conde de Polan y corrió exhalado á abrazarle, diciendo á gritos : Sea bien venido mi libertador. Don Alfonso, prosiguió el Conde, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la del padre. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor salvaste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad.

El hijo de Don Cesar correspondió con las mas vivas espresiones de reconocimiento al cumplido que le hacia el Conde de Polan , no siendo fácil discernir cual de los dos afectos competian la preferencia en su agitado corazon , ó el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á su idolatrada Serafina. Con efecto , pocos dias despues se celebró este matrimonio con el mayor gusto y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que concurrieron á libertar al Conde de Polan , este me conoció , y me dijo que corria de su cuenta mi fortuna. Yo le dí muchas gracias por su generosidad ; pero le respondí que no aspiraba á otra que á la de servir á Don Alfonso , el cual me declaró mayordomo de su casa , honrandome despues con toda su confianza. Luego que se casó , no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon , me despachó á restituirle todo el dinero que le habiamos robado , esto es , á hacer una restitution : lo cual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

FIN DEL TOMO II.

De los Capítulos que se contienen en este Tomo.

LIBRO CUARTO.

- CAP. I. *No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes , sale de casa de Arsenia , y halla mejor conveniencia.....* Pág. 5
- CAP. II. *Como recibió Aurora á Gil Blas , y la conversacion que tuvo con él.....* 13
- CAP. III. *De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente , y de la estraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.....* 19
- CAP. IV. *El casamiento por venganza , novela.....* 28
- CAP. V. *De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.....* 70
- CAP. VI. *Artificios de Aurora para hacerse amar de Don Luis Pacheco.....* 85
- CAP. VII. *Muda de amo Gil Blas , y va á servir á Don Gonzalo Pacheco.....* 98
- CAP. VIII. *Carácter de la Marquesa de Chaves , y personas que la trataban.....* 115
- CAP. IX. *Deja Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves ; motivo que tuvo para hacerlo , y lo demas que se verá.....* 122
- CAP. X. *Historia de Don Alfonso y de la bella Serafina.....* 129
- CAP. XI. *Quien era el viejo ermitaño , y como conoció Gil Blas que se hallaba en pais de amigos.....* 151

LIBRO QUINTO.

- CAP. I. *Historia de Don Rafael.....* 159
- CAP. II. *Prosigue la historia de Don Rafael.....* 186

	208
CAP. V.	<i>Historia de Lucinda, madre de Don Rafael.</i>	213
CAP. VI.	<i>Prosigue la historia del hijo y de la madre.</i>	226
CAP. VII.	<i>Como soy cristiano, que ahora se sigue lo mejor de la historia de Don Rafael.....</i>	231
CAP. VIII.	<i>Da fin á su historia Don Rafael.....</i>	241
CAP. IX.	<i>Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.....</i>	264

LIBRO SESTO.

CAP. I.	<i>De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros desde que se separaron del Conde de Polan: del importante proyecto que formó Ambrosio, y de que manera se ejecutó.....</i>	271
CAP. II.	<i>De la resolucion que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de la aventura del capitulo precedente.....</i>	280
CAP. III.	<i>Como Don Alfonso se halla en el colmo de sus dichas; y la aventura por la cual se ve Gil Blas de repente en feliz situacion.....</i>	286

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO II.



